

La Funeraria

Juan Luis Cano



NOVELA

Lectulandia

Juan Luis Cano aprovecha para esta novela un punto no demasiado conocido de su biografía: su familia era la propietaria de una conocida funeraria en el madrileño barrio de Carabanchel. A partir del anecdotario familiar, Cano hace una muy particular y castiza versión de *A dos metros bajo tierra*. Evidentemente, el resultado no está muy lejos de la ironía y la mala leche de algunos de los mejores guiones de Berlanga. *A dos metros bajo tierra* en Carabanchel. Una novela en la que el humor (negro, sobre todo, pero no solo) es el protagonista absoluto y que, además, propone una visión «alternativa» de la vida cotidiana en la España de los años sesenta. Recordará a maestros del humor como Luis Carandell, Berlanga o Rafael Azcona.

Lectulandia

Juan Luis Cano

La funeraria

ePub r1.1

Titivillus 04-09-2019

Juan Luis Cano, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

*A los Cano y a los Azcona, estirpes de gente buena.
A los que nos dejaron y a los que siguen aquí. A todos mis
primos y tíos que de alguna u otra forma tuvieron que ver con
aquella funeraria y en especial a mis abuelos, Celso y
Mercedes, que tanto amor supieron darme.*

*Gracias a Raquel, Ángel, Pedro y Mabipor sus correcciones,
comentarios y apoyo.*

Celso Marqués era un vividor y fundó una funeraria. Lo hizo en un buen momento, cuando la gente se moría más. Por aquel entonces, con la estela de penuria que había dejado la reciente guerra, los que no cayeron quedaron con los bolsillos vacíos y los estómagos huecos. No se comía demasiado, más bien poco, algunos más bien nada. A paso lento la situación fue mejorando y los clientes disminuyeron, aunque nunca tanto como para dejar de hacer el negocio rentable.

—Yo os aprecio —comentaba jocosamente Celso Marqués a sus amigos—, pero no tardéis mucho en moriros, que al fin y al cabo de vosotros depende la comida de mis hijos.

La Paz Servicios Funerarios estaba situada en un barrio con ganas de volver a ser obrero. El edificio era un caserón de dos plantas. En la que daba a la calle se encontraba el despacho principal, la salita de espera, el garaje con los dos coches funerarios y la sala de los féretros, y en la de arriba, la vivienda. Una escalera de madera muy empinada unía el negocio de la muerte con la empresa de la vida. Desde la parte de abajo se ayudaba a subir a los muertos a las alturas y desde la superior los vivos bajaban para enredarse en el infierno diario.

Celso Marqués estuvo al frente de las pompas fúnebres hasta que su hijo mayor, Celsito, tomó las riendas. Entonces él se dedicó a cazar, a pescar y a ocuparse un poco más de las dos familias ilegítimas que había formado a espaldas de su mujer oficial, doña Lourdes. De eso se enteró la familia muy al final de la existencia de Celso Marqués y fue su imposibilidad de movimiento lo que destapó el secreto. Conoció y se enamoró en Salamanca, tras una noche de farra y vino, de una gitana de aceituna, joven y dispuesta, a la que, con sus ímpetus, hizo un bombo. Para que su familia, la de la gitana, digo, no tomara represalias con la chiquilla y porque se enamoró de veras, Celso Marqués, que por aquel entonces ya tenía posibles, la sacó de allí y le alquiló un piso modesto en Madrid. La visitaba de vez en cuando y la mantenía de cuando en vez, pero a su hijo ilegal lo llevaba como un pincel. Le dio colegio y un poquito de cariño intermitente, le llevaba a los toros de tapadillo y el cabrón le puso Celso, como a su legítimo primogénito.

La otra mujer oficiosa fue más tardía, aunque también le dio tiempo a tener con ella descendencia. Había sido una antigua criada de la casa que, además de servir, servía... para todo. Doña Lourdes la despidió el día que la descubrió probándose un collar suyo y una pulsera y unos pendientes y un anillo y un reloj y mostrando pocos ánimos de devolverlos al joyero de nácar del que los había sacado. Así que cambió el ritual, que no la relación adúltera.

Celso Marqués la veía menos, pero con más efusividad, en el otro pisito que arrendó para ella. En tres años, otro retoño. Al vástago de la antigua sirvienta también le puso Celso, con dos cojones.

Cuando el promiscuo amante cayó en desgracia achacosa y se fue apagando su luz como una pavesa, incapaz de sacar fuerzas para salir a la calle, ambas mujeres, la gitana y la criada, acudían a menudo, aunque nunca a la vez, frente a la casa. Las dos procedían de igual manera por indicación previa del amante. Sabiendo cuál era el balcón de la habitación de Celso, lanzaban piedrecitas contra el cristal de la ventana. Al poco rato comenzaban a descender en oscilante vuelo billetes de colores que ellas recogían, raudas, una vez que tomaban tierra. Pero uno de esos días de dineros voladores, acertó a pasar por la funeraria don Benito, el médico de cabecera que atendía a todos los miembros de la familia cuando tenían algún arrechucho. Al ver a una mujer mirando al cielo, contemplando ansiosa cómo descendía el maná pecuniario, se sorprendió. Iba a visitar al enfermo, a comprobar si seguía sus doctas instrucciones y a tomarse una copita de anís, como era ritual en cada visita. Apenas había terminado de ascender por la empinada escalera cuando ya preguntaba a doña Lourdes, que había salido a recibirle, por el extraño suceso que se estaba produciendo junto al portal.

—Te lo juro, Lourditas, que alguien estaba arrojando billetes desde la ventana de tu cuarto y una mujer, gitana me ha parecido, ha recogido los billetes y ha salido como alma que lleva el diablo en cuanto me ha visto...

—¿Pero qué está diciendo, don Benito? ¿Usted se cree que esto es Auxilio Social?

—Yo no creo nada. Solo sé que lo que he visto lo he visto. Ve a preguntar a tu marido a ver si sabe algo y vas a ver como no me he inventado nada.

Así lo hizo doña Lourdes, a quien se le puso, de repente, cara de boniato, se le achinaron los ojos, apretó el labio de abajo contra el superior arqueando el gesto y, sacando hacia fuera la mandíbula, echó el pecho hacia delante, carraspeó y, entrando sin llamar a la habitación donde sufría enfermo su marido, dijo:

—¿Qué ha pasado aquí, Celsoooooooooooooo?

El doliente se achicó en su cama y con un hilillo de voz apenas perceptible contestó:

—¿Qué?

Don Benito, que ya se consideraba, por la confianza que da el haber sido el médico de todos durante tanto tiempo, como de la familia, se había situado tras la mujer para no perderse detalle.

—¿Y usted qué hace aquí, don Benito? Espere ahí afuera que Celso y yo tenemos que hablar.

—No, si yo... venía a auscultar...

—Pues vaya usted auscultando solo y ahora le llamo.

Doña Lourdes dio un portazo y marido y mujer quedaron frente a frente. Ella le interrogó acusadora, él se defendió sin brío. Acurrucado en su ladito de la cama, con la manta cubriéndole hasta la barbilla y las piernas encogidas haciendo sobre el colchón una montañita de lana marrón a rayas, Celso Marqués improvisó una triste historia plagada de bondades y altruismos. Que si es una pobre mujer que vendía flores en el cementerio y que fíjate que se ha muerto el marido, que era un borrachuzo, y que le ha quitado el puesto la familia de él, y que si tiene un hijo, que el pobre no tiene ni zapatos que echarse a la boca...

—¿Pero qué dices, Celso? ¿Cómo se va a echar unos zapatos a la boca? Estás delirando.

—Es una manera de hablar, mujer.

—¿Y tú de qué la conoces?

—Pues de nada.

—¿Ah, no? ¿Y a alguien a quien no conoces de nada le tiras dinero por la ventana? ¿Tú te crees que yo soy idiota, Celso?

—No.

—¿No qué?

—Que no creo que seas idiota.

—Bueno, dime de qué la conoces.

Y Celso Marqués le contó a su esposa que un día de los que fue al cementerio parroquial para encargarse al cura un funeral contempló la bronca entre la pobre desdichada y la familia del marido en el mismo puesto de flores. Al salir de ver al párroco se la encontró camino abajo, anegada en lágrimas, desconsolada... Y no tuvo más remedio que preguntarle qué le sucedía.

Ella, que en un principio no le echó cuentas, al comprobar la insistencia del hombre e intuir que su ánimo era bueno, le narró con pelos y señales su triste historia, su negro porvenir y su aciago sino. Desde entonces la había venido ayudando de vez en cuando, pero como la enfermedad ahora le impedía salir de casa, ella acudía hasta allí, le avisaba por el balcón y él le arrojaba unos tristes billetes.

Sería porque doña Lourdes necesitaba creer a su marido para no quedarse sin él en vida, antes de lo que Dios decidiera; sería por crédula inocencia, el

caso es que se tragó la fábula y la tranquilidad volvió al hogar. No duró demasiado, eso es cierto. Entró don Benito por fin al cuarto, auscultó al enfermo, le preguntó si tomaba la medicación exactamente como él le había indicado y dándole un cachetito en la mejilla salió a por su copita de anís.

—¡Cuídate, Celso, que estás fatal!

Así, dando ánimos, se apresuró hasta el cuarto de estar para satisfacer su mayor preocupación en ese momento, que no era otra que conocer de boca de doña Lourdes lo del sucedido de los billetes voladores y la gitana.

—¿Y bien?

—¿Qué?

—¿Qué ha dicho Celso de lo del dinero que caía?

—¡Ande, don Benito, tómese el anís y vaya a lo suyo, que parece usted una vecindona!

Y se tomó el doctor la copa y la curiosidad de un solo trago.

No pasaron muchos días hasta que el episodio del lanzamiento de billetes volvió a producirse, pero esta vez con protagonista diferente. La otra, la sirvienta, acudió puntual al aterrizaje de su paga. Una vez más quiso el destino que fuese descubierto el episodio, pero esta vez por la propia doña Lourdes, que coincidió con ella junto al portal cuando regresaba de una reunión de caridad en la parroquia.

—¿Tú qué haces aquí, ladrona? Desaparece inmediatamente o llamo a la guardia civil.

La mujer salió corriendo sin discutir y mientras huía, volviendo la cara hacia el balcón, observó cómo el primero de los billetes destinados para ella le caía en la cabeza a su antigua señora y los otros quedaban sembrados a sus pies. Doña Lourdes recogió el dinero, subió las escaleras empujada por la premura del enojo y como una exhalación atravesó el pasillo hasta su cuarto.

Allí se encontró al esposo de nuevo en la cama, haciéndose el dormido, simulando un ronquido tan falso e increíble como inútil.

—¡Celsooo...!

Y esta vez ya no hubo forma de que Celso Marqués convenciera a su mujer de su inocencia. Confesó sus pecados con pelos y señales, aunque bien es cierto que sustrayendo a la narración algún que otro pelo y alguna que otra señal. Confesó, al fin y al cabo, incluidos hijos bastardos y pisitos en alquiler.

El disgusto a punto estuvo de hacer clienta a doña Lourdes del propio negocio familiar. Se debatió entre la vida y la muerte, porque durante mucho tiempo se negó a comer, aunque pudo la vida con su pena a la muerte con su olvido. Cuando se recuperó tomó una inaudita decisión: nunca más saldría de

su cuarto y su marido quedaría desterrado a una de las habitaciones pequeñas hasta que el diablo quisiera llevárselo con él. Desde aquel momento todo el dinero del negocio familiar lo manejaría ella. Desde su habitación distribuiría, ordenaría a la única criada sus quehaceres, recibiría en audiencia a sus hijos cuando ellos quisieran y el cura, íntimo amigo de la familia, le daría la comunión diaria y la confesaría cuando fuese menester, y por ello, por supuesto, se le recompensaría. ¿No venía Diego, el peluquero, a afeitar todos los días al cerdo de su marido? Pues cada uno recibe en casa al proveedor que requiere. Y ella, devota compulsiva, siempre estuvo más por lo divino que por lo humano. Mandaría, además, comprar una caja fuerte para guardar en ella el dinero. Nada de bancos. Y la única llave y la combinación de la caja estarían en su poder y el capital permanecería a salvo de posibles intervenciones.

Ayudó mucho a doña Lourdes a salir de un trance tan traumático la intercesión del cura de la parroquia de San Sebastián, amigo de la familia y fuerza viva del barrio. Don Anselmo, que así se llamaba el sacerdote, consiguió con sus charlas, sus consejos y las velas a la Dolorosa que la otra dolorosa, la terrena, la engañada, la burlada, doña Lourdes, asomase un poquito la cabeza y se hilvanara con frágiles respuntes de nuevo a la vida.

La fe, la fe que mueve montañas. Y nunca mejor dicho, porque doña Lourdes era grande como un monte, gorda y ancha. Quizá fueron las reservas hechas carne lo que la salvó en esos largos días de inanición y ayuno por el disgusto. La fe, la fe que a fuerza de no permitir cuestionamientos arrasa con cualquier debilidad. Esa fe que deja sin argumento a los temores y pone luz donde solo hay oscuridad.

Doña Lourdes, cuando aún no había decidido cumplir clausura, acudía a misa de nueve sin fallar un solo día, se confesaba diariamente y, si no tenía pecados, se inventaba alguno para encontrar tema. Al final de la confesión se declaraba culpable de haber mentido en la confesión. Un lío, vamos, pero así encontraba un motivo para ser absuelta. Rezaba al levantarse, bendecía la mesa incluso si se tomaba solamente un café con leche a media tarde y fue feliz cuando su hijo pequeño, Pepito, decidió marchar al seminario.

¡Un hijo cura! ¡Qué mayor alegría puede darle un hijo a una madre beatona y orante! Pepito, el más débil de todos los hermanos, protegido hasta la paranoia por su madre, influenciado, por tanto, de modo feroz por sus creencias, salió un día de casa y marchó dispuesto a entregar su vida a Dios. Ya apuntaba maneras, porque estrechaba la mano flojito desde pequeño.

Aquello sucedió antes del altercado, antes de que se descubriera el pastel del doble adulterio paterno, y nadie se había puesto en contacto con el

muchacho para comunicarle que, de repente, tenía otros dos medio hermanos.

—Pepito está en paz y ya se enterará cuando tenga que enterarse. De momento que nadie le llame ni le diga ni mu. Usted menos que nadie, doña Lourdes.

—¿Y no podía haber elegido otra onomatopeya, don Anselmo?

—Perdona, hija, es frase hecha, no llevaba intención.

Durante aquellos días de pena infinita, viendo tantos años de matrimonio arrojados al vacío, preguntándose un porqué sin posible respuesta, doña Lourdes quiso verdaderamente morir. Ni el amor a sus hijos ni la ilusión de ver un día a su pequeño ordenado sacerdote y cantando misa parecían poder con la fuerza que arrastraba el cauce de su padecimiento. Estuvo realmente enferma. Don Benito acudía diariamente y así mataba dos pájaros de un tiro. Ambos cónyuges yacían en habitaciones separadas, uno con males del cuerpo y la otra con los males del alma, para los que le resultaba mucho más complicado recetar.

—Es que se quiere morir, Celso. Tu mujer se quiere morir y contra eso no hay medicina. Es que le has dado un disgusto de padre y muy señor mío...

—Ya, ya, don Benito, si no hubiera sido usted tan bocazas...

—Lo hice sin maldad, Celso, créeme. Curiosidad solamente.

—Pues se podía usted haber metido la curiosidad por el culo.

—Ahora que lo dices y viendo, a toro pasado, la que se ha liado, pues sí. Bueno, voy a pasar un momento a ver a tu mujer y tú cuídate, que estás fatal.

Poco a poco fue entrando en razones. Las charlas del cura, que más que de comprensión estaban cargadas de ordenanzas, y los ruegos de sus hijos consiguieron que, poco a poco, fuese enganchándose de nuevo a la vida.

Primero un caldito, luego un poquito de queso, luego un filetito con patatas, al día siguiente unas albóndigas con tomate y así, entre llantos y bocados, decidió recuperarse. Nunca tuvo miedo a morir, porque desde lo más hondo de su corazón sabía que el trance la llevaría al cielo, donde la esperaban el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo y mucha más gente. Nunca comprendió doña Lourdes a aquellos que siendo creyentes sinceros se aferran a la vida como lapas, sabiendo como saben que allí arriba se está mejor, que la vida es un mar de lágrimas por el que hay que pasar, pero que, de verdad, de verdad, el resto de la eternidad es inmejorable. Cuántas veces no habría discutido con su marido por temas como ese. Él, que solamente creía de boquilla, que únicamente la acompañaba a misa los domingos, que no encontraba una excusa, que se conducía por la vida de un modo tan banal... Él sí temía morir. Pero Dios, que es la pura bondad, lo mismo le perdonaba

y le hacía un hueco en su reino. Vete tú a saber qué razones tiene el cielo. Cosas peores se habían visto por ahí.

Mientras tanto, la funeraria seguía funcionando con normalidad. Los servicios no faltaban y Celsito, el hijo mayor, llevaba el negocio con gran profesionalidad. A ello contribuía también, por supuesto, el hijo mediano, Lucas. Era mediano en todo: en estatura, en inteligencia, en carácter, en entrega al trabajo, al que se entregaba solo a medias. Hacía muy buenas migas con Pablito, el empleado vitalicio de la funeraria, un hombre de bigotito recortado como caravana de hormigas sobre el labio superior, pelo a raya perfecta y uña del meñique de la mano derecha de longitud imposible, con la que desprendía la ceniza de su eterno cigarrillo de caldo de gallina y con la que se rascaba el interior de la oreja evitando así, según él, la acumulación de cerumen. Pablito pasaba mucho más tiempo en la taberna de enfrente, La Noblejana, que en el despacho funerario. En más de urta ocasión, cuando alguien asomaba la cabeza por la puerta de la tasca preguntando por él, Jacinto, el camarero, respondía: «Ha salido un momento a la oficina, pero vuelve enseguida».

Pablito y Lucas eran los encargados de llevar a cabo los servicios. Iban con los féretros a las casas, preparaban al finado para el duelo, adecentándolo, maquillándolo, vistiéndolo y colocándole dentro de su cajita y conducían el coche funerario hasta el cementerio. Eran especialistas en solemnidades y formales consuelos, pero también en enredarse en situaciones insólitas debido a su incontrolable inclinación a la juerga.

Le gustaba a Pablito, durante el verano, pasar los largos ratos muertos que se producían en el trabajo, valga la paradoja, sesteando en la sala de los féretros, porque, según decía, era la estancia más fresquita. En algunas ocasiones ni siquiera le hacía reparos a echar una cabezadita dentro de alguno de los ataúdes. Cómodos eran, sobre todo los caros, los acolchados. A Celsito no le gustaba aquella manía, porque más de una vez había dado un susto a algún compungido cliente en el momento de mostrarle el producto.

—Pues mire, señor, este féretro, además de salir muy bien de precio, es muy bonito. No es roble, ¿eh?, eso ya se lo digo. Es pino, pero el teñido queda muy aparente y el Cristo es de bronce de verdad.

—¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaalmhhhhhhhhhhhhhhhhhh!

Y es que Pablito había surgido del féretro de al lado, el de roble, el caro, desperezándose y dando un susto horrible al ya de por sí afligido cliente.

—¡Pablito, cono, qué haces!

—Lo siento, ya salgo, ya salgo. Es que me ha entrado modorra.

—¡Fuera, vete y luego hablamos! Disculpe, caballero, es el empleado. Ya no sabemos qué hacer con él.

Pero el pobre señor ya no escuchaba. Había perdido el color y el aliento, los ojos a punto de salir de sus cuencas se habían hecho gigantescos y el corazón no sabía si detenerse definitivamente o redoblar los compases y seguir latiendo a trancas y barrancas. Una tila y un ligero reposo y, hale, hale, que ya pasó.

Pablito, sorprendentemente, había entablado una gran amistad con un aristócrata excéntrico al que su familia había ingresado en un centro psiquiátrico ubicado cerca de allí. Por la tarde, a los internos que no estaban de atar les daban suelta y el barrio se llenaba de gente rara que deambulaba de un lado a otro, flotando entre los transeúntes, con sus miradas extrañas y sus intenciones perdidas. Pablito siempre decía que su amigo, Horacio López de Gauna y Solís, conde de Na Xamena, no estaba loco, pero que su familia quería desheredarle para quedarse con sus bienes, y gracias a los buenos contactos que mantenían con determinados personajes del Movimiento le habían condenado a ese destierro ingrato e injusto.

Ambos alternaban de tasca en tasca y entre vinos, cortezas de cerdo y boquerones en vinagre pergeñaban venganzas y aventuras. Cuando llegaba la hora en que el conde debía retornar a su lugar de reclusión, Pablito cogía las llaves de uno de los coches fúnebres y trasladaba a su amigo hasta el manicomio. A veces, Lucas, el mediano, se unía al grupo y, en más de una ocasión, entre los tres apañaron un velatorio. Horacio López de Gauna y Solís mantenía su señorío intacto, vestía elegantemente, si bien repetía demasiado a menudo sus trajes y pañuelos de cuello, pero no se podía negar que su presencia daba empaque a las reuniones, aunque a veces se tratara de concurrencias de duelo.

Durante la convalecencia de doña Lourdes, Horacio de Gauna y Solís solía pasar a visitarla. Siempre educado y gentil, siempre caballeroso, dejaba en cada visita un ramillete de flores en el jarroncito de la mesa de la alcoba. Ramillete que previamente había sustraído de alguna dependencia del frenopático, pero que, una vez ignorada su procedencia, quedaba de lo más fino. Por su exquisitez en el trato y por el boato que aportaba a la familia la presencia de un personaje de tanta alcurnia, nunca se vio mal que frecuentara la funeraria. Es cierto que de vez en cuando parecía disparatar, traía y llevaba a sus fantasmas y contaba historias de coherencia, cuando menos, cuestionable, ¿pero qué mal hacía con ello? Aportaba, más bien, algo de fantasía a una vida demasiado terrenal. Quizá por eso, por estar todo el día

enredando con los asuntos de la parca, los miembros de la familia Marqués parecían apegarse con ahínco a las cuestiones mundanas. Tanto el gran progenitor, don Celso Marqués, como sus dos primeros hijos varones oficiales habían desarrollado, inconscientemente, una extraordinaria capacidad de compulsión pasional. A todo se aferraban con fruición. A todo cuanto supusiera extraer el jugo placebo de la vida.

Las únicas que desdeñaban tanta frivolidad eran las mujeres de la casa y, por supuesto, Pepito, el futuro cura. Doña Lourdes y Luisita, la única hija, heredera vital de las pasiones religiosas de su madre, rancia y estoica, estirada hasta el dolor y desdeñadora de las vehemencias profanas. Luisita no encontraba novio porque, cuando algún posible candidato aparecía en el horizonte y tanteaba, precavido, el percal, no tardaba en coger el canasto de las chufas ni un segundo. Y no era fea Luisita. Fea no era, de verdad. Era, no sé, digamos áspera. Parecía tenerlo todo a favor: una familia considerada con negocio propio en una época difícil, una reputación, padre con dos coches — fúnebres, pero coches al fin—, una cara bien rematada y un físico aparente.

A doña Lourdes le habría encantado que Horacio de Gauna y Solís, conde de Na Xamena, se hubiera fijado en ella, pero...

Madre e hija elaboraban estrategias de acercamiento, porque ella no le hacía ascos al aristócrata. Siempre con el obligado tacto, doña Lourdes propiciaba encuentros «fortuitos» entre ambos. Luisita se dejaba ver «incidentalmente» cuando este aparecía, pero el resultado siempre era el mismo: sí, sí, muy cortés, muy educado, muy muy, pero que no, que no. Doña Lourdes enseñó a su hija truquitos de sutil seducción, siempre manteniendo las formas debidas. Que si un parpadeo aquí, que si una mirada allá, que si un rocecillo casual al servirle el café, que si una sonrisa... Y en ese trance era cuando Luisita perdía. En lo de la sonrisa. Luisita no sabía sonreír. Era una lápida pétrea, fría, incapaz de transmitir un solo soplo de ternura o simpatía. Su proximidad familiar íntima se limitaba a su madre. Con sus hermanos apenas mantenía relación, salvo la impuesta por la cortesía y el diálogo obligado que exige la convivencia. Ejercía de transmisora de mensajes maternos entre un piso y otro: «A comer... A cenar... Celsito, te llama mamá... Llamad a don Benito que la chica tiene fiebre...» y poco más.

La chica era la chica, pero ya no lo era tanto. Los cuarenta le rondaron, pero hacía algún tiempo. Vino de un pueblo del sur buscando trabajo cuando la extrema escasez y preguntando, preguntando, le dieron razón en La Noblejana de la única casa en la que podría encontrar empleo por aquellos andurriales. Y así fue. Tras lo de la criada ladrona no habían encontrado a

nadie para el servicio que convenciera a doña Lourdes. La aspirante fue examinada de arriba abajo, y aunque quizá fuese demasiado exuberante en las hechuras, teniendo en cuenta que había tanto macho en la familia, sí transmitió la sensación de que podría ser una buena criada.

Además, ya no era una niña y seguramente se haría fácilmente con las riendas de la intendencia hogareña. Era una mujer prudente en lo tocante a la lengua, hacendosa, viuda de guerra, sin hijos, limpia, trabajadora incansable y honrada en lo material. Desde el principio destacó como bien mandada. Ni un pero, ni una mala cara. A nada decía que no, y como a nada decía que no, Celso Marqués aprovechó la disposición y no habían pasado ni dos meses de su contratación cuando se le vino encima. La chica, Rosario, que tal era su nombre, no remoloneó en exceso y, ante los envites del señor, se acopló sin problemas a su nueva situación de criada y empleada del hogar, porque, la verdad sea dicha en su caluroso honor, se empleaba con total entrega.

La enfermedad de Celso Marqués se agudizó desde el destierro a la habitación pequeña. Don Benito seguía visitándole cada dos o tres días, pero más bien por la copita de anís que con intenciones sanitarias, porque él, como doctor, sabía que el declive era irreversible. La edad, en colaboración con la vida insana que siempre llevó Celso Marqués, se habían aliado y parecían estar ganando la batalla. El enfermo, no obstante, luchaba con uñas y dientes. No quería abandonar este mundo que tantos beneficios le había procurado. Su convencimiento de que cuando esto se acaba, se acaba de verdad, le insuflaba una fuerza incomprensible. Con prácticamente la totalidad de sus órganos vitales en paro forzoso, Celso Marqués seguía funcionando a trancas y barrancas, generando, no se sabía muy bien de qué fuente, la energía suficiente para seguir tirando. La vida a su alrededor continuaba sin novedades. Su esposa enclaustrada en la alcoba que fuese matrimonial, los hijos mayores en el negocio, el otro en trance de santidad, la hija ajándose... En fin, sin novedad, esperando el desenlace un día u otro cualquiera. Y ese día llegó.

Estaba Celsito sentado tras la mesa del despacho. Ya había llegado el señor Pedrón, un viejo vecino, anciano hasta la saciedad, que diariamente acudía a la funeraria, saludaba con un ligero movimiento de cabeza y se sentaba en una silla colocada para él, a propósito, junto a la escupidera de la entrada. El señor Pedrón vivía enfrente con su única hija, su yerno y los dos hijos de estos. Sabía que le quedaba poco tiempo de vida y, previsor como había sido siempre, pasaba todas las mañanas en la funeraria por si se moría. Prefería hacerlo ya allí para no dar un espectáculo en casa. Así que cuando

escuchaba descorrer el cierre, cruzaba la calle, entraba en la funeraria, se sentaba, saludaba, Luisita le bajaba un café y sin pestañear, esperando paciente el fatal desenlace, pasaba el hombre la mañana, calladito, sin abrir la boca, con la mirada perdida. Por la tarde solía bajar pasadas las cinco, porque se echaba la siesta. Moriría, sí, pero descansado. El despacho tenía una decoración austera, dada la índole del negocio. Por todo mobiliario contaba con la mesa y el burean, un banco de madera oscura y frente a él una mesita baja, un mueble archivador en la pared posterior, un cuadro con una imagen de la Virgen ascendiendo a los cielos sin despeinarse, un paragüero y el señor Pedrón en su sillita. Cuando cerraba Celsito el despacho, se marchaba el señor Pedrón con cierto aire de pesadumbre. Un día completo más había pasado por él con pena y sin gloria.

Celsito notó esa mañana la voz de su hermana Luisita un tanto alterada cuando le llamó.

—¡Celsitooooo!

—¿Qué pasa?

—Sube, que se ha muerto papá.

—Joder, y me lo dices así, como si se hubiera roto un grifo...

No hubo respuesta. El señor Pedrón no se alteró lo más mínimo porque debía de estar pensando en su propio desenlace. Celsito subió raudo hacia la vivienda y se cruzó en las escaleras con la chica, Rosario, que se dirigía a casa de Lucas, el mediano, que vivía en un piso de la calle de al lado, para comunicarle la mala nueva. Doña Lourdes no soltó una lágrima. Desde la cama dio las órdenes pertinentes y tan solo perdió su mirada a través del ventanal del balcón durante un rato, quizá oteando algún recuerdo como por obligación. Luisita estaba apoyada en el quicio de la puerta de la habitación donde yacía, ya sin vida, el cuerpo de su padre, con el mismo gesto rocoso pero con los ojos vidriosos. Celsito intentó abrazar a su hermana como suele ser habitual entre hermanos en casos de muerte de padres, pero se separó inmediatamente al comprobar lo incómoda que le resultaba a su hermana la situación.

Celsito bajó de nuevo al despacho funerario. El señor Pedrón seguía sentadito, inmutable.

—¡Pedrón, tiene que marcharse a casa!

Sin apenas pestañear, como un autómatas, se levantó, dio media vuelta con lentitud y salió pasito a pasito, camino de su casa.

—Mañana no venga, Pedrón, que no abrimos.

Celsito se sentó frente la máquina de escribir Underwood, colocó una hoja holandesa en su rodillo y en letras mayúsculas escribió: CERRADO POR DEFUNCIÓN.

Echó el cierre y lo colgó en la parte exterior de la entrada de la funeraria.

Doña Lourdes se encargó, personalmente, de organizar el duelo. Haría una excepción personal y saldría por un día de su enclaustramiento. Lo que uno cocina en casa no tienen por qué olerlo los extraños, aunque el rumor ya había corrido por todo el barrio y, quien más quien menos, especulaba con la situación. Había quien pensaba que se apoderó de ella un mal incurable que le impedía levantarse de la cama; había quien se apuntaba a la opción más acertada del problema familiar insostenible; hubo quien llegó a difundir la desaparición espontánea de doña Lourdes, pero fue don Benito, santo varón, quien en aras de la confidencialidad más absoluta de la que se supone deben hacer gala los doctores se había encargado de que corriera a los cuatro vientos la verdadera historia del descubrimiento fortuito del doble adulterio de Celso Marqués.

—Esto que le voy a contar, le pido por favor, don Joaquín, que no se lo diga a nadie.

—Por favor, don Benito, sabe que lo que me diga, aquí queda.

—Pues resulta que iba yo a visitar a Celso Marqués, que como sabe se encontraba muy enfermo, cuando veo a una gitana frente al balcón...

O en el transcurso de otra visita:

—No te que yo quiera ahora hablar mal de nadie, pero... Y esto, por favor, doña Martina, le pido que quede entre nosotros...

—Por favor, don Benito, sabe que soy un sepulcro blanqueado.

—Pues nada, que resulta que mire usted por dónde, las casualidades de la vida hicieron que fuese yo quien descubriera el pastel. Celso Marqués arrojaba dinero por el balcón...

Durante el duelo nadie osó hacer referencia alguna a la peculiar circunstancia familiar. La casa se llenó de gente amiga y enemiga cumplidora. Allí estaba Celso Marqués, como un producto en venta, exhibido en su ataúd, galano y orgulloso como fue en vida, rígido como no lo fue, rodeado de quien le quiso, quien le odió, quien le envidió, quien le rio, quien le criticó, unidos por esa congoja real o aparente que reina en los velatorios.

Rosario, la chica, ayudada por la hija de Pedrón y por Luisita preparaban sin pausa viandas en la cocina.

—Por Dios, Luisita, ¿es que esta gente no come en sus casas?

—Pues no.

Por allí pasó todo el barrio, los cercanos y los ajenos, quienes lloraban y quienes, interiormente, reían. El cura no se separó de doña Lourdes, que aparentemente compungida recibía pésames y ánimos representando su papel a la perfección. Un día y una noche duró, como es debido, el trance del adiós. Los más íntimos velaron al muerto, por hacer compañía, aunque dos o tres hubo que aguantaron la vela quién sabe si por la manduca o por el medrar y en mitad de la noche, cuando solamente el chocolate con picatostes sostenía a los veladores, apareció Pepito, el pequeño, el entregado a la fe. Se abrazó a su madre, se abrazó a sus hermanos, saludó a su hermana y cariacontecido tras el ritual preguntó:

—¿Cómo ha sido?

—Pues poco a poco. Se ha ido apagando...

—Pobre papá, con la ilusión que tenía por verte ordenado...

—Pues sigo dejándolo todo al retortero. Eso no tiene cura, sigo siendo un desastroso.

—No, si me refería a verte cura.

—¿Papá?

—Sí.

—Anda ya...

—Bueno, es por decir algo. En estos casos siempre se dicen cosas así, ¿no?

—Pues si eso hubiese sido verdad, hoy se habría llevado un gran disgusto.

—¿Pero qué me dices, hijo?

—Ya hablaremos mañana, mamá, que no es el momento.

Y llegó la mañana. Trasladaron el féretro hasta el cementerio parroquial. El cura dio el responso un poco más entregado que cuando el finado no era conocido. Las mujeres de la familia, siguiendo la tradición, no acudieron al cementerio. Se quedaron en casa esperando. Quien sí acudió fue Horacio López de Gauna y Solís, conde de Na Xamena, que había pedido permiso en el manicomio para asistir al entierro. Descorrieron la lápida de la tumba familiar, los operarios pidieron permiso para proceder a descender el féretro con sus sogas, cada uno de los hijos tomó un puñado de tierra para arrojarlo a la fosa, sonó espeluznante al golpear sobre la madera. Caras serias, compungidas, un padrenuestro susurrado entre todos los asistentes. Antes de que los sepultureros arrojarandas coronas de flores dentro de la tumba, Horacio de Gauna y Solís se hizo, disimuladamente, con un clavel que colocó en la solapa de su traje negro, como si fuese una boda. Colocaron la lápida de nuevo y se despidió el duelo. Los tres hermanos, Celsito, Lucas y Pepito,

alineados, recibieron el pésame de los asistentes, uno por uno. Los más cercanos, los amigos y familiares les abrazaron; los demás les estrecharon la mano o a lo sumo les dieron unos golpecitos en el hombro.

—Te acompaño en el sentimiento... Lo siento... Fue un gran hombre... Lo mismo digo... Lo mismo digo... Lo mismo digo... Lo mismo digo...

Apoyada en el tronco de un ciprés, una mujer, gitana, acompañada por un chaval de unos diez años, contemplaba la amarga escena. Esperó a que todos abandonasen el lugar. Al saberse sola se acercó hasta la lápida, dejó sobre la piedra un ramillete de flores y lloró un poquito.

—Despídete de tu padre, Celsín.

—Adiós, padre.

—¡Adiós, Celso, cacho cabrón! ¡Ahí te duelan las muelas toa la eternidad! Doña Lourdes no daba crédito a las palabras de su hijo menor.

Ese sí era un disgusto. Entonces sí lloró. El hipo apenas le permitía hablar. Pepito la abrazaba y enjugaba el llanto de su madre con su pañuelo blanco sin mocos.

—Perdona, mamá, pero ya no podía más. Es mejor haberlo hecho ahora que haber esperado más. Imagínate que me ordeno y después me salgo.

—Pero, hijo, ¿cómo se puede perder la fe, así, de sopetón?

—Es que no ha sido así de sopetón. Ha sido un proceso. Lo he meditado mucho. Lo he pensado noches y noches...

—¿Por el día no?

—Sí, también.

—Es que por el día las ideas están siempre más claras, hijo.

—Sí, mamá, por el día también. Y no te preocupes, no pasa nada.

—¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Trabajarás con tus hermanos en la funeraria?

—No. De momento no. Necesito un tiempo para mí.

—¿Vivirás aquí, con nosotros?

—Si no te importa, me gustaría vivir en el piso con Lucas, si a él no le parece mal.

—¡Ay, Señor, entre unos y otros me vais a matar!

—Venga, mamá, que no pasa nada, verás como todo va a ir bien.

—Sí, sí... Anda, dile a Rosario que me traiga un bocadillo de chorizo y un vinito y déjame descansar.

Pepito, el renegado, se trasladó al piso donde vivía su hermano Lucas.

Siempre habían mantenido una buena relación hasta que el pequeño se fue al seminario, así que no supuso ningún trauma la nueva situación para

ninguno de los dos. Lucas notaba que su hermano menor estaba un poco alterado; él, que siempre fue un chico apacible y sosegado, parecía ahora un poco enervado e inquieto. No pasaba demasiado tiempo en casa, salía y entraba a menudo y pasaba muchas noches fuera.

—Pepito, ¿te has echado novia?

—No.

—¿Y con quién duermes cuando no vienes?

—A lo mejor es que no duermo.

—¡No jodas! ¿Te vas de juerga y no me llevas?

—A lo mejor es que no me voy de juerga.

—Joder, Pepito, pareces una novela de misterio. Dime ya qué cono haces, que me tienes en ascuas.

—No te lo puedo decir.

—Bueno, pues dime por lo menos por qué has decidido salirte del seminario.

—Mira, Lucas, si yo te dijera las cosas que he visto allí y lo que he sufrido, no te lo creerías. Me han quitado la fe. No solamente me han quitado la fe, es que me han puesto en contra. Es una mierda todo ese tinglado, es una gran mentira.

—¿Pero qué has visto?

—Eso no te lo voy a decir.

—¿Otra vez con los enigmas?

—Ya te lo contaré en su día.

Pepito no era el único seminarista que había decidido abandonar las cosas de la fe. Junto a él, otros cuatro chicos optaron al mismo tiempo por tirar la sotana para enfundarse unos pantalones de los de toda la vida. Desde el día de su despedida habían seguido manteniendo relación epistolar y se habían cruzado alguna que otra llamada telefónica. Pocas, porque las conferencias salían carísimas. Siempre hablaban de alquilar un piso y vivir juntos como en el seminario, pero sin sermones, monsergas y sotanas de por medio. Como hombres laicos, como gente normal, como jóvenes que han de alcanzar a la vida, que se les adelantó y ahora les llevaba ventaja.

Era tal la inquina que Pepito había tomado a los curas, tal el resentimiento acumulado, que toda la convicción que le impulsó desde su infancia se había dado la vuelta como una tortilla ideológica y había hecho de él un vehemente descreído y anticlerical. Desde que salió del seminario frecuentaba la casa de otro renegado. Más renegado si cabe, porque este sí había llegado a ordenarse sacerdote. Una vez que dejó de cantar misa y retornó a la vida civil dirigió sus

esfuerzos a la lucha antieclesiástica. Había formado un grupo de activistas, por el momento poco activos, cuyo fin era acabar con las sotanas y su poder. Dominaba la palabra a la perfección. Mucho entrenamiento desde el púlpito en su tiempo. Captaba a jóvenes entre los grupos izquierdistas clandestinos y ya había conseguido montar un grupo de unos cuantos desalmados viscerales. Ahí era donde pasaba noches enteras Pepito, en casa de este excusa revolucionario y belicoso. Hablaban, hablaban, hablaban, planeaban acciones y barajaban opciones entre el humo de los cigarrillos, como en las partidas de cartas de los garitos ilegales que salían en las películas americanas, a media luz, como en el tango, dispuestos a afrontar la utópica tarea de la desaparición del clero de esta tierra. «Ahora somos pocos, amigos, pero llegaremos a ser más que ellos algún día. ¡Viva la verdad, muera el engaño! ¡Brindemos por la libertad y por el fin de quienes nos someten bajo el yugo del temor y nos amenazan con su cielo y su infierno inventados!».

Jamás escribían un papel, nunca dejaban evidencias de sus reuniones y sus intenciones, no dejaban testimonio de nada que pudiese delatarles. Todos sus propósitos quedaban en el aire y en sus cabezas. De momento no habían pasado a la acción, tan solo se limitaban a planificar y sentar las bases del movimiento, pero quedaba poco para que el mundo se enterase de su existencia. No había de tardar mucho el momento en el que curas, monjas, obispos y cardenales vivieran atemorizados sin saber quién les provocaba tal temor. ¡Y sacristanes también, qué cono! ¡Y diáconos!

Celsito estaba un poco apurado esa mañana. Había dos servicios seguidos. Un par de finados a los que preparar para el duelo y Lucas y Pablito no aparecían.

Uno de los coches fúnebres no estaba y en La Noblejana no sabían por dónde podrían andar. Las familias de los fallecidos esperaban pacientes, consolándose entre ellos en el despacho de la funeraria, y Celso, después de haberles colocado a ambos las cajas más caras, las buenas, las de roble con el interior acolchado y un par de coronas, ya no sabía qué hacer para entretenerles más. Pero su impaciencia cesó al escuchar el ronroneo del motor del coche fúnebre en la calle. A voces, entre risotadas, aparecieron en la puerta Lucas, Pablito y el conde exhalando alientos destilados, rojos como tomates y un tanto desbaratados en la vestimenta. Celso no tuvo que decirles nada. El simple gesto de su cara y la presencia de los compungido clientes en el despacho fueron suficientes para que amoldaran su conducta a la situación y cambiaran radicalmente de actitud.

—Lucas, hay dos servicios, así que ve tú con el conde a casa de estos señores y yo me voy con Pablito.

Así lo hicieron. Horacio López de Gauna y Solís se estaba convirtiendo en todo un profesional a base de acompañar a su amigo Lucas y a Pablito a los velatorios y los entierros. Ya sabía, perfectamente, manejar a los cadáveres para prepararles en su último viaje, así que, como no tenía reparos, venía siendo un empleado más, aunque sin sueldo. Se sentía pagado con la compañía y la amistad. Aunque ese día andaba un poco tocado del ala por los efluvios del vino y los vapores propios, no dudó en subirse al coche para participar de nuevo en otro ritual de despedida. Llegaron a la casa del fallecimiento y saludaron con la cara de circunstancias usual para momentos como ese. Una señora, la viuda, les acompañó hasta la alcoba donde yacía el esposo. Allí, tendido en la cama, con un esquiama verde con la goma de la cintura dada de sí, esperaba el pobre hombre. La señora, la viuda, una mujer entrada en carnes pero guapa de cara, con el pelo recogido en un moño, se abrazó a su marido inerte y, besándole en la boca y en la cara, gimió y lloró dolorida. Horacio López de Gauna y Solís, muy profesionalmente, la tomó en sus brazos apartándola del cuerpo y, quizá con demasiada efusividad, aprovechando la situación, la echó a un lado para que su amigo Lucas pudiese proceder con su trabajo. En el cuarto de estar esperaban la hija y el yerno, que eran quienes habían ido a la funeraria a encargar el entierro. Apenas había intentado Lucas mover el cadáver cuando este entreabrió los ojos y, como si retomara el pulso al tiempo, dijo: «Pues ya ves, hijo, aquí, sufriendo». Lucas dio un respingo y salió disparado hacia atrás, el conde abrazó más fuerte aún a la hasta ese momento viuda y a esta, por el susto, le chascó la aorta, sufrió un infarto fulminante y murió al instante.

Los hijos acudieron a la habitación al escuchar la voz de su padre, el grito de la madre, la exclamación irreproducible de Lucas y se encontraron con la tragicómica situación: el padre resucitado con los ojos muy abiertos incorporado en la cama, ya callado; la madre en el suelo retorcida, muñéndose de golpe, con el corazón partido al no haber podido sobreponerse al sobresalto, y los empleados de la funeraria sin saber muy bien qué hacer, dirigiendo la mirada de uno a otro. Fue el conde, Horacio López de Gauna y Solís, quien habló como para poner sosiego, no sin sensatez, pero con inoportunidad:

—No se preocupen ustedes. Como el encargo ya está hecho, se cambia el protagonista y ya está. El disgusto ya lo tenían por su padre, así que les sirve el mismo disgusto para su madre y santas pascuas.

—¡Joder, Horacio, cállate!

—¿Pero por qué? Es así, ¿no? ¿O no?

La hija lloró, el resucitado intentó levantarse de la cama, pero debían de habersele quedado las piernas dormidas por haber estado muerto y al pisar el suelo se cayó de bruces; Lucas le levantó no sin esfuerzo; el yerno abrazaba a su mujer, que llamaba a su madre caída en el suelo sin vida. El conde dijo que él creía que lo más oportuno era llamar al médico, pero nadie parecía escucharle. Poco a poco todos se fueron calmando. El resucitado se llevó un disgustazo. A pesar de que el conde intentaba convencerle de que tenía que estar contento por haber vuelto a la vida, la pérdida de su mujer le había caído fatal y el pobre hombre musitaba lamentos y lloraba sentado en una mecedora, balanceándola hacia delante, hacia atrás, hacia delante, hacia atrás...

—No se impulse usted tan fuerte que como se caiga se va a matar.

—¡Horacio, cono, que el señor ya se ha muerto una vez...!

—Perdón, perdón. Discúlpeme, caballero, no quería yo...

Por fin llamaron al médico y Lucas y Horacio López de Gauna y Solís, dando el pésame de nuevo, salieron de la casa de los sustos poniéndose a disposición de la familia para lo que hiciese falta, porque falta iban a hacer antes o después. Una vez que el forense diera el parte del fenómeno de la resurrección y del nuevo fallecimiento, los empleados de la funeraria deberían acudir otra vez a concluir lo que ni siquiera habían podido comenzar. Al salir a la calle, el conde pareció sufrir un ataque de perturbación. Los acontecimientos vividos momentos antes le habían provocado un estado de convulsión neuronal y subiéndose a un banco de madera de la acera comenzó a gritar:

—¡Milagro, milagro, milagro! ¡Ha resucitado! ¡Vengan aquí y escuchen! ¡Lo he visto con mis propios ojos! ¡Resurrección, resurrección en el 3.º D!

Lucas se debatía entre asustarse por el numerito o deprimirse ante semejante desvarío. Su amigo el conde tenía los ojos vidriosos, la cara desencajada y hacía caso omiso a sus ruegos, así que lo dejó por imposible y se marchó en el coche fúnebre para dar aviso al frenopático y que fuesen a hacerse cargo de él. Horacio López de Gauna y Solís llegó a congregarse a un importante grupo de gente a su alrededor. Algunos se mofaban de él y se reían, pero muchos de ellos, ancianos la mayoría, beatonas y viejos meapilas, se regocijaban ante el evento proclamado, rezaban, se persignaban con frenesí y miraban a la ventana de la casa donde se había producido el prodigio. Pero un poquito antes que la ambulancia del manicomio llegó el furgón de la

policía nacional. Al ser de personas de edad y al comprobar que no se trataba de ningún acto político revolucionario, disolvieron a la milagrera manifestación y se llevaron al conde esposado mientras este no cesaba de lanzar a viva voz llamamientos al arrepentimiento de todos los mortales. Del calabozo de la Dirección General de Seguridad le sacaron sus parientes para volver a ingresarle en el centro psiquiátrico, de donde no pudo volver a salir en un par de meses. Lucas fue a visitarle en varias ocasiones y le contó la que había organizado con su ataque de locura transitoria. Los rumores del milagro corrieron por toda la ciudad y hasta el obispo tuvo que acudir para poner orden. La casa del resucitado se había convertido en lugar de peregrinación oficiosa, a pesar de que, visto lo visto, el señor, una vez enterrada su esposa difunta total, había decidido huir al pueblo por si en un ataque de delirio hubieran querido sacarle en procesión. Dio igual, porque la gente seguía acudiendo allí cargadita de rosarios, estampitas y crucifijos pidiendo perdón a voces por los pecados acumulados, que debían de ser muy gordos a juzgar por la potencia de las gargantas, y gritando al cielo que querían ver al santo. El asunto coleó durante bastante tiempo. Al intervenir el obispo y dar una misa masiva en la parroquia de San Sebastián explicando la verdad del asunto, las gentes dejaron de acudir en masa frente a la casa del resucitado, pero algunos incrédulos, más necesitados de fe y perdón que los demás, continuaron dejándose ver por allí durante algún tiempo. La razón del retorno a la vida de aquel hombre no había sido más que un caso de catalepsia, pero quien quiere creer en algo, cree a pesar de que la evidencia de la ciencia le restriegue el argumento por el raciocinio.

El episodio le dio mucha vida al barrio. Se hicieron reportajes en televisiones y publicaciones extranjeras y la prensa nacional también se ocupó del asunto, aunque de manera sucinta. Quienes nada sabían del caso proclamaban haber sido testigos presenciales; quienes nunca se habían ni siquiera cruzado en la calle con el protagonista del episodio resultaron ser íntimos amigos. Don Anselmo, el párroco, se vino arriba porque le entrevistaron en varias ocasiones y anduvo un poco subido. Si ya de por sí no iba desprovisto de arrogancia, durante esos días su ego cogió cinco kilos.

—Don Anselmo, ayer no vino a darme la comunión.

—Lourditas, tengo una agenda muy apretada...

—Pues dígale a Celsito que le dé una nueva, que en el despacho tiene que haber alguna de este año sin estrenar.

—Me refiero a que tengo mucho que hacer. Ya sabe, Lourditas, una entrevista para una televisión francesa aquí, otra entrevista para un periódico

italiano allá...

—Ya, ¿y le importa más eso que dejar a una de sus feligresas sin confesión, con la posibilidad de condenarse para la vida eterna...?

—Pero, Lourditas, si se confiesa usted todos los días y sin salir de esta habitación no se puede pecar.

—¿Ah, no? Recuerde, padre, que se peca por palabra, obra u omisión y yo peco por la primera y la última muy a menudo, y como uno nunca sabe cuándo le va a llegar la hora, sobre su conciencia está el que me vaya de este mundo cargadita de culpas y me condene al fuego eterno.

—No se ponga así, mujer. Mire, le voy a perdonar los pecados de ayer, de hoy y de mañana.

—¿Pero cómo me va a perdonar los de mañana?

—Es que me ha llamado el obispo y pasaré todo el día en el obispado. Ya sabe.

—Yo no sé nada. Lo único que sé es que no me puedo confesar de los pecados de mañana. Eso es una estupidez.

—Haga un esfuerzo, Lourdes. Piense más o menos en qué va usted a ofender a Nuestro Señor y procure por un día no improvisar. Le pongo de penitencia tres o cuatro credos y dos avemarías extras y ya está.

Interrumpió la conversación Celsito, el hijo mayor, que venía a hacer entrega de la recaudación. Una vez a la semana Celsito entregaba a su madre el dinero cobrado y doña Lourdes lo guardaba bajo llave en la caja fuerte. Todos en la familia recibían el sueldo de su mano. A Rosario, la criada, le hacía entrega los lunes de una pequeña cantidad para los gastos generales de la semana, y cuando era necesario algún extra, era la propia doña Lourdes quien lo aprobaba o lo desaprobaba bajo su solo criterio. Celsito le dijo que había que hacer alguna reforma en la casa y en la funeraria, porque el tiempo había ido dejando su huella y había que reparar algunas instalaciones, renovar algunos muebles y comprar una televisión.

—¿Una televisión? En esta casa nos hemos vuelto locos de remate.

—Pero, mamá, los tiempos cambian.

—Los tiempos cambiarán, pero yo no. No hay televisión. Además, en esta familia estamos de luto. La radio es mucho mejor y aquí siempre hemos sido muy de radio.

Luisita se incorporó a la reducida reunión familiar y así dejó de ser tan reducida para ser menos reducida. Poco a poco el resto de los miembros de la familia fueron acudiendo. El cura no hizo ademán de irse, visto el interés del tema que se debatía, con lo que quedó en evidencia que lo de la agenda

apretada no lo era tanto. Allí, rodeando la cama de doña Lourdes, estaban Celsito, Luisita, Lucas y el cura; solo faltaba Pepito, que debía de andar enredado con sus cosas del aniquilamiento clerical. Todos los hijos varones sin excepción, a quienes se sumaba el sacerdote, coincidían en la necesidad de adquirir una televisión, porque eso le daba mucha vida a una casa. La hija, en cambio, no compartía la opinión de sus hermanos. A ella esas cosas no le interesaban, más bien se le hacían superfluas y frívolas. Si hubiese niños en esa casa, aún se podía pensar que les serviría de entretenimiento, pero como ninguno de los vástagos parecía inclinado a pasar por el altar, no se vislumbraba muy próxima la llegada de descendencia. Se debatieron los pros y los contras. Frente al gasto económico se argumentó el beneficio cultural: las corridas de toros, los partidos de fútbol, los combates de boxeo, las películas...

—Imagínese, Lourditas, poder ver a El Cordobés toreando ahí mismo, como si fuera solamente para usted, o los partidos de fútbol del Real Madrid, con lo seguidor que era su difunto...

—Ni me lo miente.

—¿Qué le ha hecho a usted el Real Madrid si es la gloria nacional?

—Ya sabe usted que me refiero a mi marido, don Anselmo, no al Real Madrid. No se haga usted el tonto. Y además, ¿a usted qué le importa si compramos o no una televisión en esta casa?

—Hombre, yo, por si algún día me dejo caer y por ustedes. Pensando solamente en ustedes...

A los pocos días una magnífica televisión marca Iberia presidía la habitación de doña Lourdes, porque al final esa fue su condición. Sobre la mesa camilla lucía aquella maravilla de la tecnología llena de felicidades, optimismos, eventos, anuncios y personajes que pasaron en un santiamén a formar parte de la familia. Se colaron etéreos pero con fuerza. Del mismo modo que se colaban las visitas, cada vez más frecuentes, de vecindades que antes ni siquiera se dignaban saludar y que ahora pasaban a interesarse por la salud de su vecina.

Pero a esos se les despedía con premura. Don Benito, el médico, de pronto se sentía preocupadísimo por el estado de todos los miembros de aquella familia y aparecía con una frecuencia inusual con la ridícula excusa de comprobar el grado de robustez en el que se encontraban todos y ya, de paso, si estaban echando algo interesante, se quedaba a verlo con el permiso de doña Lourdes. Incluso Horacio López de Gauna y Solís, conde de Na Xamena, más de una tarde cambió la partida de mus en La Noblejana por

echarle un vistazo a aquel divino invento de las imágenes. «Que no se muera nadie ahora, que no se muera nadie ahora, por favor», pedía con verdadera preocupación Lucas cuando veía, embelesado, algún programa. Rosario, la chica, limpiaba el polvo al mueble y a la pantalla del aparato con sumo cuidado, como si de un jarrón de porcelana china se tratara; lo mimaba porque, según ella, los señores que salían por ahí no se ensuciaran. La televisión unió a la familia y doña Lourdes disfrutaba contemplando a sus hijos juntos, cuando antes de la adquisición solamente podía darse ese placer durante las comidas y a veces ni eso.

Por otro lado, las películas americanas le causaban una sensación de congoja. No se puede decir que no disfrutase viéndolas, no, pero descubrir las comodidades y los adelantos con que contaba aquella sociedad hacían a doña Lourdes caer en una especie de íntimo abatimiento. Ella sabía que a pesar de todo su familia era una privilegiada. Vivían con mucho más desahogo que la mayoría, su casa ganaba en metros y bienestares a casi todas las demás del barrio, incluso tenían calefacción de carbón propia, poseían dos coches grandes, fúnebres, sí, pero coches al fin, mientras que la mayor parte de las familias, si tenían auto, era de esos pequeñajos donde se incrustaban los miembros de los pasajeros unos en otros, convirtiendo en falsa la teoría de la impenetrabilidad de los cuerpos. Era una reflexión personal y recóndita, jamás expresada más allá de su propio sentimiento porque ella era una mujer afín al Movimiento, devota de las buenas costumbres, lo decente, lo de toda la vida, y eso estaba reñido con tanta modernidad. Desde luego, el día del Juicio Final se iba a ver a pocos extranjeros en la cola del cielo. Tanta licencia no podía llevar más que a la depravación, la perdición y la pérdida total de la honra. Esas mujeres licenciosas, provocadoras... La mujer se debe a la familia y a su marido, si lo tiene, y si no lo tiene, a sus padres. Si no hubiese estado convencida de tales argumentos, a buena hora iba a haber aguantado los desmanes de su difunto... Pero era su esposa fiel y lo que Dios unió nadie lo podía separar aquí, en este valle de lágrimas, ni siquiera la pena, el disgusto continuo, la soledad... El hombre es hombre y la mujer, mujer. Cada uno lleva clavadas en el ánimo las consecuencias de esa condición y debe asumirlas como siempre se hizo. Lo demás es modernidad, comunismo, ruina moral, son pasos dados hacia el caos de las almas. El hombre a trabajar, a llevar el pan a casa y a sus cosas: sus partidas, sus salidas, su vida de hombre. La mujer a atenderle como debe, para que vaya hecho un pincel, bien alimentado, orgulloso de su casa. La mujer tiene el amor y debe entregarlo íntegramente a quien Dios eligió para ella. Los hijos... ¡Ay, los hijos! Los

hijos también son de las madres, sobre todo al principio. Luego, los varones ya correrán por su cuenta, como hombres que son. Los suyos, desde luego, eran como deben ser: honrados, trabajadores y algo juerguistas. No todos, la verdad, que uno casi llegó a cura. Las hijas son otra cosa. Luisita lo tenía todo para ser una buena esposa: cuidadosa, limpia, decente, guapa... Ya le buscará el Señor un buen marido antes o después, porque viendo lo que se ve por ahí, esas birrias de mujeres ya casadas... Dicen que la suerte de la fea la guapa la desea, pero no venía al caso el refrán, porque a su Luisita debía la Providencia de estar buscándole a alguien muy especial, por eso tardaba tanto en llegar. ¡Los hijos, ay, los hijos!

Pablito se había quedado al tanto de la funeraria durante un rato. Era una mañana tranquila, calurosa, solamente el traqueteo del tranvía sacaba de la modorra a la vecindad de cuando en cuando. No había ningún servicio a la vista. Don Benito les había comunicado que en breve tendrían un cliente, seguro, porque uno de sus pacientes, el dueño de la tahona, estaba mal, muy mal. Todavía no se había producido el desenlace fatal, así que allí lo único que se podía hacer era esperar. Todos esperaban. Pedrón esperaba morir sentado en su sillita, Luisita esperaba novio, Pablito esperaba un cliente, doña Lourdes esperaba que comenzasen las emisiones de la televisión y un chaval desharrapado esperaba en la puerta de la funeraria no se sabía muy bien el qué.

—¿Quieres algo, chaval?

El chico no contestaba. Clavó su mirada en el adoquinado, pero no se movió. Iba mal vestido. Las rodilleras de escay de los pantalones ocupaban ya casi más espacio que la tela con la que estaban hechos; la camisa, claramente manufacturada, parecía un campo de golf, por el color verde y la cantidad de agujeros. Los pelos llevaban tiempo sin decidirse por la dirección a la que apuntar y cada uno lo hacía a un lado diferente; los chorretones de la cara otorgaban la pista de unas lágrimas recientes que, ante la ausencia de aseo, habían dibujado claros corredores a lo largo de las mejillas.

—¿Quieres algo, chaval? ¿Tienes hambre?

Pablito se rascó la oreja con su uña prominente, volvió a entrar en el despacho y, desde allí, llamó a Rosario, la chica, para que bajara un poco de pan y algo de fiambre para el chaval de la puerta. Ni siquiera ante el obsequio el chico abrió la boca para otra cosa que no fuese dar enormes bocados ansiosos al chusco y al pedazo de chorizo de Cantimpalos. Pablito le observaba con lástima mientras apuraba la colilla de su cigarrillo de caldo de gallina.

—¿Quieres un cigarrillo, chico?

Al terminar su comida, el muchacho cruzó la calle y se sentó a la sombra del único árbol que había en los alrededores. Y llegó Pepito, el revolucionario anticlerical. Vendría a pedirle dinero a su madre, porque a trabajar, lo que se dice trabajar, desde que había vuelto del seminario no había pegado palo al agua. Debía de ser muy grande la herida que le abrieron los curas para que tardara tanto en cicatrizar. Pablito le contó lo del chico de la puerta, el pobrecillo desharrapado y hambriento, que seguía allí sentado, sin quitar la vista de la funeraria. Pepito fue hacia él. Al verle acercarse, el chico se puso en pie sujetando con fuerza una bolsa de plástico rosa en la que podía leerse Laidy-Boutique donde transportaba sus únicas pertenencias: unas sandalias viejas y un jersey de lana.

—¿Buscas a alguien, chaval? ¿Te pasa algo?

El muchacho comenzó a hipar, los ojos se le anegaron y con el llanto repentino apenas podían interpretarse sus angustiados balbuceos.

Pepito subió a casa y se dirigió directamente a la habitación de su madre.

—¿Se puede, mamá?

—Pasa, pasa, hijo. ¿Cómo estás? ¿Necesitas dinero?

—Sí, pero eso luego.

—¿Luego? ¿Antes hay algo?

—Túmbate en la cama, mamá.

—Pero si me acabo de levantar.

—Túmbate, que lo que voy a contarte no lo puedes escuchar de pie.

El muchacho de la puerta, el hambriento, el pobrecillo, se llamaba Celso.

—Imposible. Aquí no se queda. ¿Pero es que estamos locos o qué? ¡Hasta ahí podíamos llegar! Dale diez duros y que se marche inmediatamente o llamo a la policía y se lo llevan por vago y maleante.

—Mamá, serénate. Serénate, por favor.

Doña Lourdes llamó a cónclave. Toda la familia reunida alrededor de la cama de la madre, como el día de lo de la televisión, pero esta vez con un tema mucho más serio entre manos.

—Puede venirse a vivir con Lucas y conmigo al piso.

—De eso nada, monada. Yo no quiero un mocoso a mi vera. Ni hermanastro, ni pobre, ni leches.

—No tenéis corazón. El pobre niño no tiene a nadie; su madre ha muerto, su padre era el nuestro, no tiene más familia, tiene hambre... No podemos dejarle en la calle como a un perro.

—¡Hombre, como a un perro no, pero le damos diez duros...!

—¡Mamááá!

—Pues votamos.

—Aquí no se vota nada. Se va a acabar ver tanta televisión, que se os meten en la cabeza ideas comunistas. Aquí lo que se haga lo decido yo, que soy quien manda en esta casa. Si tengo alguna duda se lo consultaré a Celsito, que para eso es vuestro hermano mayor. A ver, Celsito, ¿tú qué crees que tenemos que hacer con el chico?

—No lo sé. Es que me da pena. De momento, que se quede unos días y vemos cómo respira.

—Eso es lo que yo iba a decir. ¡Hale, vete a buscarle! Y lo primero de todo que se pegue un buen baño, a ver si va a traer piojos. Cuando esté limpio, que venga a verme. ¡Lucas, dile a Rosario que me traiga una lata de mejillones y un vasito de vino, que los disgustos me abren el apetito! Y tú, Pepito, ve a la tienda de Balta y compra una camisa y unos pantalones cortos y unos calzoncillos y unas zapatillas de esas de lona azul para el chico, que vuestra ropa le quedará enorme. ¡Dios mío de mi vida, quién me lo iba a decir a mí! ¡Que el Señor no me mande todo lo que pueda aguantar!

El agua de la bañera se espesó como el chocolate a la taza cuando la mugre del chico se desprendió de su cuerpo. La ropa nueva le dio un aire fresco, le normalizó. Ya parecía un muchacho formal. Rosario le empapó en colonia y le dibujó una raya tan perfecta en el pelo que ni con tiralíneas habría quedado tan bien dibujada antes de que se presentara en los aposentos de doña Lourdes. Tiritaba el muchacho como si una brisa interior y gélida le recorriera los recovecos del cuerpo. Le castañeteaban los dientes al compás acelerado que le marcaban sus tensos nervios y así, oliendo a limpio y temblón, llamó a la puerta de la jefa de la casa. Pam, pam, pam.

—¡Adelante!

La puerta de la alcoba se abrió lenta, muy lenta. Al otro lado del quicio doña Lourdes vio al niño parado y tieso como figura de cera, sin atreverse a entrar, con el temor de quien suplica en silencio.

—Pasa, que no te voy a comer. A ver, cuéntame por qué has venido hasta aquí.

Doña Lourdes empleaba un tono seco porque así pensaba que debía mostrarse ante aquel chaval, fruto de su desgracia, hijo ilegítimo de un marido que la había traicionado. Aunque sabía que el pobrecillo no era culpable de nada de aquello, no podía evitar proyectar en él el dolor que las andanzas crueles de su marido le habían provocado.

El chico hablaba muy bajito, pidiendo perdón con su tono acobardado. Y le contó que antes de morir, su madre, la antigua criada expulsada por ladronzuela, le dijo que fuese allí, que no podían negarle el pan. Su otro hermano no aguantó el último invierno y se fue con los fríos. Su madre no le había dejado nada porque desde que don Celso murió habían sobrevivido con lo poco que ella ganaba fregando escaleras. No tenía familia o al menos nunca la conoció, y de la pensión en la que su madre y él habían vivido hasta entonces le habían echado hacía casi una semana porque no la podía pagar. Le daban de comer algo todos los días, las sobras de los demás huéspedes, pero tenía que pasar las noches en la calle, escondido por si la policía lo encontraba y... no quería acabar en un correccional. Su madre se lo dijo y la desesperación había ganado la batalla a la humillación. Se ofreció a trabajar en lo que fuese necesario, podía dormir en el suelo, pero rogó que no le echaran. Y lloró.

Doña Lourdes se levantó del sillón de orejas desde el que había escuchado aquella historia digna de un serial.

Se giró hacia la ventana para que el chico no viese que los ojos se le habían humedecido y él, allí, de pie, con la cabeza aún inclinada hacia el suelo, esperaba un gesto.

—¿Así que te llamas Celso?

—Sí, señora.

—¡Qué cabrón! No, no, no digo tú, hijo, no digo tú. Pensaba en otra persona. Te vas a quedar aquí unos días y ya veremos qué hacemos contigo. Pero no te llamaremos Celso, porque mi hijo también se llama así, como tu padre y el suyo, así que como tú eres el segundo te llamaré así.

—¿Cómo, señora?

—Pues así, Segundo.

—Sí, señora.

—¡Hale, Segundo, ve a la cocina y dile a Rosario que cenarás allí con ella y que te prepare la cama turca!

—¡Gracias, señora!, que Dios se lo pague.

—Eso espero.

Esa noche Segundo conoció a sus hermanastros. A Pablito, el empleado de la funeraria, ya le había conocido por la mañana cuando le descubrió en la puerta. Pepito fue el que despertó en él más simpatía, porque fue quien más cariñoso se mostró. Luisita le pareció seca, estirada, como si la hubiesen tendido de la cuerda de la ropa por la cola de caballo y se le hubiese tensado el gesto sin remedio. Apenas habló con él y se dio cuenta de que le miraba de

refilón. Los demás no le parecieron a Segundo ni bien ni mal, ni mal ni bien, aunque igualmente a ellos debía de estar agradecido por haberle admitido en la familia, aunque fuese a prueba. Esa noche durmió contento, seguro, cómodo, bien.

Pasó la semana de tanteo. Pasaron dos. Un mes. Ya nadie se planteaba en la familia despedirle. El chico era prudente, amable y bien mandado. Ayudaba a Rosario, la chica, en todo lo que esta le ordenaba. Hacía todos los recados. Hasta Luisita parecía haberle aceptado. La acompañaba a misa cada día y nadie, por prudencia, le preguntaba por su joven acompañante. Era mejor hacer la crítica por la espalda. Ya se había encargado don Benito de divulgar por el barrio toda la historia con pelos y señales.

—Esto que le voy a contar le pido, por favor, don Joaquín, que no se lo diga a nadie...

—Hombre, don Benito, sabe que soy una tumba.

—Pues de eso precisamente va el tema. De la familia de la funeraria. No se lo va usted a creer. ¿Se acuerda de lo que le conté de don Celso...?

Segundo se quedó. La familia se acostumbró a él y los vecinos también. Las habladurías desaparecieron con el tiempo, porque se agotaron los recursos especulativos. El muchacho se había ganado con su simpatía el cariño de todo el mundo. En casa nadie le trataba como a un hermano, pero sí con respeto y afecto. El cura, don Anselmo, movió algunos hilos para que le dieran una plaza en el colegio de los salesianos y pudiera así comenzar a estudiar el curso siguiente y recibiera una educación como Dios manda. Doña Lourdes encontró en Segunda la ternura infantil que faltaba en aquella casa de solterones empedernidos y le fue tomando un cariño tan especial que incluso llegó a olvidarse casi por completo de su procedencia. Hasta el conde, Horacio López de Gauna y Solís, hizo buenas migas con el chaval. Tan buenas que, a espaldas de sus protectores, de vez en cuando se le llevaba a La Noblejana a jugar una partida a la rana. Esas escapadas a la tasca acabaron el día en que Segundo llegó a casa con síntomas evidentes de acarrear una buena castaña, pálido como una vela, dando arcadas y con la mirada perdida.

—¿Pero tú estás loco? Bueno, loco ya sé que estás, pero, cono, Horacio, que has emborrachado al chico...

—¡Que no, que no, que es que le ha debido de sentar mal algo! Si solamente se ha tomado tres copitas de quina Santa Catalina. ¿No dicen que es golosina y es medicina? ¿Pues cómo leches se va a emborrachar alguien con un jarabe?

Aquella reunión solo habían sido invitados los miembros más importantes del grupo, entre los cuales, por supuesto, se encontraba Pepito. El líder, el exsacerdote, creía que había llegado el momento de pasar a la acción. Cuatro eran los elegidos para establecer las líneas maestras. Primero era importante el factor del amedrentamiento. Hacer saber a los curas que alguien les vigilaba, que una sombra se cernía a su alrededor. Sembrar el miedo tenía que convertirse en un arma cruel. No podían dejar una sola pista. Actuarían de noche e irían soltando mensajes en las casas parroquiales. Mensajes elaborados con una imprenta casera, de las de juguete. No podían arriesgarse a hacerse con una más sofisticada porque, si la cosa llegaba a mayores, hilando, hilando, la policía podría, incluso, averiguar quiénes, cuándo y dónde se había adquirido el material. Así que con una de esas imprentas para niños comprada en el Rastro valdría.

Había que redactar el mensaje. Tenía que ser directo y amenazador. Algo así como: «Los días de los curas están contados. Reza porque te ha llegado la hora».

—Yo creo que en la nota deberíamos dirigirnos a los curas de usted. Al fin y al cabo, siempre se les llama de usted.

—Marcelino, tú eres idiota. Anda, vete de aquí. Vete de aquí que no quiero ni verte. Quedas expulsado del comité ejecutivo.

—Hombre, tampoco es para tanto. Yo era por aportar algo.

—¿Pero qué aportación es esa, Marcelino? Si es que parece memo, cono. Bueno, anda, quédate, pero como vuelvas a decir otra sandez te expulso del grupo y pasas a ser un puto recluta.

Esa noche se quedaron en vela imprimiendo cuartillas. Comenzarían por las parroquias cercanas. Había que cubrir todo Madrid. Sin prisa. Eran muchas parroquias y pocos los miembros del grupo, pero poco a poco el mensaje llegaría a todos, aunque era seguro que su eco alcanzaría antes a sus destinatarios. Al día siguiente. Actuarían de dos en dos. Uno vigilaría que nadie observara la maniobra mientras el otro iría depositando la cuartilla en el buzón o por debajo de la puerta.

—Si alguien nos ve y nos identifica, estamos perdidos. No podemos fallar a la primera de cambio. Amigos, nuestra misión acaba de comenzar. Suerte y valor.

—¿Nos ponemos un verdugo o algo así, que nos tape la cara?

—¿Pero cómo nos vamos a poner un verdugo en pleno julio, Marcelino, cono? Así sí que llamaríamos la atención. ¿No lo entiendes?

—No sé, yo era por aportar...

—Pues no aportes, anda, no aportes.

También había sido mala suerte que a Pepito le tocara Marcelino como compañero en su primera misión. Llovía. Una tormenta de verano típica después de un día de bochorno. La calle estaba desierta. Humeaba el asfalto de la calzada por el calor acumulado al contacto con el agua. Marcelino y Pepito bajaban por la calle cubriéndose con un paraguas negro en dirección a la casa de don Anselmo, el cura amigo del resto de su familia, que no de él. Se le revolvían las tripas cada vez que llegaba a casa con sus aires altaneros. Pasaron por delante de la puerta de La Noblejana. A pesar de ser altas horas de la madrugada, la luz interior permanecía encendida y dentro se oía cantar. Los últimos de la juerga. Un poco más abajo, en la lejanía de la calle, se adivinaba un bulto en la acera. No se llegaba a averiguar de qué se trataba, pero era grande, como un cajón. Unas voces a su espalda llamaron la atención de Pepito. De La Noblejana salía su hermano Lucas, con una tajada como un piano, llamando a Pablito.

—¡No mires, Marcelino, no mires!

—Si no estoy mirando.

—Pues eso.

—¿Le conoces?

—Es mi hermano.

—Joder, pues va bien. No te preocupes, que no reconocería ni a su sombra. Bueno, es un decir, porque por la noche y así, sin luz, pues sombra no hay, la verdad.

—Callan aligera.

Mientras los gritos de Lucas se iban difuminando calle arriba, calle abajo iba tomando forma el bulto sospechoso.

—¡Hostias, Pepito, un ataúd!

Un féretro de los baratos, de los de pino teñido pero con crucifijo bueno, de bronce de verdad, ocupaba toda la acera.

—Me temo lo peor.

—¿Qué?

—Nada, nada, cruza y continuemos.

Antes de que pusieran un pie en la calzada para cambiarse de acera y continuar su misión, la tapa del ataúd comenzó a levantarse. Una mano con una uña descomunal abría torpemente el féretro y un hombre salía de su interior. Marcelino pegó tal alarido que, instantáneamente, comenzaron a encenderse luces en las ventanas, a dibujarse cabezas tras los cristales de estas

y una mujer histérica gritó desde su balcón: «¡El resucitado, el resucitado ha vuelto! ¡El resucitadoooooooooooooo...!».

¡La que se lio! Pablito y Lucas, que debían ir a llevar a alguna casa cercana el ataúd para algún duelo, decidieron hacer antes una paradita en la taberna. La paradita se prolongó un poco y, al retomar el encargo, la lluvia había sorprendido al empleado de la funeraria, que, ni corto ni temeroso, decidió guarecerse del aguacero metiéndose en la caja. Le debió de entrar sueño con la trompa y se quedó dormido como un lechón. Como si la cosa no fuera con él, salió del féretro, lo instaló de nuevo en el trasportín con ruedas, se desperezó y continuó calle abajo.

—¡Hombre, Pepito! ¿Qué haces tú por aquí a estas horas con la que está cayendo?

—¿Y tú, Pablito? ¿Has visto la que has montado?

Los vecinos seguían asomados a las ventanas. Vociferaban entre ellos. Algunos bajaron para ver al resucitado que había vuelto. Hasta que el marido de la mujer que dio la voz de alarma reconoció al personaje y dio aviso. Volvió la calma, las luces se fueron apagando poco a poco, alguien llamó golfo y borracho a Pablito, que, ajeno totalmente al espectáculo, continuó calle abajo empujando la carretilla que transportaba el ataúd.

—Acompáñame, Pepito, que estoy un poco mareado y no sé dónde se ha metido tu hermano Lucas...

Marcelino, aún lívido, se despidió de su compañero de misión, dio media vuelta y se perdió calle arriba.

Don Anselmo, el cura, no recibió esa noche su mensaje. Pero ya le llegaría, ya le llegaría. Pepito rompió en cien pedazos la cuartilla y la arrojó por una alcantarilla por la que se precipitaba un torrente. De ese modo no quedaría prueba alguna de sus intenciones.

—Esto no se lo digas a Celsito, por favor, que me mata.

—No te preocupes, ya se lo dirá la familia del muerto que te está esperando. Y vamos a secar la madera antes de subirlo, que se van a creer que es la piragua de Guillermo Cubillo en vez de una caja de muerto.

Cuando Celsito describió el cierre de la puerta de la funeraria esa mañana, Pedrón ya estaba allí. Esperando. No tenía buena cara. Como si la noche hubiese pasado sobre él sin su sueño. Los ojos enrojecidos delataban su cansancio y al echar a andar para entrar al despacho arrastró los pies como si no pudiesen sus fuerzas con el peso. El cuello de su eterna camisa blanca parecía haberse agrandado de tal modo que el pescuezo le bailaba y se zarandeaba dentro. ¿Sería ese el día? ¿Vendría esta vez de verdad como

cliente? Saludó a Celsito levantando apenas su mano derecha, que cayó por su propio peso tras el leve movimiento, y más que sentarse en la sillita, se desplomó. Desde hacía algunos días Pedrón estaba muy desmejorado.

—¿Se encuentra bien, Pedrón? Tiene mala cara.

El hombre tan solo insinuó un gesto de abatimiento y con un hilillo de voz afirmó que estaba hecho una mierda. Celsito llamó por teléfono a don Benito para que se pasara por allí y echase un ojo al anciano y pidió a Rosario, la chica, que le hiciese a Pedrón una manzanilla para que le sentara el estómago. «No, si el estómago lo tengo limpio», susurró el hombre mientras se limpiaba la babilla con un pañuelo arrugado.

—¿Pues qué le pasa, Pedrón? No se vaya a morir ahora que hasta dentro de dos días no tenemos nada más que un coche y mañana hay dos entierros, que no sé cómo vamos a hacer, la verdad. El Ford está estropeado y tiene que venir el mecánico a echarle un ojo. Aguante un poco, hombre, que usted es fuerte.

No era Pedrón un hombre mal hablado. Bien hablado tampoco, porque apenas pronunciaba palabra, pero en respuesta al comentario de Celsito diciéndole que era fuerte pareció entenderse decir «que sí, que por los cojones».

Llegó don Benito con mucha prisa. Vio la cara de Pedrón, le bajó los párpados, le hizo sacar la lengua, abrió su maletín para auscultarle e inmediatamente diagnosticó:

—No sé qué le pasa, pero está fatal.

En el 850 de don Benito trasladaron a Pedrón al hospital, avisaron a su hija y le dejaron allí, en una habitación compartida con otro señor reseco, calladito, pero con los ojos muy abiertos. Permaneció ingresado una semana y volvió con el susto superado y mejor color. La causa de su dolencia no había sido otra que el hambre, que le estaba consumiendo. No es que su hija no le diera de comer, lo que sucedía era que como la mayoría de las veces se eternizaba en el plato, sus nietos se ventilaban la manduca del abuelo y él no decía ni pío. Se levantaba de la mesa como si se hubiese comido todo y así hasta la cena, donde sucedía exactamente lo mismo que durante el almuerzo. Tanto ayuno involuntario y continuado le había consumido casi por completo.

Volvió a la rutina de la silla y la espera por no molestar a la familia, tranquilito, sin incomodar a nadie, cada día, dejando pasar el tiempo, el tiempo, el tiempo...

—¡Pedrón, ha vuelto usted hecho un chaval!

—¡Por los cojones!

Y esta vez se le entendió mejor.

Luisita estaba un tanto alterada porque una antigua amiga, compañera del colegio de las oblatas, donde había estudiado, acababa de llamarla por teléfono para comunicarle que la asociación de antiguas alumnas, que seguían en contacto debido a que colaboraban en la catequesis, había organizado una excursión a Toledo para ver la Casa de El Greco y pasarían la noche en una residencia que las monjas tenían en la ciudad. Nada excitante para un ser normal, pero una apasionante aventura para una mujer como Luisita, con un *curriculum vitae* digno de un champiñón. Volvió del revés diez veces los cajones de la ropa sin decidirse por cuál de los vestidos meter en la maleta. El azul con cuello camisero, el rosa con... No, el rosa no. Ese parecía demasiado atrevido. El marrón de cuello a la caja y para el día siguiente la falda negra de lino y una Musita de manga larga y puñetas de encaje. «No te olvides de meter una rebequita, que en Toledo por la noche refrescará».

Hasta el patio del colegio de las oblatas fueron llegando las antiquísimas alumnas. Eran todas aquellas por las que la vida no había llegado a pasar. Aquellas que seguían aferradas a la nostalgia, repitiendo una y otra vez pueriles acontecimientos infantiles al no haber encontrado a lo largo de su insulsa trayectoria existencial nada digno de interés. Solteras de risa tonta, menos Luisita, y humor fácil, que continuaban disfrutando con chascarrillos y bromas ingenuas y simplonas. Monjas de espíritu ante la falta de expectativas que no habían abandonado, en el fondo, la esperanza de encontrar su príncipe azul o verde o amarillo o, con el paso de los años, marrón o gris o incluso negro. Las monjitas les habían facilitado la posibilidad de alquilar un autocar de los de la ruta de las alumnas a un precio módico. Sería una maravillosa excursión. Cantarían canciones, porque Asun, que siempre fue una artista, no había olvidado su guitarra. A todas se les seguían poniendo los pelos de punta cuando entonaba los primeros compases de esa que dice: «Ya, ya, ya, ya vienen los segadores, ya, ya, ya, ya madura la cosecha...», o cuando interpretaban a dos voces esa otra: «Me asfixio entre las calles, sin aire y sin amor de la triste ciudad...».

Llegaron a la ciudad de Toledo. Bajaron del autocar excitadas ante las innumerables andanzas que, seguramente, las esperarían en aquella ciudad antigua, romántica y mística. La casa-residencia de las monjas estaba muy bien situada, cerquita del centro histórico. Allí abandonaron sus bolsas y maletas y raudas se aventuraron al deleite turístico, al paseo enardecido y apasionado por las calles toledanas, que rezumaban ecos de arrebatadoras historias. Al doblar cada esquina, un nuevo asombro y un profundo embeleso.

Y los hombres las miraban al cruzarse con ellas y a cada mirada un cuchicheo alteradillo. Un grupo de mujeres solas. Mojigatas, pero solas... Aunque cualquier excitación había sido tenue comparada con el éxtasis que alcanzaron al contemplar el retablo de la capilla mayor de la catedral. Con las bocas entreabiertas y los ojos como botones de gabardina, examinaron durante un larguísimo rato aquella grandiosa obra de arte. La visita a la catedral les salió muy barata, baratísima, porque se pegaron como lapas a un grupo de negros para escuchar las explicaciones de su guía, ahorrándose así el desembolso que hubiera supuesto la contratación de uno para ellas solas.

—¡Fíjate, Luisita! ¡Negritos y entienden el español, o eso parece!

Y de aquellos negritos, uno de entre todos parecía haberse fijado especialmente en Luisita. Mientras el guía de su excursión se regocijaba entre explicaciones de columnas a vidrieras policromas, de fechas a nombres de históricos cardenales, navegando con la vista por la nave de crucero, él no le quitaba ojo a aquella mujer estirada y sobria que, percatada pero con recato, se hacía la interesante. Luisita no estaba acostumbrada. Se sentía a veces violenta, a veces halagada. La envolvía una sensación extraña que le provocaba un cosquilleo interno y a la vez, sin saber muy bien por qué, una incomodidad inexplicable. Además, el chico era negro. Y no es que ella fuese racista, no. ¡Por favor, qué pensamiento tan burdo! ¿Cómo iba a ser ella racista, después de haber sido durante tanto tiempo postulante para el Domund? Y no era feo. Guapo tampoco. Con esos labios tan gordos. Y no era por racismo, de verdad que no. Al fin y al cabo, qué más da cómo tenga uno los labios... Y esa nariz tan ancha... Que en el fondo resultaba indiferente, sinceramente, daba igual. ¿No tenía Velasco, aquel boxeador amigo de Lucas y Celsito, la nariz parecida? Pues eso. ¡Ay, qué tonterías, qué tonterías! Si lo único que había hecho el chico había sido mirarla y sonreír. Ya, pero es que solo la miraba y sonreía y se estaba perdiendo la visita a la catedral, con lo bonita que era.

—¡Hay que ver, Luisita, cómo te mira ese negro!

—No seas así, Asun, por favor. No le llames negro.

—Pues, hija, a ver si ahora va a ser verde...

—Ya, pero en ese tono...

—¿Qué tono? Tono oscuro, digo, porque es negro, pero negro, negro, como el alquitrán.

—¡Qué cosas tienes, Asun!

—Ya, ¿pero es negro o no es negro? Y además no te quita ojo.

—Anda, chica, que estás soñando.

—Me parece a mí que la que está soñando eres tú.

Soñando, a lo mejor no, pero haciéndose la interesante, distrajo Luisita tanto la mirada que, al darse la vuelta durante la visita al impresionante coro de la catedral, se metió un tortazo de tal calibre contra una de las columnitas que cayó desarbolada bosquejando en el aire una ridícula pirueta y yendo a darse de bruces contra la magnífica barandilla de madera maciza. Todos los visitantes se giraron hacia el bulto desplomado. Algunos, los de mayores reflejos, acudieron en su ayuda, el grupo de grullas que formaban sus amigos gritó al unísono y el chico negro, el más rápido, la levantó del suelo con tanta eficacia como sutileza, le prestó su pañuelo, blanco inmaculado, para que Luisita limpiase la sangre que manaba de sus doloridas napias a borbotones y todo quedó en un susto. Luisita estaba del color de su propia sangre y algo aturrida. No se sabía si más por el golpe o por la vergüenza. La sentaron en uno de los bancos del coro y pasados unos minutos... seguía igual de aturullada. Alguien, muy avisado, llegó con un vaso de agua (¿bendita?) para la accidentada y fue entonces cuando volvió a ella la vida. Así acabó el incidente. Una vez recuperada la catedral del suceso, los visitantes se fueron dispersando. Luisita le dio las gracias al chico negro y el grupo de rancias excursionistas salió a la calle para que le diera el aire a la pobre.

—¿Estás bien, Luisita?

—Sí, sí, estoy bien. Solo me duele un poco la nariz.

—Si es que andabas como flotando por el coro, hija, parecía que levitabas con la mirada perdida.

—No, ha sido un ligero mareíllo.

—Sí, sí, mareíllo... Lo que pasa es que te has puesto tontita con el chico negro, que no te quitaba ojo.

—¡Qué tontería, Asun, por Dios! A estas alturas...

—Pues claro, hija, a estas alturas. A otras, ni le habrías visto.

Las grullas se encaminaron hacia la casa de las monjas para comer y reposar un poquito antes de realizar la visita a la Casa de El Greco. Ya tenían en las alforjas una aventura apasionante: el negro rondador y la desvanecida. Pasado el incidente, ya solo fue causa de hilaridad entre el grupo, que festejaba entre inocentes e infantiles parodias fantaseando con un utópico romance. Para hacer tiempo hasta que la Casa de El Greco abriera sus puertas, Asun agarró la guitarra e interpretó para su ferviente auditorio un popurrí variadísimo de temas religiosos y ñoños, versiones de canciones con la letra cambiada en las que el protagonista se dirigía, invariablemente, al Señor, rogándole que le iluminara porque tenía dudas. Al final todas terminaban con

el triunfo de la fe, las dudas desaparecían y a tomar por culo las vacilaciones. Algunas monjitas de la casa se acercaron hasta el coro de mujeres siguiendo con sutiles movimientos de cabeza el ritmo y, perfilando una cándida sonrisa, les decían: «A ver si venís más, que sois la alegría personificada».

«La alegría personificada» abandonó el cuartel general para acercarse por fin hasta la Casa de El Greco. Caminando por las estrechas callejas de la judería, trasladándose con la imaginación a aquellos tiempos antiguos, sin demasiado esfuerzo porque a ellas todo lo antiguo parecía irles como anillo al dedo, llegaron hasta el portalón señorial del magnífico casón. Pagaron sus respectivas entradas y todas buscaron, instintivamente, con la mirada algún grupo de turistas al que pegarse para ahorrarse, como ya hicieran en la catedral, el guía. Pero esta vez no hubo suerte. Comenzaron el recorrido solas, admirando cada pintura, deteniéndose durante un largo rato frente a cada obra. Por supuesto, las que más éxito tuvieron entre «la alegría personificada» fueron las de motivo religioso. Definitivamente, la suerte era su aliada. Oyeron pasos y murmullos tras de sí. Un grupo se acercaba. ¿Llevarían guía? Sí, era el grupo de negros. Otra vez aquellas sombras vivientes, otra vez el chico de labios morcillones y nariz de boxeador, pero atractivo. El mismo guía les iba dando las explicaciones pertinentes, deteniéndose en cada obra. Se saludaron todos amablemente y le preguntaron a Luisita si se había recuperado del golpe y ya, de paso, se acoplaron otra vez.

—¿Y de dónde son ustedes?

—De Guinea. Somos de la delegación del Consejo de Gobierno.

—¡Fíjate, Luisita, son gobernantes!

—No, no, somos trabajadores de la delegación.

Y el chico se acopló al lado de Luisita. Aunque parecía no atreverse a dirigirle la palabra, de vez en cuando la miraba y exhibía su mejor sonrisa, blanca como la leche, en su boca perfilada por salchichas. Ella, haciendo un esfuerzo, estiraba la comisura derecha en un intento de otorgar a su gesto un matiz risueño. Así estuvieron durante todo el recorrido. Ella mirando de soslayo y él poniendo su cara más amable; ella respondiendo con artificiosa dulzura y él, de nuevo, exagerando la simpatía en la expresión... Pero no hablaban. Fue Asun, la más lanzada, quien se acercó al chico en una maniobra que no le gustó nada a Luisita. ¿Qué pretendía esa entrometida? Al fin y al cabo, el chico negro, negrísimo, se había fijado en ella. ¿A son de qué venía ese ardid? Esa mujer, si no tenía el protagonismo, no estaba contenta.

Luisita se quedó, a propósito, rezagada del grupo. En realidad, lo único que pretendía era que su admirador se diese cuenta y la esperase o se dirigiera

hacia ella. Frente al retrato de don Antonio de Covarrubias aguardó impaciente. El muchacho no apareció, así que Luisita, de muy mal talante, ya más acorde con su carácter, enfiló de nuevo hacia el grupo y se colocó tras él con cara de hiena. Al salir del museo todas las chicas se despidieron de los negritos menos ella, que ya había enfilado calleja adelante sin decir esta boca es mía. Le dieron alcance poco después.

—¿Te pasa algo, Luisita? ¿Por qué has salido escopetada?

—Yo no he salido de ninguna manera.

—Vaya que no... Si ni te has despedido...

—Ya se ha despedido esa por mí.

Todas rieron, bromeando en cierta manera sobre los celos repentinos de su amiga, pero a Luisita la situación comenzó a resultarle incómoda. Con su cara de acelga mustia, aceleró el paso y continuó camino sola, perseguida por el resto de «la alegría personificada» hasta la casa-residencia de las monjas. Podía escuchar, no obstante, los comentarios en tono jocoso de sus amigas y poco a poco fue irritándose más.

—Ya vale, chicas, que Luisita se va a enfadar de verdad. Ya no tiene gracia.

Al llegar a la casa de las monjas Luisita se metió en su habitación reconcomiéndose por dentro. Se tumbó en la cama, encendió la lamparita y comenzó a pasar los ojos por encima de la fotonovela que estaba leyendo:

Eres una aventurera, de Corín Tellado. Su vista pasaba por encima de las letras y de las fotografías, pero su cabeza no. Apenas llevaba unos minutos en su cuarto cuando alguien llamó a la puerta tímidamente. Luisita preguntó quién era y la voz de Asun susurró desde el otro lado que la dejase entrar. De mala gana, Luisita descorrió el cerrojo y abrió.

—¿Qué quieres?

—Hablar contigo.

—¿De qué?

—Ya sabes de qué. No te hagas la tonta.

Se sentaron en el borde de la cama.

—¡Huy, Corín Tellado! Me la tienes que dejar cuando la acabes.

—Déjate de tonterías y dime qué quieres.

Asun se disculpó con Luisita por haberle jugado una mala pasada al interponerse entre ella y el chico negro, porque se había dado cuenta de que le hacía tilín.

—A mí no me hace tilín.

—No, te hace tolón, que es mucho más que tilín.

—¡Qué tonta eres!

—Mira, mona, lo único que yo he hecho ha sido acercarme a él porque tú no ibas a hacerlo, pero mi intención era hablarle de ti.

—¿Sí? ¿Te crees que me he caído de un guindo?

—Bueno, pues no te lo creas. Me voy a dormir.

Asun salió de la habitación de su amiga sin añadir una sola palabra más y Luisita esa noche no pudo dormir. Fantaseó dándole mil vueltas y matices a una imposible historia de amor. Imposible, improbable, poco recomendable y ciertamente utópica. En primer lugar, su madre y sus hermanos jamás aceptarían que iniciara una relación con un chico negro. No por racismo, sino por el qué dirán. Después había que asumir la realidad: de un simple flirteo consistente en unas ingenuas miradas y nada más no podía hacerse un novelón. Y por último, por último, por último... que Asun tenía razón. Estaba reaccionando como una tonta.

Las horas que le quedaban en Toledo a Luisita las pasó como un alma en pena. Con una fatiga acompañada de esa leve y molesta agitación que provoca el cansancio por la vela. Intentando no entornar los ojos para no dormirse de pie. Tenían pensado pasar la mañana paseando, buscar un restaurante de precio accesible para comer y marcharse de vuelta para llegar a casa antes de que anocheciera.

Una de dos: o las calles de Toledo eran un laberinto sin salida por donde la gente caminaba en redondo para volver siempre al mismo lugar o era una ciudad tan minúscula que resultaba inútil esconderse o intentar pasar inadvertido, pero por una u otra causa, o vaya usted a saber por qué caprichos del azar, se dieron de morros con los negros de nuevo. Ellos, naturalmente, más de morros que ellas. Coincidieron en el mismo restaurante.

Todos rieron por la nueva casualidad y «la alegría personificada» se dejó invitar. Por fin, el chico que le hacía tolón a Luisita pareció insuflar valor a su carácter y tomó asiento frente a ella en la mesa. Tras unas breves sonrisillas absurdas y dos bostezos de ella, él comenzó a hablar.

—¿Cómo se llama, señorita?

—Luisita. ¿Y usted?

—Edgar.

—¡Huy, qué nombre más raro!

Y llegó la tuna y todo fue alegría. Y el de la pandereta hizo sus cabriolas y todos le jalearon y el tuno se creció y venga más piruetas y saltos... Hale, viva la alegría y los clavelitos, y las cintas de la capa y Salamanca, aunque estaban en Toledo. Y la tuna se fue con su propina y Luisita, a pesar del jaleo

reciente, comenzó a pegar cabezazos por el sueño. El chico negro, Edgar, creyó que él era el causante de tal sopor.

—¿Se aburre, señorita?

—No, no, es que he dormido muy mal esta noche.

—¿Se van hoy?

—Sí, dentro de un ratito.

—Nosotros también. ¿Volveré a verla?

—¡Huy, pues va a ser difícil!

El resto de la pandilla mojigata ya se estaba despidiendo de los compañeros negros de Edgar y se disponían a salir del restaurante. Luisita se levantó muy a su pesar, se despidió a su vez de todos y antes de salir lanzó a su enamorado una mirada entre provocadora, insinuante y forzada, porque, la verdad, no es que estuviese muy ducha en las artes de la seducción. Tras recoger su equipaje de la casa-residencia de las monjitas montaron de nuevo en el autobús entre risas y bromas.

Luisita llevaba una cara un tanto desencajada. ¿El amor? ¿El sueño? A los tres minutos de viaje ni las canciones y los rasgueos desacompañados de la guitarra de Asun fueron obstáculo para que se quedase como un tronco. Ni los golpes que se daba en la cabeza contra el cristal de la ventanilla con cada bache y cada curva consiguieron despertarla hasta que llegaron a Madrid. Y soñó.

Segundo era un niño muy bien mandado. Excesivamente bien mandado. Segundo era un niño agradecido. Excesivamente agradecido. Y listo. ¡Vaya si era listo! En los salesianos destacaba entre la mayoría por ser aplicado y estudioso, pero no por ello dejaba de integrarse perfectamente con el resto de sus compañeros en juegos y pequeñas travesuras. En su cabecita algo le decía que había sido un chico con suerte y que esta no suele prodigarse demasiado entre los pobres, así que más valía aferrarse a ella y no soltarla una vez que había llegado hasta él. Aprovechaba el tiempo Segundo para aprender deprisa y entregaba, orgulloso, las notas a doña Lourdes para ganarse su afecto y su confianza.

—Muy bien, Segundo. Así, así... Estudia, que tienes que ser un hombre de provecho.

Pero mantenía el chaval una cierta pátina callejera que no había podido, quizá ni querido, limpiar en su carácter. El tiempo de penurias y correrías haraganas había dejado en él un aroma canallesco y de vez en cuando, impulsado por ese hálito mundano, se metía en algún lío o llevaba a cabo alguna que otra travesura. Parecía ciertamente impulsado a hacerse con algún

capital propio. Ya fuese por prevención, ya por simple afán recaudatorio sin más. Quien no tuvo, gusta de gastar cuando es posible y no hace ascos al derroche si, de pronto, se ve con posibilidades. En una de esas correrías recaudatorias fue pillado in fraganti, ganándose no solamente la reprimenda de la familia, sino un ejemplar castigo y la amenaza de ser expulsado de la casa si era descubierto en otra aventura semejante.

Pablito se había marchado de casa con Lucas a un servicio lejano, de los que dejan una buena renta. Había que trasladar a un finado hasta un pueblo de Extremadura porque el buen hombre había querido que su descanso eterno discurriese en el lugar que le vio nacer. Hasta allí transportaron el féretro para el entierro, y eso significaba que al menos en dos días, si no paraban a la vuelta en algún que otro lugar para reponer fuerzas o deponerlas, que ambos eran dados también a las andanzas mundanas, no regresarían. No habría supuesto ningún problema si no hubiese habido otro servicio para el mismo día, pero así fue.

Celsito se subía por las paredes. Mandó llamar a un mecánico para que intentase arreglar el otro coche fúnebre allí mismo, pero fue imposible. El entierro era a las doce y ya habían dado las diez y media. El vehículo no hacía ni el intento de arrancar.

—¿Pero qué le pasa a esta mierda de coche? Si no ha fallado nunca.

—Pues mucho me temo, Celsito, que le han vaciado por dentro.

—¿Qué dices, José Luis?

—Pues eso, que le faltan un montón de entresijos.

—No me jodas.

—Le han quitado la batería, la tapa del delco, las bielas, el depósito del agua, el del aceite y no sigo porque tengo que mirar más a fondo.

—¿Pero qué dices? ¿Quién va a haber hecho eso?

—A mí qué me cuentas, Celsito.

El caso fue que estando como estaba el coche y a menos de hora y media del entierro algo había que hacer, porque...

—Siendo el coche americano las piezas hay que pedir las, y tardan.

—¿Y ahora qué hago yo? ¿Cómo voy a hacer el servicio?

Fue Celsito en taxi hasta la casa donde le esperaba el muerto y la familia de este. Los segundos, nerviosos por el retraso; el otro, no. Al entrar por la puerta todo fueron malas caras y protestas. Era una familia humilde que no había tenido la precaución de haber pagado una iguala que se hiciera cargo del entierro de los miembros y por eso ahora les iba a costar un riñón darle

sepultura al padre. Es decir, que para un encargo privado que llegaba al año la iban a cagar.

—Miren, estas cosas pasan.

—No, estas cosas no pasan.

—Que sí, que pasan. El coche se ha estropeado y el otro está haciendo otro servicio en Extremadura.

—Pues lo lleva a hombros.

—A hombros a hombros, lo que se dice a hombros, no voy a poder, pero les ofrezco llevarlo en taxi, que al fin y al cabo también es negro. Por supuesto, yo pago la carrera.

—La carrera se la va a dar usted porque como le coja le parto la crisma.

La esposa del finado, que hasta entonces no había levantado los ojos del suelo y el culo del sillón de orejas en el que se encontraba encajada, entre sollozos dijo que sí, que en taxi o como fuera, pero que enterraran ya a su pobre marido, que con las horas que eran lo mismo llegaban tarde al cementerio y no podían darle sepultura. Así que Celsito bajó a la calle y habló con el mismo taxista que le había llevado hasta allí y que esperaba abajo, encantado, viendo cómo el taxímetro corría.

—Tengo que hablar con usted.

—No me diga que no tiene dinero.

—Sí tengo, no se preocupe. Lo que tengo que decirle es que va a hacer una carrera muy especial.

—A ver, dígame, que eso suena fatal.

—Tiene que llevar a un muerto.

—¡Unos cojones!

—Por favor, por favor. Hágase cargo. Si no lo lleva usted, me matan a mí.

—¿Pero qué me está contando, tío loco? Voy a llamar a la policía. ¿A quién ha matado?

—Que yo no he matado a nadie, cono, que es un muerto normal, de los que se mueren por las buenas...

Celsito le contó al taxista los pormenores de la situación, le ofreció un buen dinero por el favor y al final consiguió convencerlo. Entre los dos bajaron el féretro y lo amarraron fuertemente a la baca con los pulpos. Celsito montó en la parte de delante con el conductor y los dos hijos se ubicaron detrás. Tan solo dos coches más, un Seat 600 y un Simca 1000, en los que se introdujeron once personas, siguieron al taxi hasta el cementerio.

—¡Ay, Jesús! Si padre viera esto. Él, que nunca cogió un tasis porque le parecía un despilfarró, se solventó el evento de ese modo y Celsito volvió a la

funeraria maldiciendo en arameo. La grúa se había llevado ya el coche desvalijado y ahora no cabía otra cosa más que esperar que las piezas sustraídas del motor llegasen lo antes posible. Durante los siguientes días Celsito estuvo haciendo pesquisas intentando averiguar quién había sido el ladrón de bielas, pero el resultado fue del todo insatisfactorio. Es decir, que no averiguó nada de nada. Interrogó a cada uno de los miembros de la familia, a los vecinos, pero nadie había visto nada extraño y, por supuesto, todos y cada uno de ellos se eliminó del posible inventario de sospechosos.

Pasados algunos días más sucedió algo insólito. Rosario, la chica, descubrió al ir a entrar a hacer la habitación de Segundo que este estaba escondiendo algo entre el colchón y el somier de su cama. Le dejó hacer y le observó desde el quicio de la puerta entreabierta. Segundo no se percató de que estaba siendo espiado porque permanecía de espaldas a la puerta y ensimismado en su operación. Rosario se retiró a la cocina y cuando Segundo salió de la casa, se dirigió sin dilación hasta el cuarto para investigar. Bajó hasta el despacho de la funeraria y le comunicó a Celsito sus hallazgos.

—Y entonces ha sido cuando lo he visto.

—No me lo puedo creer. De todos modos, hay que ser cautos, Rosario. No digas nada a nadie y vamos a vigilarle de cerca para cerciorarnos.

Lo que Segundo escondía bajo el colchón era una bolsa de tela a cuadros con dinero contante y sonante. El chico no tenía manera alguna de haberlo conseguido a no ser que lo hubiera sustraído o hubiese llevado a cabo algún manejo extraño, así que le observarían con sigilo. Y así fue como una mañana de domingo, cuando toda la familia excepto doña Lourdes, claro, se fue a misa de doce, Segundo fue descubierto en otra de sus maniobras de rapiña. El chaval adujo una repentina indisposición para quedarse en casa y no acudir a la iglesia. Celsito, que había salido en compañía de su hermana Luisita y de Rosario, la chica, a medio camino se dio la vuelta y entró en la casa por la puerta del patio. Lo hizo sigilosamente y se escondió en el cuarto de la plancha. A los pocos minutos, Segundo salió de su habitación y bajó a la funeraria. Abrió el portón del garaje, se introdujo en uno de los coches fúnebres, abrió el capó y, armado con un destornillador y una llave inglesa, comenzó a desatornillar piezas y a meterlas en una bolsa. No le interrumpió Celsito, porque quiso saber cuál era el destino que le daba a las bielas, así que le dejó hacer. Inmediatamente después salió Segundo a la calle con su carga. Se encaminó, atravesando toda la manzana de casas, hacia un descampado cercano. Celsito le seguía de lejos. En la distancia se distinguía un grupo de chabolas y se escuchaban los gritos de algunos niños que jugaban entre la

mugre, haciendo rodar una llanta de bicicleta. Segundo no llegó hasta las chabolas. Antes, un gitano joven salió a su encuentro. Charlaron durante unos instantes, el chico pareció enseñarle el contenido de la bolsa, el gitano la cogió y le dio a cambio un par de billetes. Celsito no aguardó a que Segundo llegara hasta él. Aceleró el paso y regresó a la casa. Se escondió en el armario de la habitación de Segundo y allí le esperó paciente y cabreado. El chaval llegó al poco rato. Se fue directamente a la cama, levantó el colchón y sacó la bolsa de tela de la que Rosario, la chica, le había hecho referencia. Guardó el dinero recién obtenido y la volvió a esconder. En ese momento fue cuando Celsito salió del armario.

—¡Ladrón, cabrón! ¡Te voy a matar!

Segundo se quedó petrificado. Sin saber qué hacer, enmudeció y aguantó, tieso como un palo, los empujones que Celsito le daba mientras le insultaba y le amenazaba a grito pelao. Doña Lourdes, desde su cuarto, comenzó a llamar a Celsito ante tal escándalo, pero ni ella salió ni Celsito le hizo el menor caso.

—¿Yo qué he hecho?

—¿Que qué has hecho? Ya sabes tú lo que has hecho, ladrón. ¿Así pagas lo que hemos hecho por ti?

Por fin Segundo se derrumbó llorando, gimiendo, implorando perdón. Celsito estaba francamente excitado y enfadado. Se debatía entre las ganas que tenía de meterle una paliza o el destierro, y definitivamente se decidió por lo primero. Le dio tres hostias y le dejó dolorido y sollozante tumbado en la cama. Levantó el colchón, se hizo con el dinero de la bolsa y salió de la habitación blasfemando y jurando. Doña Lourdes seguía gritando desde su habitación y como nadie acudía se decidió a salir.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí?

Celsito acompañó a su madre hasta el dormitorio de Segundo.

Doña Lourdes se desparramaba. Los kilos que iba acumulando en su cuerpo se le deshacían entre la piel y el hueso por la falta de actividad y la ingesta exagerada de alimentos y en vez de engordar de una manera lógica y natural, a lo ancho, lo hacía en cascada, en filetes o pliegues superpuestos que se agrietaban y se ulceraban por el sudor. Pasaba la mayor parte del día en cama. Su único ejercicio consistía en los paseítos hasta el cuarto de baño y los pocos ratos que permanecía en pie, siempre dentro de su habitación. Cada vez le costaba más esfuerzo respirar y sufría de tremendos escozores provocados por las úlceras. No solamente se le agrietaban las carnes, sino que el carácter iba sufriendo las mismas heridas. Aun así, mantenía las costumbres que ella misma había diseñado el día que decidió su propio cautiverio. Recibía a sus

hijos todos los días, ordenaba los quehaceres hogareños y repartía con prudencia y ecuanimidad los dineros familiares. Regañaba lo justo para no crear mal ambiente entre los suyos y recibía la comunión diaria. Últimamente relataba en confesión los pecados de sus hijos, ya que suyos propios tenía pocos por causa de incomparecencia mundana.

—Doña Lourdes, yo no puedo ponerle penitencia por delegación. Cada uno tiene que acarrear con sus pecados. Nadie ha de cargar con el mochuelo ajeno.

—¿Lo dice acaso la Biblia en algún momento, don Anselmo?

—Pues así, a bote pronto, no lo sé, la verdad.

—Pues entonces no invente, que usted lo que quiere es evitarse la confesión y venir menos.

—Que no, doña Lourdes, no me malinterprete, que no es eso. Si yo vengo encantado, pero es que, no sé, me parece que no es justo.

—¿No pagó Jesús con la cruz por nuestros pecados?

—Sí, sí, eso sí, pero la verdad sea dicha, jugaba con ventaja, porque sabía perfectamente que iba a resucitar.

—¡Don Anselmo!

—Dios me perdone, Dios me perdone.

Y se persignó tres veces.

—Es que me saca de mis casillas, doña Lourdes.

—Pues venga, al tajo, que va a venir don Benito y no quiero que se me junten aquí los dos, que luego se lían de cháchara y se ventilan una botella de anís, así a lo tonto.

—Bueno, bueno, sea como usted quiera.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida. Cuenta, hija, cuenta.

—Pues verá, padre, yo, quitando que llamé pendeja a Rosario anoche, no tengo más pecados desde ayer, pero en cambio Segundo...

Y le relató al cura doña Lourdes lo sucedido con el muchacho. Don Anselmo no daba crédito a tales maniobras, porque hasta entonces siempre tuvo al chico por bueno y agradecido.

—¿Y qué piensa usted hacer con él?

—No lo sé. De momento, póngame una penitencia dura para que Dios Nuestro Señor le perdone, porque yo me parece que no lo voy a hacer y luego, pues a ver si a mí me ilumina y me da una idea, porque ni Celsito ni yo sabemos cómo deberíamos tratar este asunto.

—Difícil, la verdad.

—A mí lo que me pide el cuerpo es echarle a la calle, que es de donde vino, pero me parece excesivamente cruel. Al fin y al cabo, es un niño.

—Sí, sí, claro.

—Él dice en su defensa que lo hacía por miedo a que un día le echáramos y se encontrara solo, sin techo y sin medios para sobrevivir, pero a mí me da que ese dinero lo quería para golfeear.

—Puede, puede.

—Diga algo más, don Anselmo, que al fin y al cabo un cura es un consejero y usted el único consejo que me ha dado ha sido que cambie de marca de anís. Y por cierto, ya desde ahora le digo que no lo voy a hacer, porque me dijo Rosario, la chica, que la marca que a usted le gusta es carísima.

—Bueno, bueno, bueno, qué le vamos a hacer...

—Pues eso digo yo, que no sé qué hacer.

—No se preocupe.

—¿Pero cómo no me voy a preocupar?

—Deje, deje, seguiré bebiendo de ese que compra usted y no se hable más.

—No, si ya veo que aquí cada uno va a lo suyo.

—Pues hale, rece un avemaría por usted y otros cinco por Segundo, más seis credos y siete padrenuestros, y aun así no sé si será suficiente.

Marchó don Anselmo y dejó a doña Lourdes con las mismas dudas respecto a lo que debía hacer en el caso de Segundo. Por supuesto, ni Celsito ni ella habían comunicado nada a nadie más de la familia y a Rosario, la chica, solamente le habían dicho que aquel dinero era del chico, que lo traía cuando llegó, porque fue lo único que su madre le había dejado y que lo guardaba allí con celo, ya que era lo único que poseía. Ella no se lo creyó, pero hizo como si sí y prometió no comentar con nadie lo sucedido. Rosario, la chica, que era obediente y fiel, por extraño que esto pudiera parecer, no era cotilla, así que por lo que a ella concernía, de momento, el tema de la bolsa misteriosa y el dinero que contenía quedaba archivado.

La botella de anís aguantaría otro tiento porque el médico llegó bastante después de la marcha del cura. Don Benito se presentó acompañado por Maruja, su enfermera, una señora experta en poner inyecciones de esas que no van a doler pero que duelen que te cagas. El médico examinó las heridas de doña Lourdes, frunció el ceño y, como era habitual en él, comenzó a dar ánimos:

—Esto tiene muy mala pinta. Tiene usted un pronóstico fatal, doña Lourdes. No sé si recetarle que coma más para que se rellenen las lorzras o recomendarle ejercicio para que adelgace. Aunque me temo que ni así.

—Pues nada, hombre, me moriré y ya está.

—No se enfade, doña Lourdes, que tiene usted un carácter...

Maruja limpió cuidadosamente las heridas y aplicó pomada para evitar los escozores. Llamó a Rosario, la chica, para explicarle cómo debía proceder, porque ella no podría acudir a diario y la higiene de esas zonas ulceradas era fundamental.

—Bueno, pues me voy ya.

—¿No se toma una copita hoy, don Benito?

—No, no, hoy no, que no sé qué me pasa que ando pachucho del estómago.

—Bueno, pues cuídese, que no será nada.

—Eso espero. Y se murió.

Al salir del cuarto de doña Lourdes, antes de llegar a la escalera, dio una arcada seguida de un vómito de sangre y se quedó seco. ¡Fíjate tú lo que son las cosas! «Valemos menos que un cantar gallego», dijo Rosario, la chica.

Así es la vida. Así es la muerte. Cruel y caprichosa. Para doña Lourdes y don Anselmo, el cura, para Luisita... Dios dispone y sus razones tendrá, a las que, por cierto, los pobres mortales no tenemos acceso. Él quita. Él pone. Él da. Él arrebató sin que nosotros podamos alcanzar a comprender sus divinos motivos. ¿Es, acaso, un modo ingenuo de sacudirnos responsabilidades y miedos? A Pepito, por ejemplo, se le fue la fe por el ojo del culo, y aunque él no lo contase nunca, esa fue la causa de su desapego y su odio al clero. Primero los rozamientos. Luego las amenazas veladas. Más adelante sin velar.

Y por fin, el desgarró de la sodomía. Y aunque fueron varias las ocasiones, no terminó por pillarle el gusto. Prefirió perder la fe y marchar al mundo de los pecadores confesos y declarados. Si Dios permitía que sus representantes más directos en la tierra fuesen tan maricones y tan malvados, una de dos: o era la infinita crueldad o directamente no existía y no era más que un invento del hombre para hacerse con el poder y manipular a su antojo a una humanidad aterrorizada, crédula por desconocimiento y necesitada de promesas salvadoras. ¿Para qué hacerles el juego entonces? Pepito, como sus compañeros de clandestinidad, estaban convencidos de ello y no veían otra salida que la guerrilla. ¡Al escarmiento por la exterminación! A otros, menos escocidos, sencillamente esta cuestión se la traía al paio. Era el caso de seres como Lucas, como Celsito, como Horacio de Gauna y Solís, conde de Na

Xamena... para quienes la existencia o la inexistencia del Altísimo no les causaba ningún quebradero de cabeza. Que hay que creer, se cree. Que hay que rezar, se reza. Que hay que pecar, con mucho gusto, si al fin y a la postre con tres padrenuestros queda uno limpio de polvos y de pajas.

Al menos esa costumbre tan arraigada en el cielo de dejar que la gente se muriese le producía a la familia pingües beneficios. Tampoco era plan ponerse a cuestionar nada, no fuera a ser que así, a lo tonto, fuese a llegar un día en que el populacho dejara de creer y decidiera no enterrar más a los suyos. Sería la ruina total.

Don Benito fue enterrado como Dios manda. Vestido con su bata de color blanco como la cera blanca y su fonendoscopio colgando de las orejas para que, llegado el caso de que fuese directamente al cielo, Dios le diera un destino acorde con sus habilidades y conocimientos. En caso contrario, es decir, si su última morada fuese el averno, al menos recibiera del demonio un trato de favor, que el demonio será malo, pero tonto no, y todo el mundo sabe que tener cerca a un médico siempre viene bien.

Fue una pena lo de don Benito, porque además de que lo dejó todo perdido, el disgusto en la casa fue de los gordos. A su entierro acudió muchísima gente. Un médico siempre cuenta con afectos y si los tuvo en vida, lo suyo era que fuesen a darle el último adiós quienes tanto le estimaran. El cura del cementerio parroquial se explayó porque no solía contar con tanta concurrencia. Se sobró en cuanto a alabanzas al difunto, a quien estaba profundamente agradecido, según hizo saber durante la ceremonia, porque un día, de aquello hacía ya mucho tiempo, en el que se le acumularon los responsos, lo estaba pasando francamente mal por culpa de unas malditas almorranas que le estaban martirizando. Tanto era el malestar que a punto estuvo de perder el conocimiento durante uno de los oficios. Como quiso el destino que el finado fuese un tío político de don Benito, este, a don Benito me refiero, se encontraba presente entre los asistentes al funeral. Al percatarse del mal rato que el cura estaba pasando, viendo el color pálido de esa cara, el gesto sufrido y la cantidad de veces que se echaba mano al culo, al finalizar la misa se acercó a la sacristía y le alivió la dolencia, con lo que el cura pudo continuar funeral que viene, funeral que va, durante el resto del día, hasta que a la mañana siguiente fue atendido ya en la consulta. Y el cura fue y lo contó así, como quien no quiere la cosa, como si fuera lo más normal del mundo, lo dejó caer durante el funeral entre otras lisonjas y comentarios de ensalzamiento del difunto. «Este se ha vuelto loco —decía don Anselmo al escuchar a su colega desbarrar tanto—. Tengo que dar cuenta al obispado».

Pero la cosa no llegó a mayores. El cura del cementerio parroquial era anciano y simplemente verse ante tan multitudinaria asistencia de seguidores le provocó un estado de euforia que resultó pasajera.

El fallecimiento de don Benito dejó a la familia un tanto trastocada. El asunto rocambolesco de Segundo quedó, de momento, aparcado, aunque no olvidado. El chico se dejaba ver más bien poco para evitar algún que otro encontronazo con Celsito. Iba y venía de la escuela y permanecía casi todo el tiempo encerrado en su habitación con la excusa del estudio. Lo que realmente buscaba era que el malestar que causó su fechoría se diluyera en el tiempo y el espacio, y pensaba que no dejarse ver demasiado podría ayudar. Pero no. Superado el impacto de la muerte del médico en la propia casa, doña Lourdes y Celsito volvieron al ataque. Salía Segundo de la cocina con una rebanada de pan con aceite que Rosario, la chica, le había preparado como merienda cuando se dio de morros con Celsito, que le agarró de la oreja derecha, le quitó el pan y casi en volandas le condujo hasta la habitación de su madre. Allí le aguardaban, con gesto serio, doña Lourdes y don Anselmo, el cura, que daba pasitos cortos desde el balcón a la puerta y desde la puerta al balcón. Segundo temió lo peor: que Celsito se comiera entera su merienda y que además le comunicaran su inmediata expulsión del seno de la familia.

Una de las dos cosas iba a suceder sin remedio. Celsito se engulló de dos bocados la rebanada de pan y una lágrima de aceite resbaló por su barbilla. Se limpió con el dorso de la mano y disimuladamente la restregó en uno de los visillos.

—Celsito, eres un cerdo. ¿Crees que no me he dado cuenta? Cómo se nota que tú no lavas.

—Ni tú tampoco, mamá.

—Anda, guarro, ve a lavarte las manos y no seas insolente, que soy tu madre.

Segundo aguardó la vuelta de Celsito de pie, en silencio, entre el cura y doña Lourdes, sin atreverse a abrir la boca y sin saber qué era lo que le esperaba. Al reunirse de nuevo todos, doña Lourdes comenzó a hablar:

—Escucha, Segundo, hemos estado valorando tu actuación. Tú sabes que lo que hiciste está muy mal, ¿verdad?

—Sí.

—Pues eso. En esta casa te hemos tratado con cariño y no creo que merezcamos un comportamiento así por tu parte, ¿verdad?

—Sí.

—¿Sí?

—No.

—¡Ah! Pues eso. Estarás conmigo en que no podemos pasar por alto una sinvergonzonería de ese calibre, ¿verdad?

—Sí.

—Pues eso. Como tú sabes que te apreciamos y que ya eres para todos como un miembro más de la familia, lo que hemos pensado es tomar una decisión que te sirva de escarmiento. ¿Lo entiendes, no?

—Sí.

—Pues eso. Mira, aquí don Anselmo, el cura, ha hablado con un conocimiento suyo en los maristas y te van a admitir aunque estemos a mitad de curso, así que te vas interno. Podrás venir a casa una vez al mes y esperemos que la experiencia te sirva para reflexionar y de paso aproveches los estudios, porque tonto no eres. ¿Quieres decir algo?

—Sí.

—A ver. ¿Qué?

—¿Puedo pedirle a Rosario que me dé otra rebanada de pan con aceite?

—Anda, ve, que no sé dónde metes todo lo que comes.

Así quedó resuelto el tema del castigo. Segundo pareció aceptarlo con aparente sosiego y Celsito y doña Lourdes pensaron que habían procedido con sabiduría y que su decisión había sido la mejor de todas las posibles. El resto de los miembros de la familia fueron informados de la marcha de Segundo, pero no se les dieron más detalles. A excepción de Pepito, que le profesaba al chico un gran aprecio, los demás, es decir, Luisita y Lucas, se mostraron bastante indiferentes.

Pepito, por cierto, andaba bastante alterado aquellos días. Las reuniones de su grupo de lucha anticlerical eran cada vez más frecuentes, porque sus actividades no estaban dando los resultados esperados. Las misivas amenazadoras entregadas hasta ese momento no habían provocado ninguna reacción, al menos visible, y pensaban, maquinaban, pergeñaban nuevas iniciativas. En algo en lo que los miembros en su totalidad estaban de acuerdo era en que las acciones a tomar en un futuro debían ser más agresivas y a buen seguro exigirían mayor riesgo.

—Hay que llevar a cabo un secuestro. Tenemos que secuestrar a un cura.

—¿Pero tú te has vuelto loco? Eso nunca sale bien y el que lo haga acabará en la cárcel, seguro.

—Naturalmente. ¿Alguno de vosotros creía que nuestra misión no iba a exigir sacrificios? Pero es una buena manera de que el clero sepa que

existimos y que no vamos a dejarles tranquilos. Esa noticia dará la vuelta al mundo. ¿No os dais cuenta?

El silencio que se hizo entre todos los presentes era denso y pesaba sobre sus cabezas. Se miraban unos a otros sin decir nada. Todos comprendían que aquellos argumentos no admitían réplica. No era ningún juego de niños. Una acción como la que proponía el líder del grupo sería definitiva, pero exigía un mártir.

—¿Algún voluntario?

Silencio.

Más silencio.

Silencio.

—Yo.

—Tú no, Marcelino. No te lo tomes a mal, pero tú no.

—Bueno, si yo lo decía por aportar.

—Ya, ya. Te lo agradecemos, pero no. Tú aquí estás de apoyo, nada más.

Silencio.

—¿No hay voluntarios?

—¿Y por qué no lo haces tú?

—Hombre, yo no puedo hacerlo. No porque me falte valor, sino porque después alguien tiene que seguir comandando esto y ese debo ser yo.

—Claro, porque tú lo digas.

—Pues mira tú por dónde, sí, lo digo yo. ¿Algún voluntario o lo echamos a suertes?

Y decidieron que fuese el azar quien eligiera al protagonista del heroico acto. El líder del grupo escribió el nombre de cada uno en presencia de todos. Dobló en dos cada papel y los fue introduciendo uno a uno en un cuenco...

—Joder, perdonad, que tenía agua en el fondo y no me he dado cuenta. Como hay tan poca luz... Se ha corrido la tinta de algunas papeletas.

Volvió a repetir la operación. Esta vez introdujo los papelitos en una cacerola. Marcelino, que había quedado fuera del sorteo por motivos obvios, fue el encargado de extraer la papeleta. Introdujo la mano con parsimonia. Sacó un papel y se lo entregó al líder, que, con cara de circunstancias, lo desdobló lentamente. Leyó el nombre escrito en él para sí mismo, levantó la cabeza y antes de pronunciar una sola palabra miró a la cara a cada miembro del grupo.

Doña Lourdes apenas podía dormir. Su propio peso la ahogaba y le costaba tanto respirar que la sensación de asfixia y esa presión en su pecho no la dejaban descansar ni un segundo. Los síntomas del cansancio acumulado se

dibujaban en su rostro en forma de abultados círculos amoratados enmarcados alrededor de sus ojos y los mofletes parecían resbalar sobre el hueso cayendo hacia abajo como lagrimones de carnaza. Ahora que ya no estaba don Benito no recibía tantas atenciones y el seguimiento del nuevo doctor era muchísimo más relajado. Si acaso, aparecía dos veces al mes y sus cuidados no pasaban de ser asépticos, y el trato no se desviaba ni un ápice de lo estrictamente profesional.

Por un lado no estaba mal, porque el consumo de botellas de anís se redujo a la mitad, pero por otro, el ánimo de la paciente ya no sentía ese alivio que provocaba el cariño del viejo doctor amigo. El nuevo le recomendó que comprara una cama de esas de hospital para que pudiera subir y bajar la parte del cabecero a su antojo. De ese modo podría dormir algo, aunque fuese medio incorporada, porque si no la propia fatiga terminaría con su precaria salud definitivamente. Así se hizo. La vieja cama de matrimonio de cabecero castellano fue sustituida por una cama de manivela mucho más pequeña, pero más efectiva dadas las circunstancias.

—Mamá, dile a Celsito lo que me has dicho a mí esta mañana.

—¿Qué te he dicho esta mañana, Luisita?

—Lo de la cama.

—¡Celsitoooooooooooooooooooooooooooo!

Celsito apareció por la puerta de la habitación de su madre con cara de pocos amigos.

—¿Qué pasa, mamá?

—A ver, ¿qué problema hay con la cama?

—Ninguno.

—¿Ah, no? Mamá me ha dicho esta mañana que su cama antigua era para mí y que podía llevarla a mi habitación.

—Pues a mí nadie me ha dicho nada.

—¿Has visto, mamá?

Pero doña Lourdes, amoldada a su nuevo lecho, tan cómoda, con el aire de nuevo entrándole en los pulmones, estaba dando ya unos ronquidos de mamut.

—No grites, que mamá se ha dormido.

—¡Mamáááá!

—Calla, idiota, déjala dormir, que está agotada.

—Pues tú lleva la cama a mi habitación.

—Vete a la mierda.

Así que Luisita se quedó con su cama de uno con cinco mientras Celsito, que para algo era el mayor, se instaló la de matrimonio en su cuarto, como un raja.

Doña Lourdes durmió dieciocho horas seguidas, tal era la falta de sueño que tenía. Al despertar se encontró a toda la familia, incluidos Segundo, que había llegado del internado por la mañana, el cura, el conde y dos o tres vecinos asomados a la puerta de su habitación.

—¿Pero qué pasa aquí? ¿Me estoy muriendo?

Hasta que cayó en la cuenta de que la televisión estaba encendida, aunque con el volumen quitado, y todos miraban embelesados un combate de boxeo.

—¡Fuera de aquí todo el mundo! ¡Pero qué falta de respeto es esta!

—Es que como tú estabas dormida, para no molestarte hemos puesto la tele bajita y...

—Venga, desfilando ahora mismo todo el mundo, que esto no es el cine.

—Pero, Lourditas, que es Legra.

—Como si es el sunsuncorda, y a usted, padre, debería darle vergüenza.

—No, si un poco sí me da, pero es que siendo Legra...

Todos se fueron, pero la televisión quedó encendida y doña Lourdes disfrutó del combate a solas. Se encontraba bastante restablecida, aunque tanto tiempo seguido durmiendo le había provocado un cierto aletargamiento sensorial. El combate de la tele, la sopa de cocido y medio pollo asado le quitaron la modorra y con las energías renovadas se sintió mucho mejor. Aunque era ya muy tarde llamó a Celsito. Este acudió en un instante porque se había quedado tras la puerta entreabierta viendo cómo Legra se alzaba con el campeonato de Europa, así que no se encontraba lejos.

—Celsito, hijo, no me hagas esto otra vez. A mí no me importa que veáis la televisión, pero soy una mujer anciana y enferma y merezco un respeto. La gente no puede entrar en mi cuarto como Pedro por su casa. Vosotros, vale, pero, cono, es que había hasta vecinos.

—Perdona, no volverá a ocurrir, mamá.

—Bueno, dame un beso, anda.

Celsito se agachó y soportó cuatro ósculos chirriantes de esos que dan las señoras mayores que te dejan después un pitido en los oídos.

—Ya vale, mamá, que me dejas sordo.

—¡Ay, ay, qué delicados sois los jóvenes! Bueno, hijo, lo que te voy a decir tiene que quedar entre tú y yo. Como yo no sé lo que voy a durar, creo que es importante que sepas dónde guardo la llave de la caja fuerte y la combinación, porque nadie lo sabe excepto yo, como puedes imaginar.

—Ya. Pero nos vas a durar mucho, mamá. No digas esas cosas.

—Que sí, que sí. Escucha. De memoria no me la sé, pero te voy a decir dónde está escrita para que cuando yo me muera la tengas tú.

—Vale.

Celsito salió de la habitación de su madre con una carga. No sabía por qué, pero la responsabilidad de tener que ser en un futuro el custodio de los caudales familiares no le hacía ninguna gracia. Por supuesto, cuando su madre falleciera, ingresaría todo el dinero en un banco, que era donde debería estar.

—¿Dónde vas a estas horas, Segundo?

—A la cocina, que tengo sed.

—Vale, pero vete a la cama luego que es tardísimo.

—¿Ha ganado Legra?

—Sí. Ya somos campeones de Europa.

—¿Nosotros también?

—Claro.

Los corazones de todos los miembros del grupo retumbaban con fuerza. El líder le estaba dando demasiada intriga al asunto de las papeletas. El humo de los cigarrillos flotaba lento, iluminadas sus nubes azuladas por la tenue luz de la única bombilla que colgaba, desnuda, del techo de la habitación. Los rostros de todos los presentes adquirían un semblante siniestro con las propias sombras de la cara. De pronto, el líder se paró frente a Pepito y pronunció con voz firme el nombre del elegido:

—¡Juanjo!

Todos, menos Juanjo, respiraron aliviados. Serían tan solo cómplices y encubridores de la acción, pero el mal trago lo sufriría él. Uno a uno se fueron levantando y dándole ánimos con argumentos absurdos al pobre infeliz, que con la cabeza gacha y sujetándose entre las manos gemía y se lamentaba como un niño.

—Venga, Juanjo, que vas a ser un héroe.

—Venga, Juanjo, que todo va a salir de puta madre.

—Venga, Juanjo, ánimo, vas a ver cómo triunfas.

—Venga, Juanjo.

—Lo dejo.

—¿Pero qué dices?

—Que lo dejo. Que no me atrevo. Que me he cagao.

—No puedes hacernos esto, Juanjo.

—¿Que no? Mirad.

Y Juanjo salió corriendo de la estancia a gran velocidad, empujado por el miedo, dejando al grupo con un palmo de narices y cara de idiotas.

—Pues vaya mierda de revolucionarios que sois.

—Oye, machote, que aquí el único que se ha rajado ha sido Juanjo.

—Nos ha jodido, porque ha sido al único al que le ha tocado la china.

—Tú a mí no me llamas cobarde.

—¿Ah, no? Mira: cobarde.

—¡Me cago en tó!

Y Mariano se fue hacia el líder con la intención de agarrarle del cuello. Lo impidieron el resto de los compañeros y la calma llegó de nuevo a la reunión. Se tranquilizaron los ánimos, hablaron más serenamente y renovando las voluntades una vez más quedaron de acuerdo en que nadie más abandonaría el grupo pasase lo que pasase. Coincidieron también en que ahora Juanjo se había convertido en un peligro, porque conocía la organización y todos sus planes, con lo que deberían decidir entre todos qué hacer con él.

—Pues habrá que matarle.

—¡Cállate, Marcelino! ¡Cómo le vamos a matar, no seas bestia!

—Hombre, no sé. Pero se podría, ¿no?

—Anda, calla. Yo creo que lo mejor es volverlo a captar y eximirle de la responsabilidad. Con eso conseguimos que esté de nuevo con nosotros y nos aseguramos que está bajo control.

—Eso parece lo mejor.

—Muy bien, pues ahora elijamos de nuevo.

—No hay nada que elegir. Me presento voluntario.

Mariano, el del altercado anterior, insuflado de arrojo y herido en su alma insurrecta, había dado un paso al frente para llevar a cabo la misión.

—¡Ole tus cojones!

—Pero no quiero hacerlo solo.

—Joder, pues vaya mierda de voluntario. Así pringa otro igualmente.

—¡Ah, se siente!

El líder pensó rápidamente y decidió que tal vez Mariano tenía razón. En un secuestro más valían cuatro ojos, cuatro manos y dos cabezas, así que a pesar del voluntario las papeletas decidirían de nuevo a uno de los presentes. Marcelino introdujo la mano en la cacerola. Sacó otro papelito, lo entregó al líder y este lo leyó con la misma parsimonia que el anterior:

—¡Mariano!

—Lo siento, se me ha olvidado sacar la papeleta con el nombre de Mariano. No vale, porque ya se ha presentado voluntario. Otra, Marcelino.

Y Marcelino sacó otra. Esta vez fue leída sin dilación, como para quitarle trascendencia al asunto.

—¡Angelito!

—Lo sabía, lo sabía, lo sabía. ¡Qué mala suerte tengo, joder!

Y volvieron a producirse los mismos acontecimientos anteriores: golpecitos alentadores en la espalda y frases cargadas de buena voluntad y ánimos. Angelito no se lo tomó tan a la tremenda como Juanjo, pero se quedó jodido, jodido. Sabía que lo más normal sería que acabara en la cárcel, rodeado de delincuentes verdaderos y que Mariano y él pagaran por todos los demás. Pero también era un hombre fiel a sus propias convicciones y en su fuero interno tenía arraigado el convencimiento de que su lucha era justa y necesaria y que después de su acción todo el mundo conocería que unos pocos valientes estaban dispuestos a liberar a la humanidad del yugo opresor de la Iglesia. Poco a poco el número de adeptos iría en aumento y al final llegaría su victoria. Se fue autoconvenciendo, y tanto y tan buen trabajo psicológico hizo consigo mismo que salió de allí encantado de la vida y dando las gracias, con el pecho henchido y con unas ganas de meterle una hostia al primer cura que se cruzara por la calle que hasta tuvieron que pararle los pies.

El secuestro se llevaría a cabo tras un buen trabajo de campo y un estudio pormenorizado de la situación. Ahí sí colaborarían todos los demás componentes de la organización. Se elegiría al cura o curas a secuestrar y nada se pasaría por alto para que, entre otras cosas, los dos valientes tuvieran alguna posibilidad de salir de rositas después del acto. Durante los días siguientes cada uno aportó su proposición. Debería ser un cura de una parroquia alejada de la casa de cualquiera de ellos; el secuestro se haría de día para que la prensa pudiera acudir, porque Mariano tenía un primo periodista y estaba convencido de que era un gremio un tanto laxo, así que era mejor que les pillara la noticia en horario de oficina.

Llevarían dos escopetas de caza y su vestimenta no debería levantar sospechas, por lo que irían vestidos como para pasar un día de perdices. Luego, ya en el interior, se pondrían una media en la cabeza para que el o los secuestrados no les reconocieran. No sabían muy bien por qué, pero todo parecía indicar que era lo correcto en estos casos. Intentarían evitar la violencia con el o los secuestrados a no ser que hubiese que matarlos. Una vez dentro llamarían por teléfono a los periódicos y a las radios y a la televisión para que acudieran al lugar e informaran del sucedido, que era realmente lo que buscaban. Cuanto más bombo se le diera al secuestro, más éxito habría tenido su acción. Más tarde llegaría la policía, porque siempre llegaba tarde, e

intentaría negociar con ellos, que ya lo habían visto en varias películas americanas, que antes de liarse a tiros, negocian. Entonces ellos debían pedir un helicóptero para huir. La policía creería que se iban lejos, pero el helicóptero les dejaría cerca de Guadalajara, donde dos compañeros habrían dejado sendos coches preparados para que, por separado, marcharan cada uno a un destino diferente: Angelito se iría al pueblo de sus padres, Rebollosa, que no estaba lejos, y Mariano volvería a Madrid y cogería un avión a Ginebra, que tenía allí una prima. La policía creería que intentarían alejarse de la capital lo máximo posible y eso jugaría a su favor.

Finalizó la reunión. Cada cual con su sensación, su miedo a cuestras o su entusiasmo interior centrifugándose, marcharon de allí, uno a uno, por separado para no levantar sospechas, inquietos, dispuestos todos y con el convencimiento de que ya no había vuelta atrás. Pepito habría dado lo que fuera por ver a don Anselmo como víctima del plan, pero ya había quedado claro que el elegido habría de ser un cura desconocido por todos en aras de la seguridad de los secuestradores *de facto* y, de paso, de todo el resto del grupo.

Al llegar Pepito a la funeraria dispuesto a darle su merecido al apetito, echó en falta a su hermana Luisita, Solían cenar todos juntos, excepto cuando algún servicio lo impedía, y según le informaron no era el caso. Tras preguntar, más por curiosidad que por preocupación, por la causa de la ausencia de la seta, le explicó Celsito, el hermano mayor, que en ausencia de don Celso había quedado encargado de dar las explicaciones en esa familia, que Luisita se encontraba ausente porque después de la catequesis todas las amigas habían decidido darse un homenaje y se iban a cenar al centro.

—¿A qué centro?

—Al centro de Madrid, cono, que pareces nuevo.

Y Luisita fue al centro realmente, pero no a cenar con «la alegría personificada», sino con el chico guineano al que conociera en Toledo. Tres días había pasado temblando de miedo, de nervios, de inquietud... Tres días de insomnio, de ilusión, de ensoñación, de pánico, de preparación, de mentira justificadora... Tres días de algo que muy bien podían convertirse en la antesala de la decepción o en el primer pasó en la vereda de la pasión. Luisita no había querido informar de su cita a nadie. Solamente Asun había tenido conocimiento, ya que había sido ella quien había facilitado la información al chico negro. Fue ella quien le informó de los quehaceres de Luisita, sus horarios, su dirección y sus miedos, sus anhelos, su familia, y había facilitado el encuentro. Asun, la alcahueta de barrio, la aprendiz de celestina que paliaba sus ausencias pasionales intentando sellar los pozos oscuros de la

soledad de sus amigas buscándoles novios y amoríos allá donde pudiera hurgar, porque ella misma se daba cuenta de que la suya era una historia con el final escrito.

Con la información bien aprendida, esperó el chico guineano a Luisita a la salida de la catequesis un día, otro día, tres días, hasta que la seta abrió un resquicio en su coraza y dejó que le hablara.

—Hola. ¿Me va a hacer caso hoy, señorita?

—Qué remedio. Aunque sea solo como premio a su tesón, caballero.

—Gracias, Luisita.

—De nada... Este...

—Edgar.

—Eso, Edgar. Perdón, se me había olvidado su nombre.

Pero no se le había olvidado ni su nombre ni su cara, cosa que tampoco era de especial relevancia ya que negros, negros, lo que se dice negros, por aquellos contornos eran más bien escasos.

A Luisita le chisporroteaban las entrañas. Nunca hasta entonces había sentido nada igual. Que un hombre mostrara un interés tan evidente por ella le provocaba un vértigo emocional que vencía su ánimo, ora hacia el lado del entusiasmo, ora hacia el costado del temor. La mueca de su cara mantenía el rictus agrio de su carácter ajado, pero algo incontrolable lo suavizaba. Edgar parecía un hombre educado y ni una sola de sus palabras podían hacer sospechar una intención que no anduviese por la vereda de la honestidad. En tres ocasiones había ido a esperarla y, persistente ante el desdén, se mantuvo animoso y esperanzado. Durante ese primer paseo Luisita mantuvo la distancia que la prudencia exigía, pero no insinuó un solo ademán que pudiese dar a entender malestar, no fuera a ser que para uno que picaba, aunque negro, desestimara el cebo.

—No es prudente que nos vean juntos, Edgar.

—¿Me está pidiendo que no venga más?

—No, por Dios, no me malinterprete.

—Entonces, ¿por qué no nos citamos en otro lugar?

Luisita concedió unos segundos al suspense.

—Podría ser. Y deja de llamarme de usted, que me siento incómoda.

—Como quieras.

A dos paradas de tranvía desde la plaza de la iglesia de San Sebastián todo eran caras nuevas, lugares de otro ámbito, otro barrio, otro mundo a tan solo un kilómetro de distancia. Allí, sin miradas que pudieran ver más de la cuenta, entre gentes carentes de curiosidad vecinal y malsana, se citaron a

partir de ese día. Entre chocolates a la taza y churros, entre palabras dulcoradas al principio que se fueron endulzando hasta el empalago, fue tomando cuerpo su relación. Les miraban, sí. Al fin y al cabo él era un chico negro, y lo más parecido a ese color que solía verse por allí era alguna sotana y los taxis con su negrura rajada por una franja roja.

En la funeraria nadie estaba al tanto de las andanzas ajenas. Los hermanos iban y venían en su tiempo libre sin que ninguno mostrara la más mínima preocupación por los demás, así que ni Celsito ni Lucas ni Pepito apreciaron el cambio que en el carácter de Luisita se estaba produciendo. Solamente doña Lourdes, con ese sentido extra que desarrollan las madres para con sus hijos, capaz de apreciar síntomas y detalles que para los demás resultan imperceptibles, notó que a su hija algo le estaba sucediendo. Sería por esos desvaríos en la mirada dirigida hacia el vacío, la aquiescencia sumisa ante encargos que anteriormente le molestaban, el tiempo que pasaba sola en su cuarto o la asiduidad con la que acudía a la peluquería, el caso fue que a doña Lourdes se le encendieron las luces de alarma.

—Rosario, dile a Luisita que venga a verme.

—No está, señora. Creo que tenía hora en la peluquería.

—¿Otra vez? Pues cuando regrese, dile que se pase por aquí.

Volvió Luisita con todas las ondas del mar en la cabeza. Una escarola de mechones ensortijados la coronaba.

—Los últimos dos entierros te los has pulido en rizos, bonita.

—¿Eso es todo lo que tenías que decirme, mamá?

—No, hija, no te pongas en guardia que no te estoy regañando. Lo que quiero es que me digas una cosa.

—Dime.

—¿Tú te has enamorado?

—Bueno, mamá, me voy a ayudar a Rosario a la cocina que ya está preparando la comida y a mí me sale mejor la masa de las empanadillas.

—Espera, Luisita. Respóndeme, que soy tu madre, y si es verdad deberías contármelo.

—Es que no es verdad.

—Sí es verdad.

—No es verdad.

—Y entonces, ¿a qué vienen tantos acicalamientos y esa cara de idiota que se te ha plantado desde hace un mes?

Pero Luisita no cantó. La terquedad de su carácter sumada a la dificultad que entrañaba explicar a su madre que estaba hablando con un chico negro

desde hacía algún tiempo la obligaban a mantener en secreto, por el momento, su relación.

—Que no, mamá, de verdad. Lo que pasa es que he decidido que me voy a cuidar más a partir de ahora.

—Pues a ver si así se te arrima alguien, porque a este paso te vas a casar con las ganas.

—Tú siempre tan simpática, mamá.

—A alguien tenías que haber salido, porque a tu padre, gracias a Dios, no te pareces nada.

Edgar y Luisita ampliaron el radio de su circuito. Bajaban al centro, paseaban por El Retiro, navegaban en las barcas de remo de su estanque, pateaban los soportales de la Plaza Mayor... De dulce en dulce, de los pestiños de La Orden a las napolitanas de crema de La Mallorquina, la pareja fue engordando sus propósitos y del simple acompañarse pasaron a la húmeda despedida.

—Jamás había besado a un hombre, Edgar.

—Ya.

—¡Ah! ¿Tan mal lo he hecho?

—No, cariño. Lo digo por tu decencia.

—¡Ah, bueno!

Y Luisita se fue a casa saboreando mil veces el pecado. Feliz y mujer. Con los síntomas melindrosos del enamoramiento. Aquello con lo que tantas veces soñó en pleno llanto íntimo y ahogado en la soledad de su habitación por fin se había hecho realidad. Caminaba contoneándose, como si se exhibiera en una pasarela de moda, coqueta, acompasada, femenina como nunca creyó ser.

Tanto era el bamboleo de su andar que al subir las empinadas escaleras que llevaban hasta el piso superior de la vivienda perdió el equilibrio y se metió una hostia que bajó rodando hasta el último peldaño, golpeándose en todas las partes de su cuerpo como una muñeca de trapo, retorciéndose hasta que llegó al descansillo, dolorida y estúpida. El ruido hizo que todos los hermanos se levantaran rápidamente de la mesa donde terminaban de cenar y acudieran inquietos y asustados para ver qué había causado tal escándalo. Al ver a su hermana Luisita tirada en el suelo, medio inconsciente, con las patas a la virulé y la cara ensangrentada bajaron inmediatamente, atropellándose los unos a los otros entre exclamaciones absurdas y preocupadas.

—¡Pero Luisita! ¿Qué te ha pasado?

—¿Estás bien, Luisita?

—Di algo, por favor.

Pero Luisita no estaba más que para decir, como mucho, «ay». Y lo dijo varias veces.

—Ay, ay, ay.

Con el ajetreo y la confusión, Celsito, el más grandón de todos, tropezó con Pepito, yendo a caer de cabeza también por la escalera hasta estamparse contra su dolorida y maltrecha hermana. Doña Lourdes gritaba desde su cuarto, pero nadie la respondía ante el follón montado en la escalera. Rosario, la chica, también acudió al descansillo y entre unos y otros consiguieron transportar a los damnificados hasta el salón de la casa. Les tumbaron entre lamentos a una en el sofá, al otro en el suelo, que no había más. Llamaron al médico, que diagnosticó al primer vistazo que había que trasladar a ambos a un hospital para que les hicieran un repaso general. Para no esperar a la ambulancia decidieron entre todos desplazar a los fracturados en uno de los propios coches fúnebres.

Al llegar el vehículo a la puerta de urgencias del ambulatorio todo fueron revuelos y comentarios. ¿Esa era la poca fe que se tenía en el sistema sanitario del país, que ya venían con el coche de muertos los propios enfermos para ahorrarse los trámites? Nadie dio ninguna explicación, entre otras cosas porque nadie la pidió. Ingresaron a Luisita y a Celsito y tras radiografías, auscultaciones y tocamientos varios resultó que uno salió de allí con una venda en la cabeza y dolores agudos y la otra escayolada hasta el alma. Luisita se había partido una pierna, el tobillo de la otra pierna, los dos brazos y la nariz. Parecía una momia reciente. Y lloraba y lloraba sin consuelo posible.

Alquilaron una silla de ruedas para que la pobre pudiera salir a que le diera el sol en las orejas, que era lo único que le quedaba al aire a la pobrecilla. Pero más que los huesos, lo que le dolía era el amor. Ahora que parecía que lo de Edgar iba en serio, ¿cómo iba a desplazarse a sus citas clandestinas con tal aparataje? Asun, que se enteró del incidente como todo el barrio, se pasó a visitar a su amiga inmediatamente.

—Luisita, pareces un techo.

—¿Un techo?

—Sí, hija. Toda de escayola.

—¡Huy, se me había olvidado que eres humorista!

—¿Así me pagas la visita? Bueno, ¿quieres que le diga a Edgar lo que te ha pasado?

—Pues te lo agradecería mucho, pero que ni se le ocurra pasarse por aquí.

—No te preocupes. Dime dónde y cuándo habéis quedado y voy yo.

—Pero vas y le informas y te vuelves.

—Hija, qué poca confianza. Si a mí no me gusta.

—Ya, pues por eso.

Ese mismo día Asun acudió a la cita como titular. Le comunicó al novio de Luisita los tristes sucesos y le convenció para que no fuese a visitarla. Edgar fue arrugando el gesto a medida que la amiga de su novia le iba contando los pormenores del accidente y el estado en el que Luisita había quedado. Con los ojos humedecidos y tremendamente apesadumbrado suplicó a Asun que le mantuviese informado del estado de su amada y que le hiciera saber si existía alguna posibilidad de un encuentro. Con la labor cumplida y barajando en su cabeza de alcahueta diferentes alternativas para hacer factible una cita entre los amantes, marchó Asun hasta la funeraria para dar novedades.

—Hola, que vengo a ver a Luisita.

—¿Otra vez?

—Sí, es que se me olvidó decirle una cosa y de paso le he comprado una novela de Corín Tellado para que se entretenga la pobre. Como sé que le gustan mucho...

—Pasa, pasa, hija. ¿Quieres unas rosquillas?

—Vale.

Y engulló Asun nueve rosquillas de anís y tres copas de moscatel antes de entrar a ver a su amiga del alma.

—Hija, Asun, te huele el aliento a morapio.

—¡Calla, loca, qué cosas dices!

—Bueno, cuéntame, por favor. ¿Has visto a Edgar?

—Sí, claro. Se ha quedado preocupadísimo con lo tuyo.

—¿Qué me dices?

—No te asustes. Digo que se ha quedado preocupadísimo por lo de tu caída y tu estado.

—¡Ah! Me habías asustado.

—Quiere verte y a mí se me ha ocurrido que, si te parece bien, yo podría decir a tu madre que te llevo a dar un paseo en la sillita y te acerco hasta donde él está.

—¿Y cómo me vas a llevar si no puedo montar en el tranvía ni en el autobús?

—Es verdad. ¿Y si le decimos a Pablito que te lleve en el coche fúnebre?

—No, no, no.

—Tú déjame a mí.

Y Asun se marchó de la habitación de su amiga dejando que su imaginación, algo disparada por el efecto del moscatel, rematara la faena del encuentro. Esperó a que Pablito llegase a la funeraria después de un servicio, le saludó afectuosamente y apartándose un poco para que no llegase hasta la pituitaria de su interlocutor el aliento a moscatel, le preguntó si podría llevarla a ella y a Luisita un día al Retiro, que quería sacar a su amiga a pasear y que así como estaba no había manera posible de trasladarla si no era en un coche grande como el de los muertos.

—¿Y por qué no cogéis un taxi?

—Pues en primer lugar porque es muy caro, en segundo lugar porque habiendo coches en la casa no me parece bien que no quieras llevar a una de tus jefas, y en tercer lugar porque para mover a Luisita se necesita mucho cuidado, esmero y cariño y no creo que un taxista estuviera por la labor.

—Bueno, pero se lo tengo que decir a Celsito, que se enfada si cojo un coche sin su permiso.

Los encuentros entre Edgar y Luisita continuaron gracias a Pablito, al coche fúnebre y a Asun, que colaboraba sin desfallecer en que la relación de su amiga marchara, como no podía ser de otra forma en aquellos momentos, sobre ruedas. Al menos una vez por semana Pablito llevaba a las dos hasta algún lugar del centro y más tarde volvía a buscarlas. Él aprovechaba el tiempo en darse unos garbeítos por las tabernas de la zona. Asun, tras dejar a los amantes, se dedicaba a visitar alguna iglesia de esas tan bonitas que hay por el viejo Madrid o se llevaba una novela y soñaba ante una tacita de chocolate hasta que llegase la hora de regresar.

Luisita y Edgar hablaban, se susurraban melindres al oído y se besaban con besos húmedos y largos, escondidos a los ojos de la gente por corrección y pudor. Nunca hablaban del futuro. Y los deseos que ambos parecían guardar permanecían latentes y agazapados, prietos contra su anhelo. Su relación no era fácil, especialmente por los miedos que Luisita alojaba para sí cuando pensaba en la reacción que tendría su familia si hiciese público su noviazgo. Pensaba que su madre y su hermano mayor jamás darían su bendición a esa relación y, por el momento, procuraba alejar de sus intenciones, aunque a veces dudara, la revelación de su idilio.

Entre tanta calentura decidieron los amantes pasar una tarde en la casa de unos amigos de Edgar que se encontraban ausentes y le habían dejado las llaves para que regara las plantas. Al estar ubicada en un bajo, no planteaba ninguna dificultad a la hora de entrar. Tan solo un par de escalones

obstaculizaban el paso hasta el descansillo. Al atravesar el umbral de la puerta, Luisita sintió miedo y una ligera angustia que le hizo palpar el corazón. Sola, con un hombre, su novio, sí, pero hombre al fin y al cabo, en una casa vacía... Pero se marcharon los temores entre fluidos. ¿Quién lo habría podido sospechar? Tanta mojigatería, tanto recato y golpe de pecho para ir a perder las formas, el sentido y la decencia estando como estaba, emparedada entre yesos, con un negro y en una casa ajena. Triple pecado mortal. Pero Luisita se dejó llevar por la lujuria, por las ganas añejas, por el tiempo perdido y por el amor... Por supuesto, por el amor. Conoció entonces a otra mujer que habitaba en ella. Una Luisita desconocida, ardiente, ajena al recato. Descubrió que tenía un cuerpo de mujer, sensible y apasionado, que reaccionaba con ardor a las caricias, y eso no podía ser malo. Ya, ya, aquello iba contra la conducta debida y contra los mandamientos, pero después de deleitarse con placeres tan inconmensurables, ¿acaso no merecía la pena el riesgo del pecado?

Edgar tuvo que hacer diabluras como amante ante tanto impedimento entre escayolas y torpezas de impericia, pero la calentura buscó sus mañas y husmeando por los recovecos, haciendo filigranas, poniendo sumo cuidado para no dañar el cuerpo malherido de su amada, consiguió al fin encontrar la manera de culminar aquella difícil faena amorosa. Luisita fue feliz plenamente por primera vez en su vida; por eso, al salir de aquella casa y encontrarse de nuevo con su amiga Asun, la invitó a un café con leche y un mojicón.

Horacio López de Gauna y Solís, conde de Na Xamena, hacía tiempo que no se dejaba caer por la funeraria. Pablito, el empleado y amigo del aristócrata, andaba algo preocupado. En el centro psiquiátrico no estaban permitidas las llamadas a los internos a no ser que fueran de los familiares o personas autorizadas por los responsables del paciente, así que decidió acercarse hasta allí y solicitar una visita. El exterior ya lo conocía Pablito por las veces que le había hecho de chófer, así que el edificio no le llamó demasiado la atención. Era un caserón sobrio. Sus paredes recordaban un blanco originario en sus muros; las pequeñas ventanas de lo que debían de ser las habitaciones de los pacientes más violentos evocaban una prisión. El miedo a que los furibundos y enajenados inquilinos saliesen volando había hecho que algunas estuviesen enrejadas. En los alrededores, unos cuantos árboles semidesnudos y famélicos ayudaban a empobrecer aún más el ya de por sí desolado paraje. Sobre el portón de la entrada un carcomido e incompleto letrero rezaba: **HOSPITAL PSIQUIATRICO**. No parecía un

centro digno de un aristócrata, acostumbrado a desenvolverse en ambientes seguramente muchísimo más sofisticados, cuidados y opulentos. Mucho debía de ser el desprecio que sus familiares sentían por Horacio López de Gauna y Solís para haberle ingresado en semejante institución, y mucho debía de ser el desafecto que por sí mismo sentía el agraviado para haberse conformado con su situación. El interior del edificio ofrecía una imagen completamente acorde con el exterior. Las paredes desnudas y amarillentas por el paso de la humedad y el tiempo. Desconchones y goteras dibujaban manchones de penuria en cada muro; las puertas, de contrachapado astillado en su mayoría, estaban todas cerradas. Un largo corredor inundado de eco desembocaba tras un recodo hacia la derecha en una sala vacía: la sala de las visitas. A Pablito le habían permitido entrar porque la señora que atendía en la recepción del edificio era del barrio y tenía un buen día. Tras un breve rato de espera, una enfermera con aspecto de enfermera entró y, ahorrándose el saludo para enfriar desde el principio el encuentro, le dijo a Pablito que el señor Horacio López de Gauna y Solís no se encontraba en el centro desde hacía seis días, que le habían dado de alta. Pablito intentó sonsacarle algo de información dejando ver su uña afilada, como para amedrentar, pero la enfermera con aspecto de tal se dio media vuelta y, señalándole la salida, le despidió diciéndole que no podía proporcionarle más información.

Llegó Pablito algo entristecido a la funeraria. Ese día apañó a los dos muertos que le tocaron hasta con desgana, tal era el estado en que le había dejado la noticia de la desaparición de su amigo del alma. Parecía mentira que después de tantas juergas y andanzas se hubiese desvanecido como por arte de magia, sin ni siquiera pasar a despedirse. Algo no cuadraba. Horacio López de Gauna y Solís estaba un poco mal de la chaveta, pero, desde luego, si había algo que no iba con él, era la descortesía y la mala educación.

—Pablito, cono, pon un poco de esmero, que le has hecho el nudo de la corbata al pobre señor que parece que le has querido estrangular.

—A él que más le da si ya ni siente ni padece.

—Él no, leche, pero la familia sí, y te están mirando con una cara que no veas.

—Vale, vale, ya se la aflojo.

—Si hasta parece que se ha puesto rojo.

—No jodas, Lucas, que está fiambre total.

—Ya, hombre, ya, era para ver si te sacaba una sonrisilla, que estás más tieso que él.

Y Pablito le contó a Lucas lo de Horacio López de Gauna y Solís y ya fueron dos los sorprendidos.

No pasaron muchos días hasta que el cartero dejó en la funeraria una carta para Pablito. La enviaba el propio conde y la dirección escrita en el remite era de Barcelona. Pablito la abrió nervioso y contento. Con su uña-lanza rajó el sobre y leyó la cuartilla con membrete dorado que se encontraba en el interior, escrita a pluma y con una caligrafía esmerada. En ella le narraba lo sucedido en los últimos días: su hermana, con la que mantenía el contencioso y de quien salió la idea de ingresarle para quedarse con su herencia, se había presentado en el centro hospitalario para mantener con él una entrevista. Le comunicó el fallecimiento de su tía abuela, la única familiar de la generación de sus padres que aún quedaba. Tía Marita, que así se llamaba la buena señora, había dejado una copiosa herencia a repartir entre los catorce nietos sobrinos que tenía, ya que no le quiso dar el Señor descendencia propia. Ni el Señor ni nadie, porque era fea como un pecado. La hermana de Horacio López de Gauna y Solís, conde de Na Xamena, había ido para hacer un trato. Ella le cedía su parte de la herencia de la tía, así como una cuenta corriente con dinero suficiente como para que nunca más pasara apuros, si renunciaba a su parte de la herencia paterna y materna. Un negocio redondo para la bruja, pero un descanso para el conde, que se quitaba de en medio dos problemas. Por una parte, saldría del psiquiátrico para siempre, y por otra, nunca más se vería sometido a la presión y las amenazas filiales. Estuvo de acuerdo y, tras llegar a un arreglo, su hermana solicitó, previo pago, que le dieran el alta. No se había pasado por la funeraria para despedirse porque tuvo que salir de inmediato para Barcelona, donde había residido su tía hasta el día fatal. Una vez allí tuvo que arreglar los papeles de la herencia con el resto de los primos. A partir de entonces cambiaba de domicilio, ya que una de las casas que la buena mujer les había dejado a ellos y que tras el trato sería de su propiedad estaba situada frente al mar, en una pequeña localidad de la Costa Brava, e iba a ser allí, desde aquel momento, donde pensaba Horacio López de Gauna y Solís, conde de Na Xamena, establecer su hogar. De todos modos, una vez que todo estuviese en regla, se acercaría a Madrid para despedirse de sus amigos, entre los que se encontraba, cómo no, Pablito.

—Y eso es lo que dice. Nada más.

—¡Qué lástima que la tía viviera en Barcelona! Si hubiese sido de por aquí y nos hubieran encargado el entierro, le habríamos sacado una pasta, porque esas señoronas se entierran con mucho boato y eso se paga.

—Joder, Celsito, siempre pensando en el negocio.

—A ver, Pablito, aquí como no piense yo... Los demás andáis siempre por los cerros de Ubeda.

Sentadito en la puerta de la funeraria estaba, como siempre, Pedrón, esperando, esperando y escuchando la conversación sin prestar atención. Nunca hablaba ni se metía en las conversaciones, por eso les llamó mucho la atención que levantase la mano como pidiendo la palabra.

—¿Qué quiere, Pedrón?

—Creo que ya.

—¿Que ya qué?

—Que me voy.

—No se vaya todavía, hombre, si quedan dos horas hasta que cerremos...

—Que no, que me voy, que ya me muero.

—Ande, ande, no diga tonterías, si tiene usted un color de cara que ya lo quisieran muchos vivos. A ver, ¿qué le pasa?

—Noto presión aquí, en el bajo pecho.

—Eso no es nada, Pedrón. Póngase de pie un momento.

Así lo hizo el buen hombre, despacio y torpe, ayudado por Celsito. A los pocos instantes de haberse incorporado le vino una especie de retortijón pectoral, lanzó un eructo de elefante y se alivió mucho.

—Ya.

—¿Ha visto como no eran más que gases?

—Sí, sí —intervino Pablito—, pues los gases matan. Mira lo que le pasó al hijo de la dueña de la peluquería...

—Cono, Pablito, que ese se asfixió con el butano...

—Pues eso son gases, ¿o no?

Pasaron casi dos meses hasta que el bueno del conde regresó para despedirse como mandan los cánones de la buena educación. En la funeraria le recibieron todos con gran entusiasmo y cariño. Se había ganado el afecto general durante el tiempo en que frecuentó la casa y él, a su vez, había establecido un vínculo con aquella familia tan peculiar que difícilmente se borraría. Todo fueron abrazos y palabras cálidas. Dieron la enhorabuena a Horacio López de Gauna y Solís, conde de Na Xamena, por su nuevo estado de libertad y por la solución de sus problemas familiares y se alegraron, verdaderamente, de volver a verle.

—Gracias, gracias, gracias, y ahora, por favor, dejadme que vaya a ver a doña Lourdes, que es a la única a la que no he visto aún.

Llamó el conde suavemente a la puerta de la habitación de doña Lourdes. Como la oyó roncar no insistió, pero al darse la vuelta la voz de la soberana

inquirió desde dentro.

—¿Quién es? ¿Eres tú, Luisita?

—Doña Lourdes, soy yo, Horacio.

—¡Horacio! ¡Alabado sea el Señor! Pasa, pasa, hijo. ¡Qué ilusión verte de nuevo! Ya me ha contado Pablito lo de tu hermana y la casa de la playa y todo eso. Me alegro mucho, de verdad. ¿Quieres una copita de anís?

—No se la voy a despreciar.

—¡Rosariooooooooooooooooooooo, traiga una copita de anís al señor conde y a mí hazme un bocadillo de anchoas, que tengo el estómago como triste!

Al día siguiente Horacio López de Gauna y Solís invitó a toda la familia a comer en un restaurante de Madrid. El Bosque se llamaba. Estaba en las afueras, pero tenía unos jardines maravillosos y la comida era espléndida y a muy buen precio. Doña Lourdes no fue por las causas consabidas, pero le prometieron llevarle unas gambas con gabardina y se quedó encantada. Segundo, que seguía en el internado, tampoco acudió, y Luisita, con tanto aparataje de yeso, permaneció en casa junto a su madre viendo en la tele un programa de miedo, de esos que luego le provocaban pesadillas pero que no podía dejar de ver.

Durante el banquete, Pablito, que se sentó junto al convidante, trató de convencerle por activa y por pasiva de que vendiese la casa de la Costa Brava y adquiriese otra en Madrid. No cejó en alabanzas a la capital, a la amistad, a lo bueno que era estar cerca del Caudillo, él, que tenía mano con los poderes... Pero el conde no estaba muy por la labor de alterar su actual situación.

—Pablito, vivir al borde del mar es maravilloso. Estiras la mano y se te llena de sardinas.

—¡Unos cojones! A ver si te crees que soy idiota.

—Es una manera de hablar. Pero no te puedes imaginar lo bello que es, lo reconfortante y lo buenas que están las turistas, Pablito; solo observarlas alimenta. Son diosas contoneantes, llenas de pechos por todos lados. Créeme, lo que deberías hacer tú es venirte a vivir allí.

—Sí, en eso estaba yo pensando ahora mismo. Cojo las dos mil pesetas que tengo, me compro una mansión en la playa al lado de la tuya y a disfrutar...

—Bueno, bueno, ya hablaremos más despacio, Pablito, que ahora estamos en otros menesteres. ¡Brindo por esta familia tan maravillosa que tantos muertos lleva en su cuenta!

—¡Joder, Horacio, que se van a creer que somos de la mafia!

Todos rieron y continuó el banquete. Venga langostinos y entremeses variados y cocretas...

—¡Se dice croquetas, Pablito!

—Pues como se diga, pero que pasen por aquí.

Al final del festín, la sidra y luego sol y sombra, otro sol y sombra, tres sol y sombra o cuatro, o vaya usted a saber. A las nueve de la noche los comensales seguían allí instalados sin mucho ánimo de levantar el campamento. Los camareros habían pasado una y mil veces alrededor de la mesa recogiendo, ordenando, preparando el restaurante para los clientes de las cenas, pero ellos continuaban con su fiesta particular, ajenos al movimiento.

—Camarero, por favor, nos trae otra ronda de...

—No, lo siento, ya no podemos servirles más. Estamos preparando el salón para las cenas.

—Pues traiga la carta para la cena, hombre, que esta familia tendrá hambre...

El pobre camarero no sabía qué hacer. Si llamar al *maître* para que pusiera orden y expulsara de allí a aquella pandilla de insensatos con demasiados vapores etílicos deambulando por sus cabezas, si llevarles la carta como habían solicitado o si salir corriendo y despedirse de tan ingrato trabajo.

Al final optó por llevarles la carta.

—Aquí tienen.

—A ver, ¿quién quiere comer algo?

Como nadie respondía, el propio conde ordenó dos de gambas con gabardina, una de ellas para llevar, una de bravas y un plato de cortezas. Y vino. El pobre camarero, meneando la cabeza como un elefante, se dio media vuelta con el papel de la comanda temblándole en la mano por la rabia. Debían de ser las doce de la noche cuando, como cubas, salieron de allí los cinco hombres intentando mantener la compostura vertical y la dicción continua sin conseguir ninguna de las dos. Subieron los cinco al coche fúnebre: Pablito, el conde y Lucas, delante, y Pepito y Celsito en la parte trasera, tumbados como los fiambres que transportaban habitualmente pero sin caja, a cuerpo gentil. Cuando los clientes del restaurante les vieron introducirse en el vehículo todos cuchichearon e incluso uno les gritó en tono de mofa que «iban mal pero no para tanto». Llegaron al barrio de milagro, garabateando en el asfalto peligrosos requiebros. Suerte que a esas horas no había demasiado tráfico y las farolas solamente oscilaban sin moverse del sitio. Así, entre acelerón y frenazo, frenazo y arreón, consiguieron llegar a la meta sanos y salvos. Celsito subió a la funeraria, Pablito marchó a su casa y el

conde se quedó a dormir la mona en la casa de Pepito y Lucas. Solo había dos camas, así que tendrían que compartir una de ellas. Pablito no podía invitarle a pasar la noche con él porque vivía con su madre, una señora ya entrada en años, en muchos años, en casi todos los años, y con una tía, la hermana mayor de su madre, así que no era plan que apareciera con un hombre borracho y soltero. Pepito, que por lo ya sabido no tenía demasiado interés en volver a rozarse con hombres de su mismo sexo, rogó a Lucas que durmiera con el conde, a lo que Lucas, por supuesto, se negó.

—Te lo pido por favor, Lucas, déjame dormir solo.

—Si con el conde solo vas a dormir también.

—Joder, que no estoy para bromas. Yo me acuesto solo y punto.

—No te preocupes, Pepito —medió Horacio López de Gauna y Solís, conde de Na Xamena—, que yo no paso de los besos.

Lucas y el conde rieron a carcajadas, pero Pepito cerró de un portazo su habitación y echó el cerrojo por dentro.

Se metieron en la cama los dos, cada uno mirando hacia un lado, intentando evitar un solo roce fortuito.

—Como te tires un pedo te mato.

—Por favor, Lucas, que soy un aristócrata...

—¿Y ahora resulta que los nobles no os peéis?

—Sí, pero no huele.

—Ah, eso ya no lo sé.

—Buenas noches.

Rompió la noche el último aliento de un sifón.

—¡Cabrón!

—Buenas noches.

Segundo era listo. Un niño demasiado despabilado para su edad. Sin duda, el tiempo pasado en la calle le había otorgado un sentido extraordinario que le hacía desenvolverse con más desahogo ante la vida que al resto de sus compañeros de colegio. Sabía huir. Intuía cuál podía ser el ascua al que arrojarse y, en sentido contrario, perpetraba sus fechorías con agudeza, saliendo siempre o casi siempre limpio de polvo y paja. Desde hacía algún tiempo le había tomado el gusto a la escapada. Sus notas no eran malas, porque asimilaba bien las lecciones y con el mínimo esfuerzo conseguía lo que otros con mucho más trabajo y estudio. En el internado la disciplina era férrea, pero él se las ingeniaba para poder burlarla en determinadas ocasiones. Salía algunas tardes con el consentimiento del cura encargado de la portería a cambio de tabaco. Se buscaba los cuartos de cualquier forma: haciendo

recados a los hermanos, sisando en la funeraria alguna que otra moneda o pidiéndole a Rosario, la chica, cuando le daban libre y podía ir a casa. Sí, le había cogido el gusto a la escapada.

Una tarde, de esas ociosas, de esas en las que salía del internado con sigilo para merodear por esos madriles llenos de vida, revoloteando por el centro de la ciudad, saboreando delicias en los escaparates, fumando cigarrillos sueltos sentado en los encintados, le pareció ver a alguien que le resultó familiar. En principio no le habría llamado la atención la pareja si no hubiese sido porque él era negro y ella caminaba como si se fuera a caer con cada paso. Ya habían soldado los malheridos huesos de Luisita y desde hacía unos días se había liberado de todas las escayolas. Salían bien amarraditos los dos de un portal. Justo antes de poner los pies en la calle vio cómo se besaban tímidamente y se tomaban del brazo. Sí, era Luisita. Decidió seguirla. Caminaron juntos hasta la parada del 35, junto a la Plaza Mayor, y él, a una distancia prudencial, dudaba si acercarse más para intentar escuchar su conversación. Le pareció demasiado arriesgado. Esperaría al siguiente fin de semana y ya pensaría en cómo sacar tajada de tan fortuito encuentro.

Luisita y Edgar llevaban ya bastante tiempo pasando la raya de lo permitido. Ella, que había sido titular indiscutible en el equipo de la mojigatería, se había abandonado al desapego moral con un entusiasmo inaudito. Quién se lo iba a haber dicho hace tan solo unos meses. A veces, en soledad, cuando rememoraba sus encuentros con el pecado, cuando volvía a sentir en su piel las caricias de su amado como si de nuevo estuviese fundida con su carne, le afligía algún remordimiento, pero cuando de nuevo se encontraban, ganaba el envite su pasión y, aun a sabiendas de que se sumergía más y más en el abismo negro de la lujuria, se dejaba llevar y gozaba, abandonándose al placer intenso de la perdición.

El siguiente fin de semana Segundo llegó a la casa. Luisita ignoraba que había sido descubierta y por el momento su medio hermano no dejó entrever sus intenciones. Pasó a ver a doña Lourdes, que se encontraba un poco pachucha. Ella insistía en que habían sido unos mejillones en escabeche que le habían sentado mal, pero la verdad era que su salud iba mermando día a día y sus interiores se desparramaban, poco a poco, del mismo modo que sus carnes. Le sentó bien la visita de Segundo. Le había tomado cariño al chaval a pesar de todo. El chico le enseñó el cuadernillo con sus notas mensuales para que ella lo firmara. Tan solo una acotación al margen indicaba que Segundo había descuidado en los últimos tiempos el aseo y la puntualidad. Por lo demás, las calificaciones eran más o menos buenas y a doña Lourdes le

importaba más que Segundo no le diera problemas que otra cosa. Exhibió el chico todo su encanto personal. Siempre lo hacía cuando llegaba de rebaje. No se le escapaba que el motivo de su destierro había sido una mala conducta, así que durante las visitas intentaba mostrar su lado más afectuoso y zalamero.

Preguntó por todos, incluida Luisita; se gastó sus últimas pesetillas ahorradas con los recados en llevar a doña Lourdes una bamba de nata e incluso se ofreció a lavar los coches fúnebres en la fuente del cementerio si alguien le llevaba hasta allí los vehículos. Cargado con el cubo, la esponja y el jabón, Segundo estaba dispuesto a dejar los coches brillantes. Le acompañó Pablito, que después de dejar el primer coche en el descampado bajó a por el otro y volvió a subir, para su sorpresa, en compañía de Luisita. Aprovechó el viaje para acudir a la sepultura de la familia y dejar un ramo de flores a su padre, ahora que ya le habían liberado del yugo de escayola que la tuvo tanto tiempo casi inmovilizada. Quizá quería sincerarse con alguien que no pudiese reprenderla por el giro que había dado a su vida. Pero Segundo se entrometió en tan íntima actitud y le solicitó compañía.

—Luisita, ¿vas a la tumba de tu padre?

—Sí.

—¿Te importa que te acompañe? Al fin y al cabo también era el mío y no sé ni dónde está enterrado.

A ella no le hizo mucha gracia, pero encontró comprensible el deseo del chico y accedió a su compañía.

Por el camino no hablaron. Luisita caminaba lenta y torpemente, como si tuviese de nuevo que aprender a andar, seguida por Segundo, que ya le daba vueltas a cómo le plantearía a su media hermana lo del descubrimiento de su relación. Llegaron a la lápida. Era de granito gris, con una cruz austera sin cristo en lo alto. Una jardinera con el recuerdo mustio y seco de algunas flores a los pies, la firma del marmolista Cano en una de las esquinas inferiores y los nombres de los enterrados presidiendo la losa. El último, el más reciente, era Celso Marqués, el padre de ambos. Luisita se sentó en el borde, agitada por un ejercicio al que ya no estaba acostumbrada.

—Papá, aquí te traigo a tu bastardo.

—Luisita, no tenías por qué ser tan cruel.

—Sí, cruel, pero es la verdad.

—Él ya lo sabe.

—Bueno, ya sabes dónde está enterrado. ¿Te importa dejarme ahora a solas?

—Bueno, vale, porque últimamente a solas pasas poco tiempo, ¿no?

—¿Qué dices, mocoso?

—Nada. Tú sabrás.

—Yo no sé nada. ¿Qué sabes tú?

—¿Es que tendría que saber algo?

—Mira, enano, no me andes mareando que no estoy para bromas, que me duele todo el cuerpo.

—¿Y no será por los achuchones que te da el negro?

Luisita palideció de pronto. Se le aceleró el corazón, el ramo de flores que aún sostenía en sus manos a punto estuvo de caérsele al suelo. Torpemente, conteniendo los titubeos con que las palabras salían de su boca, intentó tragar aquel bocado áspero. Dejó malamente las flores sobre la tumba y se fue todo lo deprisa que pudo hacia la puerta del cementerio. Segundo la siguió sin decirle nada. Sabía que el dardo disparado había dado en el blanco de la diana. Volvieron a bajar a la funeraria. Luisita ni siquiera se sentó a comer ese día a la mesa, alegando que se encontraba mal y que le dolía la cabeza, y eso que había albóndigas con tomate, que le encantaban. Cuando Celsito llegó a casa, Rosario, la chica, le había dejado su plato sobre la mesa, pero ya estaban frías y las patatas un poco revenías. La llamó para que le calentara el plato pero no estaba, había salido a la farmacia porque el médico había ido a hacer una visita. Doña Lourdes no se encontraba bien, la cabeza le dolía y desde hacía algunos días notaba un malestar general que no la dejaba descansar, y lo más preocupante, le había desaparecido por completo el apetito. Entonces Celsito buscó a su hermana Luisita para que pusiera las albóndigas a la lumbre, pero tampoco la encontró. Se las comió frías. Luisita estaba charlando con Segundo en la calle, junto a la barbacana de enfrente.

—A ver, dime por qué me dijiste eso en el cementerio.

—¿Por qué te dije qué?

—No te hagas el tonto, Segundo.

—¿Lo del negro?

—Sí.

—Porque te vi con él, y cómo os besabais y que salíais de una casa...

—No era yo.

—Sí eras tú.

—Te prometo que no era yo.

—Pues qué curioso que llevaba el mismo vestido granate que tienes tú y los mismos zapatos y tú mismo pelo y tus mismos andares de rana que llevas ahora y tú misma cara. Oye, qué casualidad.

—Bueno, y si era yo, ¿qué pasa?
—Como pasar, no tiene que pasar nada, pero puede.
—Bueno, niñato, dime qué quieres por tu silencio.
—Trescientas pesetas todos los meses.
—¿Estás loco? ¿Y de dónde voy a sacar yo trescientas pesetas todos los meses? ¡Eso es una fortuna!
—Pídeselas al negro.
—¡Cabrón!
—O sácalas de la caja fuerte de tu madre.
—Eres un ladrón y un indeseable. ¡En la hora que te acogimos! Debíamos haberte dejado en la calle como a las ratas.

Segundo se dio la vuelta como si no fuesen con él los insultos de Luisita y con una media sonrisa dibujada en su cara de granuja entró de nuevo en la funeraria. Luisita se quedó llorando afuera elucubrando si debía ceder a un chantaje tan vil o contarle todo o decírselo a su novio y que este le diera su merecido. Sí, eso haría, se lo contaría todo a Edgar y ese pequeño delincuente sabría que se había pasado de la raya. Cuando Luisita entró de nuevo en casa se encontró a su hermano mayor sentado a la mesa pelando una manzana, y como si no llevase suficiente encima se la cargó por no haber estado allí para calentarle la comida. Las cosas de las mujeres las hacen las mujeres, cono, hasta ahí podíamos llegar. Y Luisita se fue a su cuarto lloriqueando y un poquito angustiada. Muy angustiada, porque al disgusto que se había llevado por culpa de su medio hermano había que sumar el que llevaba desde hacía varios días y que le causaba una preocupación aún mayor, si cabía. Estaba empezando a sospechar que dentro de ella algo comenzaba a tomar forma. Forma física. El amor de dos fundido en uno. Uno nuevo que quizá estaba empezando a acoplarse en su interior y que tendría color café con leche. Llevaba bastantes días de retraso y ella siempre había sido como un reloj.

Segundo regresó al internado tras pasar el fin de semana en la funeraria. El hermano que vigilaba la biblioteca durante la hora de estudio se le acercó. Tenía una visita. Segundo acudió a la sala de espera un tanto intrigado. Allí le esperaban el director del centro y su hermana Luisita, que con su cara de ajo y enfundada en un vestido malva recordaba a una penitente. El padre Albino, que tal era el nombre del rector, le dio permiso para ausentarse durante un rato, ya que su hermana así lo había solicitado. Luisita le sonrió. Mal augurio. Le acercó la mejilla para que Segundo le diese un fraternal beso y cuando este hizo el ademán y apenas rozó su cara, ella se retiró como síntoma inequívoco de provocación y desapego. Salieron de allí. Caminaron sin hablarse durante un rato. Segundo no sabía qué pensar. Desde luego, lo que Luisita tuviese que decirle estaría relacionado con su oferta. ¿Habría aceptado el trato? ¿Tendría realmente tanto miedo a que se descubriera su relación pecaminosa? No iba a tardar demasiado tiempo en descubrirlo. Doblando la primera esquina ascendieron por la calle hasta entrar en una cafetería oscura, antigua y llena de espejos. En la última mesa del fondo una cabeza de pelo rizado y muy corto asomaba por el respaldo del asiento, dando la espalda a la entrada. No había más clientes. La cabeza se giró con sus rizos encima cuando oyó los pasos de Luisita y de Segundo acercándose. Era el negro. El amante. Mal augurio de nuevo. No sonrió al verles. Luisita se sentó a su lado y Segundo enfrente. El negro apuraba una cerveza rubia. Llamó al camarero con un

simple movimiento del brazo, sin mirarle. Acudió, renqueante, un hombre tan delgado y de aspecto tan débil que daba la sensación de irse a vencer de un momento a otro por el peso de la bandeja metálica que portaba en la mano.

—Otra cerveza, un vaso de leche templada, ¿y tú qué quieres, chaval?

—Un agua de seltz.

Hasta que el espíritu de la chaqueta blanca, la corbata negra y la bandeja de aluminio no llevó las bebidas, nadie pronunció una sola palabra. La situación era tremendamente violenta, tan tensa que hasta el aliento de las respiraciones parecía pesar al ser exhalado. Segundo dio un pequeño traguito a su agua gasificada y las burbujas chisporrotearon provocándole un ligero gas que salió de su boca apenas sin hacer ruido.

—Cerdo.

—Perdón.

—A ver, chaval —dijo Edgar frunciendo el ceño—, ¿tú qué te has creído, que puedes ir por ahí espiando a la gente y luego amenazándola sin que pase nada?

—Yo no.

—¿Tú no? ¿Y entonces cómo llamas a lo que le has hecho a Luisita?

—Ná.

—¿Ná? Te voy a dar dos hostias que te van a salir los dientes bailando. Escúchame bien, enano, de lo de las trescientas pesetas te vas olvidando, de mí te vas olvidando. Yo no existo. Y a Luisita la dejas en paz, porque como me entere de que la has vuelto a molestar te puedes ir dando por muerto.

—¡Huy, qué miedo! —Se envalentonó Segundo, aunque realmente estaba algo acongojado.

—Mira, mocoso, encima no te pongas chulito que te saco de aquí y te parto esa cara de soplagaitas que tienes. Venga, levántate y quítate de mi vista. Advertido quedas. Luisita, llévatelo.

Luisita no había abierto la boca, pero se le había dibujado en la cara una mueca de satisfacción. Agarró de la manga a Segundo y le dio un pequeño estirón para que se levantara y emprendiera camino. Durante el trayecto el chico caminaba delante y Luisita detrás, odiándole a cada paso y relamiendo el sabor a victoria que le había quedado tras la charla de Edgar. Segundo iba cabizbajo.

—Bueno, Segundo, espero que te haya quedado clara la situación.

—Sí.

—Hale, adiós, bonito.

Y Segundo entró de nuevo al internado mascando el espesor de la rabia. Luisita regresó a la cafetería. Tenía otra importante conversación pendiente, pero esta vez privada, con su novio. Estaba muy nerviosa. El regusto a victoria aún lo tenía, pero el asunto que le ocupaba ahora era más importante y trascendental. Debía comunicar a Edgar que iba a ser padre y que deberían tomar una resolución. Ella le amaba y estaba dispuesta a casarse con él a pesar del rechazo que estaba segura provocaría en su familia. Pero los suyos preferirían un matrimonio bicolor a tener que enfrentarse al escándalo de una madre soltera en el seno de una familia decente, de las de toda la vida y con un prestigio. Cuando Luisita se sentó junto a Edgar, le tomó la mano.

—Has estado magnífico, cariño. Me parece que se le han quitado las ganas de fastidiarme de una vez. Gracias.

Y le besó suavemente en la mejilla. Edgar sonrió satisfecho, con su ego de macho por las nubes. Le halagaba que su novia le viera así, como un hombre que cumplía con su obligación, que ponía las cosas en su sitio y tomaba la responsabilidad que se le suponía. Pidió otra cerveza para celebrar su triunfo. A Luisita se le había secado la boca por la ansiedad. Sabía que el trago que tenía que pasar a continuación era infinitamente más trascendental y difícil que el que acababa de transcurrir. Pidió también una cerveza.

—Luisita, ¿vas a tomar una cerveza?

—Sí, me apetece. ¿Pasa algo?

—No, no, cariño, toma lo que quieras. Solamente que me resulta extraño. ¿Qué te pasa? De repente te has puesto muy tensa...

—Nada, que tengo que hablar contigo.

Luisita comenzó a sentir palpitaciones. La pierna derecha parecía haber tomado vida propia y se le movía hacia abajo y hacia arriba como si tuviera un resorte, sin que pudiese hacer nada por detenerla. Se bebió la caña casi de un trago, abortó un eructo y como no estaba acostumbrada al alcohol, adquirió el impulso necesario para arrancar.

—Edgar, tengo que hablar contigo.

—Bueno, pues habla. Somos novios, no tienes por qué estar nerviosa, a no ser que lo que me tengas que decir sea muy grave, y espero que no sea que quieres decirme que lo dejemos.

—No.

—Menos mal. Pues dime.

—Estoy embarazada.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

La pierna de Luisita aumentó el ritmo de su movimiento y a él se unió un ligero temblor del labio superior.

—¿No dices nada?

—No sé qué decir.

—Alegrarte, desde luego, no te alegras.

—¿Te alegras tú?

—No.

—Pues eso.

—¿Pero qué vamos a hacer?

—No lo sé, Luisita, ¿tú qué quieres hacer?

—Creo que lo mejor es que nos casemos.

Silencio.

Silencio.

Silencio.

Edgar hundió la cabeza entre sus manos, mirando al suelo, como si allí fuese a encontrar una solución o, simplemente, para contemplar su vida, que se deslizaba por las baldosas gastadas del local. Luisita comenzó a llorar en silencio, sin escándalo, que es como más duele el llanto. Llegó el camarero escuálido, hizo ademán de Preguntar algo, pero viendo el panorama decidió, muy Profesional, darse la vuelta. Luisita le llamó.

—¿Me trae otra caña, por favor?

Al instante estaba allí la cerveza fresca y espumosa para mitigar los efectos del trance. Edgar no decía nada. Había enmudecido por completo. Un nudo le apretaba la garganta y no era provocado por la contención del llanto. No. Era un dolor intenso, agudo, que le oprimía. De pronto levantó la cabeza, miró a Luisita, le acarició la mejilla y con el tono de voz tierno le habló bajito.

—Cariño, dame unos días para pensar. Esto es definitivo. Es muy serio.

—¿Pero tú me quieres?

—Pues claro que te quiero. ¿Cómo no te voy a querer?

Y Luisita lanzó un sollozo y comenzó a hipar.

—A esta les invita la casa.

—Gracias.

Salieron de la cafetería del brazo. Edgar acompañó a su novia hasta la parada del autobús y la despidió con un beso y un susurro.

—Te quiero.

Las cosas en la funeraria marchaban sin novedad, demasiado tranquilas quizá. Pocos fiambres últimamente. Parecía como si una epidemia de salud hubiese sacudido a la población. Entre tanto, Celsito se dedicaba a repasar una y otra vez las cuentas para poner en orden los libros de contabilidad; Pablito limpiaba y relimpiaba los coches fúnebres, que relucían ya como el oro del Inca; Lucas iba y venía a La Noblejana para mitigar los sopores de la inactividad con los vapores del tinto; doña Lourdes se apagaba y Luisita, enclaustrada en su cuarto, contaba cada minuto que pasaba sin tener noticias de su novio mientras la piel de su barriga se tensaba. El cura, don Anselmo, había redoblado las visitas. Aducía que, dado el estado precario de salud de doña Lourdes, era bueno estar con ella, porque de ese modo se atenuaban sus dolencias corporales y espirituales. Pepito, que andaba un tanto intranquilo aquellos días, miraba con recelo al sacerdote y no se fiaba, en absoluto, de su buena voluntad. Algo debía de estar tramando cuando pasaba tanto tiempo con su madre, con la televisión apagada y sin darle al anís.

Doña Lourdes hablaba muy poco. Respiraba cada vez con mayor dificultad y había perdido el apetito. Sus hijos entraban y salían de la habitación tan solo para dejarse ver y que ella sintiera que todo marchaba con normalidad. La paz hogareña le hacía bien. Sabiendo que todos sus hijos estaban perfectamente, doña Lourdes se serenaba.

Cuatro o cinco días después de la conversación entre Luisita y Edgar, el cura, que se cruzó con ella en el pasillo que daba a la cocina, notó en su cara un gesto un tanto más triste de lo habitual y eso fue en los últimos tiempos había parecido cambiar de actitud y todos se habían dado cuenta de la transformación.

—Luisita, hija, ¿te pasa algo?

—¿Qué me va a pasar?

—No lo sé, te encuentro triste.

—No, no, don Anselmo, no se preocupe, es que estoy un poco acatarrada.

—¿De verdad? ¿Quieres confesarte?

—Sí, me confieso de que me he constipado y tengo mocos.

—¡Hija, qué carácter!

Ese día, al salir de la catequesis, Luisita le dijo a Asun que si la acompañaba a tomar un café. Su amiga también la notó rara. Caminaron agarradas del brazo hasta una cafetería nueva que habían abierto cerca de la parroquia y que era monísima, siempre olía a churros aunque no hubiese y los asientos corridos de la pared eran de escay del bueno, de ese que casi parece piel. Se sentaron una junto a otra, como para darse calor. Asun, cotilla entre

las más cotillas, estaba que se moría de ganas por saber qué bicho le había picado a Luisita. Evidentemente, algo tendría que ver su relación con Edgar, y no debía de ser nada bueno, porque si no, ¿a son de qué venía aquella cara de funeral?

—Dime, Luisita, ¿sigues hablando con Edgar o es que os ha pasado algo?

Y Luisita, que ya llevaba un buen entrenamiento en lloriqueo en los últimos días, se arrancó de nuevo con unos sollozos compungidos. Asun la abrazó por los hombros. Muy maternal, todo lo tierna que se podía obligar a ser.

—Venga, venga, no pasa nada... Tranquilízate... ¿Qué ha pasado?

Luisita, entre suspiros, entrecortadas las palabras por el llanto, le pidió a su amiga que fuese a ver a Edgar y le rogase, por favor, que la llamase. Evidentemente, no le refirió absolutamente nada de la cuestión del embarazo ni de los pormenores de su situación.

—Pues claro que sí, tonta. Mañana mismo me cojo el autobús y me presento en su oficina. ¿Y por qué no te llama? ¿Habéis regañado?

Luisita, para quitarse de encima la presión de la verdad, le dijo que sí y zanjó la conversación. Apuró su chocolate, pidió la cuenta y salió de la cafetería seguida de su amiga, que se había quedado un tanto huérfana de información.

Al día siguiente, Asun cumplió su palabra. Fue hasta la oficina de la delegación de Guinea y solicitó ver a Edgar. Tuvo que aguardar un buen rato en una salita de la entrada, sentada en un sillón viejo y deslucido, leyendo folletos. Por fin, el mismo hombre que la había atendido en la recepción entró, le indicó que le acompañara y la condujo a lo largo de un pasillo hasta un despacho. Pero al otro lado de la mesa no estaba Edgar. Le miraba con cara sonriente un hombre negro como él, pero no era él. Le sonaba la cara. Debía de ser uno de los que formaban el grupo de Toledo. Aquello se perfilaba extraño. Se levantó el hombre, que vestía un traje con demasiados brillos por el uso, extendió su mano negra de palma blanca y tras saludar cortésmente a Asun la invitó a tomar asiento.

—¿Así que viene usted a ver a Edgar?

—Pues esa intención traía, pero todo parece indicar que voy a conocer al resto del personal antes...

Rio el hombre ante la ocurrencia y sin perder la sonrisa le habló sereno.

—Pues verá, señorita, es que no está aquí.

—Que no está aquí ya lo veo, por eso quiero verle.

—No me entiende. Digo que ya no está en esta delegación. Solicitó el traslado hace unos días por asunto familiar grave.

—¡Ah! ¿Y dónde está?

—Pues que yo sepa volvió a Santa Isabel y no sé si se incorporará de nuevo.

—Pues muchas gracias. Por cierto, ¿no les dijo qué asunto familiar era?

—Pues no estoy autorizado a facilitar esa información. Lo siento. ¿Puedo ayudarla en algo más?

—Pues si me pudiese facilitar el teléfono o la dirección de la oficina en Guinea...

—Sí, apunte...

—Pues nada, muchas gracias, y si llamara por casualidad, dígame que se ponga en contacto con Luisita, que está en un sinvivir.

Asun partió de aquella oficina a toda prisa. Le reconcomía la ansiedad por comunicar las nuevas a su amiga. ¿Qué le habría sucedido a su familia? A lo mejor no le había dado tiempo a comunicárselo a Luisita y ella estaba convencida de que era un simple abandono. Cuando se enterase de que se había tenido que ausentar por un asunto familiar grave, lo entendería. Posiblemente alguno de sus padres estaba enfermo o había fallecido, Dios no lo quisiera... Se fue directamente a la funeraria. En la puerta se cruzó con Lucas, que salía hacia la taberna.

—¿Está Luisita?

—Por ahí anda. Ya la oirás cantar...

¿Cantar? ¿Luisita cantando? ¡Ah, ya! Simple ironía.

Subió Asun las empinadas escaleras de la vivienda. Rosario, la chica, salió a recibirla y le indicó que Luisita estaba en su cuarto, que no se sentía muy bien. La encontró tumbada en la cama, pálida, con la colcha sobre la tripa.

—¿Qué te pasa? Tienes muy mala cara.

—Me encuentro fatal. He vomitado. Me ha debido de sentar algo mal.

—¿Es que ya habéis comido, tan pronto?

—Bueno, déjalo. Cuéntame.

—Pues nada.

—¿Cómo que nada?

—¡Ay, hija, es una manera de empezar! Pues que no está, que se ha tenido que ir a Guinea por una causa familiar. Lo mismo se le ha muerto alguien al chico...

—Sí, ya.

—¿Ya lo sabías?

—No, no. Da igual, espero que no sea nada grave. Ya volverá.

Asun hizo intención de quedarse, incluso acopló su trasero en una esquina de la cama, pero Luisita, muy directa, le dio las gracias y le pidió que la dejase sola, que quería dormir un rato a ver si se mejoraba. Cuando su amiga se fue, empotró su cara contra la almohada y una vez más dio rienda suelta al llanto.

Comenzaba a atardecer. En el descansillo del piso superior se cruzaron el médico, que acababa de visitar a doña Lourdes e informaba de la situación a Celsito y a su hermano Pepito, y el cura, que esta vez llegaba acompañado de otro señor. Saludaron cortésmente. Don Anselmo se interesó por el estado de salud de su feligresa más fiel, presentó al hombre que le acompañaba y solicitó permiso para entrar a saludar a la enferma. El acompañante en cuestión presentaba un aspecto algo siniestro, embutido en un traje marrón, camisa blanca de cuello almidonado y corbata *beige* perfectamente anudada. Un bigotillo, apenas perceptible, sombreaba su labio superior, y las cejas excesivamente pobladas y la mandíbula ancha le daban una apariencia agresiva. Sujetaba en una mano un portafolios de cuero negro y en la otra unos guantes marrones del mismo material. Ninguno preguntó quién era, pero todos se quedaron con las ganas de hacerlo. Don Anselmo, como si estuviese en su propia casa, entró llamando a voces a Rosario, la chica, y anunciando su llegada recorrió el pasillo hasta la habitación de doña Lourdes. Pepito se despidió del doctor y les siguió con sigilo. El cura y el hombre de marrón cerraron la puerta tras de sí. Pepito prefirió no entrar. Pegó la oreja a la puerta para escuchar la conversación, vigilando, al mismo tiempo, que nadie le descubriera en semejante situación. Difícilmente podía interpretar lo que allí dentro se decía, pero entonces tuvo una idea. La habitación de su madre daba, pared con pared, con el cuarto de baño. Fue hasta la cocina, cogió un vaso, se metió en el cuarto de baño, echó el cerrojo, colocó la boca del vaso contra la pared y la oreja contra el culo de cristal. Perfecto. De ese modo las palabras le llegaban nítidas y claras. Era como estar allí mismo, junto a ellos, participando de la conversación, invisible a sus ojos pero preparado para interceptar sus reservadas intenciones. Pepito estaba convencido de que el cura tramaba algo, de que ese hombre estirado del maletín tenía que ver con los propósitos de don Anselmo y de que, fuese lo que fuese, no podía ser nada que estuviese encaminado a beneficiar ni a su madre ni al resto de la familia. A medida que pasaban los minutos Pepito iba enrojeciendo. La ira le bullía en el caldero de sus entrañas y tentado estuvo de aparecer de improviso en la

habitación de su madre, coger al cura y al de marrón y arrojarles por el balcón hacia la calle. Pero no. Prefería tener una conversación en privado con don Anselmo. Esperaría a que salieran y le seguiría. Cuando estuviesen a solas iba a saber lo que era bueno. Prefirió no decir nada al resto de sus hermanos y mucho menos a Luisita, tan devota, tan de misa, tan de sotanas... No fuera a ser que se pusieran del lado del grajo y tuviera él que marcharse con el rabo entre las piernas. La conversación pareció tocar a su fin. Cuando Pepito oyó al cura despedirse de su madre salió con celeridad del cuarto de baño y bajó a la calle a la carrera. En vez de esperar a los dos personajes en la puerta de la funeraria, prefirió esconderse frente a la barbacana, tras el solitario árbol donde encontrara a Segundo aquel día, y así, medio oculto por el tronco, aguardar para comprobar la dirección que tomaban. Se detuvieron justo al doblar la esquina de la calle. Allí, parados, se despidieron sin solemnidades, y sin prorrogar la reunión más de dos adioses y un estrechamiento de manos, marcharon cada uno para un lado. El de marrón cruzó la calle y don Anselmo marchó cuesta abajo en dirección a su casa o a la parroquia. Pepito dejó que transcurriera un tiempo prudencial, pero el justo para no perderle de vista, y le siguió. El muy cabrón iba por la calle como repartiendo bendiciones, saludando a unos y a otros, sonriendo falso como el beso de Judas, dibujando filigranas al aire el faldón de su sotana como capote fúnebre. Se había hecho de noche y la escasa luz de las calles del barrio no favorecían la labor de seguimiento. No es que Pepito no se supiese de memoria el trayecto hasta la iglesia, es que lo que no debía perder de vista era si antes de llegar el sacerdote cambiaba de dirección para dirigirse a algún otro lugar. Pero no se desvió. Rodeó la parroquia y se encaminó hasta su casa, que se encontraba en una calle aledaña por la parte trasera del edificio. No había casi nadie por la calle. Hacía frío y un ligero vientecillo congelaba el aliento al exhalar. Pepito aguardó a que el cura entrase. Transcurrieron unos segundos y entonces llamó al timbre. Al instante, la voz de don Anselmo inquirió desde dentro:

—¿Quién es?

—Soy Pepito, don Anselmo.

—Ya abro, ya abro... ¿Le ha pasado algo a tu madre? ¿Estáis todos bien?

—Sí, sí...

La puerta se abrió y el cura, amablemente, hizo pasar a Pepito. Apenas le había dado tiempo al sacerdote a encender las luces de la casa y así, casi en penumbra, llegaron hasta el cuarto de estar.

—Déjame que encienda la estufa, Pepito, que hace una rasca... Pero cuéntame... ¿A qué se debe esta visita, hijo? Tú, que nunca te dejas caer ni

siquiera por misa desde que volviste del seminario... Que por cierto, ya me contarás algún día si quieres qué te sucedió allí tan terrible que te hizo abandonar la carrera... ¡Con la vocación que tú tenías, Pepito...! ¡Qué disgusto se llevó la santa de tu madre! ¿Quieres una copita de anís?

—No.

—Pues yo sí. Con tu permiso... Pero dime, hijo, dime.

Mientras don Anselmo abría el mueble bar y apuraba los últimos envites de una botella de anís del Mono, Pepito, aún de pie, se dispuso a comenzar el interrogatorio. Las manos le sudaban a pesar del frío y la voz le salía de la garganta un tanto quebrada. Desde que estuviese en el seminario las sotanas le provocaban esa sensación de desasosiego y parecían avivar en él una desagradable incapacidad. De todos modos, Pepito, tremendamente enfadado, arrojó al cura sus primeras palabras.

—¿Para qué ha ido usted a ver a mi madre con ese señor?

—¿Qué señor?

—¡Don Anselmo, no me toque los cojones!

—¡Ah, el bueno de Enrique...!

—¿Bueno, bueno, bueno...? ¿Pero cómo va a ser bueno con esa cara de hijo de puta?

—¡Pepito, por Dios!

—Lo sé todo. He escuchado la conversación al completo. Sé quién es el bueno de Enrique, un notario al que ha llevado hasta mi casa para que mi madre firmara un testamento nuevo. ¡Cabrón, que es usted un cabrón!

—Hijo, hijo, modérate, por la Santa Virgen, que no es para tanto.

Don Anselmo se acobardó porque nunca había visto a Pepito con aquel semblante, tan fuera de sí, y porque, además, había sido descubierto en su juego recaudatorio.

—Tranquilízate, Pepito, y comprende.

—Yo no tengo que comprender nada. Usted es un chorizo como todos los de su calaña, que ha visto que mi madre está en las últimas y quiere rebañar como sea en la herencia...

—No es tan así, no es tan así...

—¡Pero será cabrón el tío...! Y todavía me dice que no es verdad.

Don Anselmo, acostumbrado a la palabra, intentaba ganar tiempo dando pasos de acá para allá, dejando que Pepito soltase todo su veneno, buscando las palabras adecuadas para su defensa, dando traguitos de la copita de anís, sin soltarla...

—Hijo, hijo...

—¡Y no me llame hijo, cojones, que mi padre ya se murió!

—Dios le tenga en su gloria eterna. Amén.

—No me cambie de tema, don Anselmo. Mañana mismo vuelve usted a llamar al tío ese...

—¿Enrique?

—¡Pero habrase visto qué hijo de puta! Y todavía me pregunta que si Enrique...

—Vale, vale... Enrique, ¿y?

—Y vuelve usted a dejar el testamento como estaba.

—Eso no puede ser, Pepito. Tu madre ha querido, en pleno uso de sus facultades mentales, que parte de su dinero quede para la Iglesia. No es mi voluntad, es la suya, ¿comprendes?

—¡Comprendo unos cojones!

Pepito se abalanzó sobre el cura, le zarandeó presa de la ira. Estaba descargando sobre él no solamente la furia que le provocaba el engaño al que había sometido a su madre con vaya usted a saber qué argucias, sino también la rabia del rencor acumulado contra el clero desde que sufriera en los orificios de sus carnes los desmanes del seminario. Estaba fuera de sí, enajenado... Dio un empujón a don Anselmo con tal fuerza que este salió proyectado contra la pared con tan mala suerte que la nuca fue a clavarse en la punta de la lanza de una imagen del apóstol Santiago montado a caballo, matando moros, que adornaba la estancia enclaustrada en una hornacina. El cura quedó seco al instante. No sangró, pero sus ojos se quedaron muy abiertos, su boca encajada y el anís por el suelo. Pepito no reaccionó al principio. Al comprobar que don Anselmo estaba muerto como un cliente más del negocio familiar, salió zumbando de allí en dirección al piso que compartía por las noches con su hermano. Durante el trayecto no se cruzó con nadie. Lo desapacible de la noche se alió con él espantando a los posibles testigos. La Noblejana estaba abierta, pero su puerta cerrada para que el calor no se escapara de dentro. Subió las escaleras hasta el piso sin hacer ruido, pisando los escalones solamente con la parte delantera de los zapatos, evitando que los tacones golpearan el terrazo, sin saber muy bien por qué. Abrió la puerta. Todo estaba oscuro. Lucas no había llegado aún. Durante aquel rato las ideas y las intenciones se paseaban por la mente de Pepito, ajetreadas, golpeándose las unas a las otras, sin tregua. Oyó pasos en el descansillo y unas llaves tintinearón. Lucas entró, sereno.

—¡Cono, Pepito! ¿Cómo tú por aquí?

Pepito no le dejó decir nada más. En el mismo vestíbulo de la entrada le relató a su hermano lo sucedido con pelos y señales. Lucas estaba impactado. No sabía muy bien qué decir. No encontraba un consejo, una recomendación que darle a su hermano.

—Un momento, Pepito. Vamos a sentarnos tranquilamente y me lo vuelves a contar.

Pepito repitió de nuevo el relato de la tragedia. Aún nervioso, solamente acertaba a preguntarse una y otra vez: «¿Por qué, por qué, por qué...?».

Entonces Lucas pareció reaccionar con frialdad. Hablar de muertos no le causaba gran trauma, como era normal, y aunque este fuese un caso especial en el que los protagonistas le tocaban tan de cerca, sintió que debía ser él quien pusiera un poco de cordura en todo aquel entuerto.

—A ver, Pepito, lo primero: ¿tú estás seguro de que está muerto, muerto?

—Que sí, que se quedó frito.

—Vale, vale... Es un punto importante.

—Ya, ya.

—A ver, entregarte no te vas a entregar.

—¿Es pregunta?

—No, no. No es pregunta. Es afirmación: no te vas a entregar, ¿vale? Y si no te vas a entregar, tendrás que deshacerte del cadáver... Vamos, digo yo.

—Sí.

—¿Había sangre?

—Creo que no.

—Vale. ¿Tienes las llaves de la casa de don Anselmo?

—No.

—¡Cojonudo! Muy bien. ¿Y sabes quién puede tener una copia de las llaves de la casa del cura?

—No.

—Yo sí.

—¿Quién?

—La beatona esa que va a limpiarle y a aviarle la casa que no me acuerdo ahora cómo se llama, pero sí sé quién es el marido y está en La Noblejana ahora mismo, que vengo de allí. Lleva una tajada como un piano, y si nos acercamos y le rematamos, le llevamos en volandas hasta su casa y de alguna manera tendremos una oportunidad.

—No lo veo muy claro. ¿Cómo vamos a saber dónde guarda las llaves la mujer?

—Yo qué sé, cono, pero algo es algo.

Los dos hermanos bajaron de nuevo hasta la taberna. Allí quedaban algunos parroquianos y entre ellos el susodicho marido de la piadosa señora. En verdad andaba un poco tocado por el morapio. Se sentaron en su misma mesa y entre conversación y chato de tinto el hombre fue entrando en el territorio de la inconsciencia hasta que, efectivamente y como habían previsto, su cabeza cayó por su propio peso sobre la mesa, propinándose un coscorrón de tres pares de cojones.

—Manolo, ¿sabes dónde vive este hombre?

—En el callejón, en la casa baja esa que está pintada de verde.

—Vale, vamos a llevarle.

—Pero la mujer no está, que se ha ido al pueblo a casa de sus padres unos días y este lleva empalmadas ya tres melopeas.

Aquello ponía las cosas muchísimo más fáciles. Un imprevisto salvador con el que se habían encontrado por sorpresa y que les facilitaría la labor de búsqueda de las llaves dentro de la casa. Le cogieron entre los dos como pudieron, porque pesaba como un muerto más tres kilos: los equivalentes a los tres litros de Valdepeñas con que se había regado el cuerpo. La distancia no era mucha. El callejón tan solo distaba unos veinte metros de la taberna. El hombre permanecía prácticamente inconsciente y tan solo balbuceaba entre dientes alguna palabra ininteligible. Le buscaron las llaves en el bolsillo, entraron en la casa y le depositaron como a un fardo en la cama de matrimonio. Soltó un eructo, se ladeó y allí quedó completamente inerte. La suerte se había aliado con ellos, si es que la suerte podía contemplarse como una variable más dentro del entuerto, porque justo en la entrada, a la derecha de la puerta, de los ganchos de un llavero de pared colgaban dos llaveros con sendas llaves. Uno de ellos posiblemente fuese el de la casa del cura. No había más que probar. Esta vez sí tuvo Pepito la precaución de llevarse las llaves del hombre para posteriormente volver y dejar las de la casa de don Anselmo en su sitio. Con mucho sigilo, oteando su entorno, llegaron a la casa del cura. Todo hacía indicar que nadie les había visto llegar. Pepito sacó el llavero del bolsillo. Era una arandela de metal de la que pendían, por un lado, un escudo del Real Madrid policromado, y de la otra, la llave. Pepito cerró los ojos, como rezando. ¡Fíjate tú la paradoja! Introdujo la llave en la cerradura y giró sin dificultad. Era increíble, a la primera y hasta el momento todo según lo previsto. No dieron la luz para no levantar sospechas. Con el mechero de Lucas iluminaron la estancia. Allí seguía el cura, insertado en la lanza del apóstol Santiago, como uno más de los desafortunados moros infieles, con sus ojos abiertos, su boca encajada y la copa de anís a sus pies. Ciertamente no

había sangrado. Un trabajo menos, un inconveniente a restar del agrio compendio de calamidades y desasosiegos que les estaban ocupando: no habría que limpiar. Si acaso, el anís desparramado. Decidieron que para no levantar sospechas, por si acaso se cruzaban con alguien en el camino, sería prudente quitarle al cura la sotana y vestirle de paisano. Le llevarían como habían hecho con el marido de la beatona, sujeto por los brazos, extendidos estos a los largo de sus hombros, como si estuviera borracho y buscara en ellos sujeción. Así hasta que le subieran al piso. Cuando apenas habían avanzado unos metros calle arriba, Lucas comenzó a cantar bajito una ranchera distorsionando la voz como si estuviese ebrio. Tampoco es que cantase mucho mejor de lo que lo estaba haciendo... Pepito comprendió que su hermano disimulaba ante posibles encuentros incordiantes. Mejor sería que les confundieran con borrachos que no con asesinos transportadores. Llegaron exhaustos. Las piernas les temblaban por el cansancio y la tensión. Pepito bajó de nuevo a dejar las llaves en su sitio, tanto las de la casa del cura como las de la casa de la que las habían sustraído. Cuando por fin llegó de nuevo junto a su hermano este le comunicó sin dilación el plan que había diseñado en su ausencia. «Eso es diligencia», pensó Pepito orgulloso de Lucas.

—A ver, Pepito, esto es lo que vamos a hacer.

—Estoy en tus manos.

—Primero le descuartizamos.

—Joder, Lucas, ni que fuéramos a hacer la matanza.

—La matanza ya la has hecho tú.

—Muy gracioso.

—Escucha con atención. Primero le cortamos la cabeza, después le partimos en trozos el cuerpo...

—Lucas, me estoy mareando...

—Vete a tomar por culo.

Llenaron la bañera de agua caliente, muy caliente. Desnudaron al cura, le cortaron las venas de la muñeca y le introdujeron en la bañera para que la sangre fuese saliendo por su cuenta. El cadáver estaba fresco y aún no había comenzado el *rigor mortis*. Caliente no estaba, pero casi. Había pasado muy poco tiempo desde que don Anselmo fuese víctima de la lanza justiciera de Santiago Matamoros.

—Mañana por la mañana traes de casa de mamá el serrucho grande, y cógelo sin que nadie te vea. Las herramientas están en la caseta del patio.

Parecía Lucas un profesional del crimen. ¡Qué seguridad, qué aplomo, qué magnífica capacidad de decisión!

La vida estaba atizando duro a los miembros de la familia y a los adyacentes. Todo cambiaba, todo giraba de manera caprichosa torneando los destinos. Luisita, con el papelón de su embarazo, abandonada y triste, se diluía en llanto e indecisión. De Pepito, qué decir. La mala suerte y sus ímpetus le habían metido en un laberinto con una salida difícil y se añadiría dentro de poco a sus preocupaciones la acción definitiva de su organización, a la que no podía dar la espalda por solidaridad. No contaría nada a sus compañeros, porque como le había dicho Lucas, el cerebro de su escapatoria, nadie debía enterarse de lo ocurrido. Hasta Pablito, el empleado de la funeraria, parecía andar preocupado. Apenas acompañaba a Lucas en sus excursiones festeras, casi no hablaba y se movía de un lado para otro como sin brújula, como fantasma buscando la puerta del otro lado. Desde que Horacio López de Gauna y Solís, conde de Na Xamena, se fuera, Pablito había quedado desprovisto de fuerza vital. Ese hombre, con su locura a cuestas, con su excéntrico comportamiento, le soplaba vida y energía. Su ausencia le había convertido en un ser mohíno y desalmado. No le apetecía salir porque no se divertía igual, los servicios con Celsito eran demasiado profesionales y en el coche fúnebre, sin copiloto, los trayectos se hacían eternos. Por todo ello y por no tener más alicientes que le ataran, había decidido aceptar la oferta del conde y marchar a la casa de la costa catalana con su amigo. No había sido fácil tomar la decisión, como tampoco lo era comunicárselo a la familia con la que llevaba toda su vida trabajando. Allí, en la funeraria, le trataban como a un hijo más: compartía mesa, trabajo, disgustos y bonanzas con ellos.

Llevaba varios días intentando configurar el modo en que se lo comunicaría, buscando las palabras, memorizando frases en su cabeza. Cuando por fin hallaba una adecuada, como no había estudiado y nunca llegó a ejercitar la memoria, se le olvidaba. Entonces se enfadaba, se maldecía y se prometía a sí mismo que todo lo que se le ocurriera lo apuntaría en un papel. Pero no, nunca lo llegó a hacer. No le dio tiempo. Celsito estaba en el despacho de la funeraria hojeando los nuevos catálogos de féretros. Había un nuevo modelo de pino melis que iba a hacer furor por precio y diseño.

—Pablito, mira, ven a ver este ataúd. Va a ser la bomba.

Pero Pablito estaba como ausente y aunque se encontraba a escasos metros de Celsito, ni siquiera le oyó.

—Pablito, estás agilipollao. ¿Te pasa algo?

—Tengo que hablar contigo, Celsito.

—¿Qué te sucede? ¿Te encuentras bien? ¿Tienes algún problema?

—No, no, no es eso, me encuentro perfectamente y no tengo ningún problema. Bueno, sí. Bueno, no.

—Ponte de acuerdo que me vuelves loco, Pablito.

—Es que me voy.

—Bueno, vete, si no hay ningún servicio a la vista. Si hubiese algo te llamo.

—No, que me voy para siempre.

—No me jodas.

Y Pablito, torpemente, le comunicó a Celsito su decisión. Allí no encontraba ningún aliciente. No tenía novia; su familia, la que le quedaba, no es que fuera de esas de las que uno no se quiere separar, y sabía que si se marchaba con el conde a la costa, con trabajo, con dinero y casa gratis, se le despejaba un camino agradable hacia la felicidad. Por supuesto que se dejaría caer de vez en cuando y mantendría contacto constante por carta o por teléfono, por supuesto que les quería y que nunca les olvidaría, evidentemente que habían sido su auténtica familia durante todos aquellos años, pero... Celsito no se enfadó. Con gesto serio y los ojos humedecidos se levantó del sillón del despacho, dio unos golpecitos en la espalda de Pablito y como para no dejar entrever su desilusión y su disgusto le dio su bendición y le deseó mucha suerte.

—Gracias, Celsito. Me gustaría despedirme del resto de la familia.

—¿Quién te lo impide?

Pablito pidió permiso para visitar a doña Lourdes. La televisión estaba encendida pero la mujer no le prestaba atención. Tenía los ojos cerrados pero no dormía y una mueca de dolor se le esbozaba en la comisura de los labios. Pablito la saludó, ella hizo un leve movimiento de cejas y murmuró algo entre dientes. Sin saber siquiera si le prestaría atención o si entendería lo que le estaba contando, Pablito le explicó, al igual que había hecho minutos antes con Celsito, los motivos que le habían llevado a tomar aquella decisión. Doña Lourdes ni siquiera le interrumpió una sola vez. Cuando Pablito tomó su mano y la besó como muestra de cariño y símbolo de afectuosa despedida, ella abrió los ojos y simplemente le dijo que fuese feliz y que nunca le olvidarían en aquella casa. Sus párpados volvieron a plegarse y Pablito salió de la habitación con cierta congoja.

Uno a uno, fue despidiéndose de todos los miembros de la familia, excepto de Segundo, a quien dejó una carta para que se la entregaran cuando regresara de fin de semana. Quien más sintió su marcha fue Lucas, quizá porque fue con él con quien más compartió. La farra une mucho y durante los

banquetes del alcohol se dicen muchas cosas. También se despidió de Pedrón, que había sido testigo inmutable de su primera despedida, cuando le comunicó a Celsito su determinación.

—Cuídense, Pedrón, y no se muera que ahí arriba no hay funerarias y a ver dónde iba usted a estar todos los días...

Pedrón le mandó a tomar por culo con un hilillo de voz y Pablito salió para siempre de la que había sido casi su casa. No quiso volver la vista hacia atrás, por evitar sentimentalismos.

Todos los hermanos se habían sentado a la mesa, dispuestos a almorzar, y entonces Celsito les habló. La huida de Pablito dejaba una vacante que habría que cubrir. Él, como hermano mayor y responsable máximo del negocio, creía que debía ser Pepito quien se implicara más en los deberes de la empresa y quien, a partir de ese momento, ocupara el puesto del desertor. En un principio, Pepito protestó, pero, ante un gesto cómplice de su hermano Lucas, se avino a cumplir con su nuevo cometido, dándose cuenta de que aquella decisión venía a facilitar la labor que le ocupaba en aquel momento, que no era otra que la de deshacerse del cuerpo troceado de don Anselmo. Apenas había comenzado Rosario, la chica, a servir el primer plato cuando el timbre de la funeraria sonó estrepitoso. Era de muy mala educación morir a la hora de la comida, pero de vez en cuando alguien lo hacía.

—¡Vaya por Dios, no podían esperar al postre!

Celsito bajó malhumorado masticando aún un bocado de huevo relleno. En la puerta esperaban, en comandita, un grupo de gitanos algo escandalosos. Un par de mujeres lloraban abrazadas y otros dos hombres, también con rostro afligido, aguardaban impacientes a que les abrieran.

—Buenas tardes, perdone la hora pero es que sa muerto mi mama. Entienda la cosa.

—Ya. Pues pasen, pasen. Mire, esa es la sala de los féretros, aunque hay más en el catálogo.

Las gitanas no dejaban de lanzar alaridos mientras los hombres observaban las cajas y escuchaban las explicaciones que Celsito les iba dando.

—Esta ya les digo que es muy buena, y aunque no es de roble, es de pino, el crucifijo es bueno, de bronce auténtico, y sale muy bien de precio.

—¡Ay, aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaayyyyyyyyyyyyyyy, la maaaaaaaaaaaaaaaa!

—Pues este. ¿Nos lo llevan?

—Claro, claro, no se preocupe. Vamos a rellenar los papeles y más tarde nos pasamos por la casa para preparar el duelo y hacernos cargo de todo.

—Gracias, gracias. ¡Ayyyyyyyyyyyyyyyyyy, la mamaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

Tras la sobremesa, Celsito y Pepito, que ya debía comenzar a hacerse con su nuevo trabajo, se encargaron del servicio. Llegaron a un barrio de calles de tierra, juguetes tirados y cachivaches acumulados junto a los portales de puertas sin cristal. La ropa tendida en cuerdas por las ventanas vestía las fachadas de colores y algunos niños con las caras llenas de chorretones y costras en las rodillas daban patadas a un balón de plástico medio desinflado. Entraron en la casa, un piso bajo. La puerta blanqueada con la pintura acrílica descascarillada se abrió chirriando y ya desde la minúscula entrada comenzaron a escuchar los lamentos y los gritos de dolor de la familia. Los gitanos son así, exagerados en todas sus manifestaciones, vocingleros y estridentes. Una mujer joven, toda vestida de negro, con los ojos enrojecidos, salió a recibirles. Sin saludar siquiera, les hizo pasar. En el cuarto de estar, un hombre mustio, con pantalones negros, chaleco y corbata mal anudada se mecía callado y ausente en una chirriante y vieja mecedora.

Un grupo de mujeres lloraba con exageración mientras cuatro o cinco criaturas correteaban entre los lamentos y las piernas de sus mayores. La casa no podía estar más destartalada y sucia. En la parte baja de un aparador con la vitrina rota habían colocado, burdamente, una reja de metal y en su interior dos gallinas ayudaban lo suyo al alboroto con sus cacareos descontrolados, como si ellas también se apuntaran al desconsuelo. Por la única ventana sin cortinas ni visillos de la estancia entraba la luz tenue de un día nublado y tristón, que acompañaba perfectamente una jornada de tragedia como aquella. La muchacha acompañó a los empleados de la funeraria hasta la habitación donde yacía el cadáver de la madre. No había puerta. Sobre la cama, el cuerpo de la mujer descansaba en su paz definitiva, rodeada de otro grupo de plañideras folclóricas. Celsito pidió permiso para comenzar su trabajo, pero entre los alaridos y el ruido de la calle que se colaba a través del balcón abierto, nadie le prestó atención.

—¡Callaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaarsus ya! Ca vinío el de la funeraria a preparal a la mama.

—¡Ay, perdone, señor enterradol, que no le hemos visto con el disgusto...!

—Tranquilas, señoras, no pasa nada, pero ahora si nos permiten...

Celsito y Pepito se pusieron manos a la obra. El olor que despedía la buena señora no se podría considerar bueno, pero tampoco hacía mala mezcla con el del resto de los asistentes al duelo y al de la casa en general. La muchacha que les abrió la puerta, que debía de ser la hija, les alcanzó el

Todos, excepto el viejo de la mecedora, que continuaba como ido, salieron tras él formando una desordenada procesión y a voces, pidiéndole que no se fuera, llegaron a la calle.

—¡Ay, no te vayaaaaaaaaaaaaas! ¡Jeroooooooooooooooooooooo, no te vayas!

Pero el Jero, manteniendo la cabeza alta y la línea de su andar difuminada, seguía su marcha. Y cruzó el portal y salió a la acera y caminando sobre las aguas de los charcos vio la multitud enfervorecida tras él, que no paraba de gritarle. Y tuvieron miedo y sus pies parecían no llegar a sumergirse hasta que salió de aquella inmensa balsa estancada con los taconazos de sus botines embarrados y parándose en seco dio la vuelta, levantó la mano para detener a sus seguidores y trabucándose un poco dijo:

—¡Vale, no me voy!

Y todos regresaron llorando ya por la difunta, nuevamente.

Cuando la comitiva llegó otra vez a la casa, Celsito y Pepito ya habían acabado su trabajo. Dejaron a los sufrientes y quedaron en volver al día siguiente para trasladar el féretro hasta el cementerio y cumplir con los trámites que la iguala del seguro les cubría.

—En la corona que ponga: «El papa y tus hijas y el Jero y tus nietos no te olvidan, mama».

—No se preocupe, señora, que así será.

Y se fueron de allí conteniendo la respiración.

Al día siguiente, Lucas y Pepito se encargaron de hacer el traslado hasta el cementerio. Era su primera oportunidad para hacer desaparecer parte del cuerpo de don Anselmo. Metieron en una bolsa de plástico y bien envueltos en tela la cabeza, una pierna y un brazo y la dejaron a los pies del asiento delantero del copiloto del coche funerario. Subieron a por el féretro. La casa de la familia gitana se encontraba abarrotada. Las gitanas continuaban con sus gritos de dolor, las gallinas con sus cacareos a compás y los hombres serios y trajeados para el evento. El viejo de la chaqueta negra seguía sentado en la mecedora, hacia delante, hacia atrás, ajeno al alboroto mortuario.

—Señores, vamos a proceder. Si quieren despedirse...

—¡Mamaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa...! ¡No se lleven a la mamaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

—¡Ay, mamaaaa!

Uno tras otro, una tras otra y a veces de dos en dos, todos los familiares de la gitana fallecida pasaron por la habitación donde yacía el cadáver para besarla por última vez y darle su último adiós. Lucas y Pepito pidieron que les dejaran solos para cerrar la caja y realizar el traslado hasta el coche. Como ya

habían previsto, no atrancaron las trabillas de los cierres de la caja de modo definitivo. Bajaron el féretro por el pequeño tramo de escalera con sumo cuidado y con gran dificultad por la estrechez y la acumulación de personal. Una vez en el coche, introdujeron el féretro y las coronas y echaron las cortinas de la ventana posterior para que nadie pudiese observar nada desde fuera. La comitiva les seguía de cerca en sus coches destartados. Hasta llegar al cementerio no había mucho trecho, así que debían proceder con premura. Pepito se encaramó hasta la parte trasera del coche, abrió el ataúd, dispuso sobre la muerta los trozos de cura envueltos y cerró ya de modo definitivo la caja. Trabajo hecho. Cuando los enterradores pasaron las cuerdas alrededor de la madera para comenzar a descender la caja hasta el fondo de la tumba, el Jero, que seguía apestando a vino, comenzó a gritar como loco.

—¡Abran la caja, abran la caja...!
¡Mamaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

A Lucas y a Pepito les dio un vuelco el corazón. Pero la cordura imperó y con un simple gesto de la mano el señor mayor que había abandonado la mecedora para acudir al entierro de su esposa indicó a los operarios que procedieran sin hacer caso al borrachín de su hijo.

Ya se habían deshecho de buena parte del cuerpo del cura. Ahora lo que tocaba era rezar para que no tardasen en llegar, al menos, otros tres servicios, porque, a pesar de que lo tenían conservado en hielo dentro de la bañera, aquellos pedazos de carne corrupta comenzaban a oler un poquito.

—Lucas, ¿cómo se conserva la carne y el pescado si no es en frío?

—En sal.

—Pues eso. Vamos a cubrir la bañera con sal.

Después del entierro de la mujer gitana, Lucas y Pepito se fueron directamente al mercado central, se hicieron con dos sacos de sal gorda y, como si de piezas de bacalao se tratara, enterraron los restos de don Anselmo en salmuera.

La desaparición del cura de la parroquia no pasó inadvertida, como es lógico. Quien primero levantó la liebre fue el sacristán, que al echarle en falta durante la mañana en la iglesia, se había acercado hasta su casa, y al no encontrarle dentro, se dedicó a recorrer los lugares donde creía que podía estar, incluida la funeraria. Al no dar con él avisó a la policía. No se trataba de una desaparición cualquiera, se trataba de un miembro del clero y el clero era mucho clero. Se llenó el barrio de grises y secretas, que cantaban a policías casi más que los que vestían uniforme. Haciendo preguntas, tomando notas en cuadernos de pastas azules e incrustando sus miradas frías e inquisidoras en

cada interrogado. Pero nadie había visto nada y nada sacaron en limpio de la minuciosa revisión que hicieron en la casa. Tan solo tenían una pista: la lanza de la imagen del apóstol Santiago que decoraba el cuarto de estar estaba rota, pero eso era todo. No había huellas, no había desperfectos, no había testigos que hubiesen visto u oído nada sospechoso.

La familia del sacerdote, que era de un pueblo de Segovia, tampoco sabía nada de él. No tenía hermanos vivos, habían muerto en la guerra, y sus padres hacía tiempo también que habían abandonado este valle de lágrimas.

Sus primos y una tía que aún le quedaban por allí tampoco es que se mostraran demasiado preocupados por su desaparición. El día que la policía se acercó a la funeraria, doña Lourdes se llevó un gran disgusto. Don Anselmo no solamente era su confesor y consejero, sino que, desde hacía ya muchísimo tiempo, ella le consideraba casi, casi, como un miembro más de la familia. No podía imaginar qué le habría ocurrido.

—¿Y está usted seguro, señor oficial, que ha desaparecido?

—Señora, con todo el debido respeto, ¿qué se cree que estamos haciendo aquí y yo si no? —dijo el inspector, señalando al otro policía que se encontraba a su lado.

—Claro, claro, tiene usted toda la razón. Pues, la verdad, no sé qué le puede haber ocurrido. Esto es rarísimo. Si era un hombre al que todo el mundo quería, si era un santo... La única pega que le pondría, si es que le cabe alguna, es lo del anís...

—¿Lo del anís?

—Nada, nada... Qué tontería.

—Cuenta, señora, por favor. Puede ser de vital importancia.

—No me diga que porque le gustaba el anís van a resolver ustedes el misterio...

Tras interrogar a doña Lourdes procedieron a hacerlo con el resto de los miembros de la familia. Cuando le tocó el turno a Pepito, este se mantuvo calmado y disimuló su ansiedad perfectamente, y sin titubear una sola vez respondió a todas las preguntas de los inspectores clara y concisamente.

—Creo que estuvo usted en el seminario...

—Cree bien.

—¿Y por qué abandonó?

—Sencillamente me di cuenta de que aquella vida no era para mí.

—Ya.

—¿Algo más?

—¿Algo más de qué?

—Venga, Bermúdez, vámonos, que aquí está todo el pescao vendido.

Salieron los policías secretas de la funeraria y doña Lourdes quedó muy compungida y preocupada. Esperaba no morir en semejante abandono, sin su confesor, cargadita de pecados... Y por él, también por él, porque apareciera pronto sano y salvo, también comenzó a rezar.

El revuelo policial duró varios días. Después, tan solo un par de inspectores merodeaban en busca de algún rastro y aunque supuestamente iban de incógnito, todo el mundo les tenía perfectamente identificados. El caso no se había cerrado, evidentemente, pero la presión sobre el barrio bajó en intensidad. La parroquia permaneció cerrada por el momento a expensas de la resolución del caso. El obispado había decidido aplazar el nombramiento de un párroco suplente hasta que el ministerio no diera carpetazo al asunto. Así que los feligreses se repartieron por el resto de las iglesias del barrio para escuchar misa y cumplir con los requisitos ecuménicos. Pepito y Lucas sintieron un enorme alivio cuando dejaron de ver por allí a la policía y cuando las conversaciones de los bares, de las tiendas, de los parques cambiaron el argumento de su temática.

Luisita no sabía qué hacer. Su vientre se iba hinchando y aunque, de momento, tal abultamiento no era casi perceptible, llegaría un día, y no habría de ser muy lejano, en el que su embarazo se haría evidente.

A su preocupación se sumaba la pena del abandono, el engaño y la sensación de haber sido utilizada por Edgar. Se desgarraba su corazón cada vez que pensaba en él. Su madre nada había notado porque no estaba ya atenta más que a sus propios males, y cuando Luisita pasaba a su habitación para hacerle compañía, apenas hablaban, tan solo veían la televisión juntas o hacía ganchillo mientras su madre dormitaba. Entró Celsito al cuarto. Saludó y besó a doña Lourdes en la frente y, sin más, se fue directamente a la caja fuerte. Habían llegado de la fábrica de féretros para traer un nuevo modelo de pino melis que estaría en el expositor y había que pagarles. Luisita sintió al ver a su hermano que había llegado el momento de comunicar a su familia los pormenores de su situación. La presión con la que vivía la estaba agobiando de tal manera que no podía seguir soportándola. Su madre y su hermano mayor debían ser quienes primero conocieran su estado y ese parecía un buen momento. Doña Lourdes estaba bastante despejada esa mañana y podría hacerse cargo de lo tremendo de la situación.

—Celsito, cuando pagues a esos señores vuelve aquí, por favor, que quiero hablar contigo y con mamá.

—¡Huy, qué misterio! Mi hermana quiere hablar conmigo... Eso sí que es una novedad.

Al poco rato Celsito volvió. Doña Lourdes, que había escuchado minutos antes a su hija, se había despabilado y esperaba impaciente a que Luisita comenzara a hablar, porque no había querido hacerlo hasta que llegara Celsito y eso le había hecho sospechar que era algo grave. Hasta ese momento, doña Lourdes solamente le había dicho a su hija que no le diera disgustos, que estaba muy delicada y no sabría si podría aguantar. Incorporada en su cama articulada, se deshacía en ansiedad y temor. Celsito se sentó a los pies de la cama de su madre.

—Bueno, Luisita, ¿qué quieres decirnos? Y Luisita comenzó a llorar sin poder articular palabra.

—Pero, hija, ¿qué te pasa? No llores, por favor, no llores...

—Luisita, por favor, dinos qué te sucede.

Luisita sacó el pañuelo que guardaba en la manga del jersey y sonándose los mocos, que se le deslizaban sobre el labio superior acuosos y pertinaces como consecuencia del llanto, comenzó a relatar su trágica situación.

Celsito no daba crédito a lo que estaba oyendo. Doña Lourdes, que siempre había sido una mujer dura y de carácter, se estaba desmoronando. No podían creer ninguno de los dos lo que estaban escuchando. Que Luisita se hubiera echado novio ya era raro, que no hubiera dicho nada, no lo era tanto, pero que fuese negro... ¡Un negro! ¡Luisita hablando con un negro!

—Bueno, Celsito, que sea negro no significa que sea malo.

—Ya, mamá, pero es que, qué van a decir en el barrio...

—Pues esperad, que esto no es nada, todavía no he empezado.

—¿Que no es nada? Pero, hija, ¿hay más?

—Joder, Luisita, eres una caja de sorpresas.

—Estoy embarazada.

Doña Lourdes estuvo a punto de colapsar. Casi ahogada por la impresión, apenas sin voz, haciendo un tremendo esfuerzo para que el aire entrara en sus pulmones, le pidió a su hija que repitiera lo que acababa de decir.

—Sí, mamá, estoy embarazada.

—¡Ay, ay, ay, que me da algo!

—Celsito, llama al médico, que mamá se ha puesto fatal.

—A quien tenía que llamar es al cuerpo de fusileros. ¿Cómo has podido caer tan bajo?

Celsito salió de la estancia para llamar por teléfono al médico. Realmente, doña Lourdes había acusado el golpe y había entrado en una crisis respiratoria

aguda. Poco a poco se fue recobrando, así que cuando el doctor llegó estaba ya casi recuperada. Luisita y Celsito no se habían separado de ella ni un momento, pero no habían recuperado la conversación para no agudizar la crisis materna. Cuando el médico se fue les recomendó que la dejaran descansar y que procurasen que no hablara. Así lo hicieron. La puerta de la habitación de doña Lourdes permaneció abierta y cada cinco minutos algún miembro de la familia o Rosario, la chica, pasaba para comprobar que todo estaba en orden. Durante un par de días la situación permaneció estable, tanto la del estado de salud de doña Lourdes como el nuevo estado de Luisita.

Llegó Segundo para pasar el fin de semana en casa. Con Luisita ni se rozó la mirada. Pasó el muchacho mucho tiempo en la habitación de doña Lourdes, haciéndole compañía, yéndole a buscar todo aquello que pudiese necesitar, viendo la televisión y leyendo tebeos. Los demás miembros del clan entraban y salían. Pepito y Lucas llevaban toda la mañana fuera, porque les habían avisado de la cárcel. Dos presos habían fallecido en una reyerta y debían acudir para hacerse cargo de los finados. Al llegar a la prisión, el oficial que les atendió y les dio las instrucciones pertinentes les comentó que, de momento, no habían podido localizar a ningún familiar, o sea, que si en veinticuatro horas no aparecía nadie por allí para darles sepultura, deberían llevar a cabo los servicios por cuenta de la institución y enterrarles en la fosa común o en el cementerio civil, porque eran comunistas. Ya les avisarían de todos modos.

Pepito y Lucas se frotaban las manos esperando y suplicando que nadie apareciera a por los cadáveres. Esa podía ser la gran oportunidad de deshacerse de los restos de don Anselmo de una vez. Sin testigos, sin posibilidad de incidentes posteriores... Además, los presos solían ser muy bajitos y en las cajas sobraba espacio por todos lados. Pasaron la noche casi en vela por la ansiedad, así que como no se podían dormir decidieron darse un garbeo por los madriles testers, prácticamente hasta el alba. Por la mañana, nada más levantar el cierre, un oficial de prisiones se presentó en la funeraria. Fue tan madrugador que incluso se adelantó a Pedrón, que entró despacito, como era su costumbre, saludó con la manita y se sentó en su sillita. Rosario, la chica, le bajó un tazón de café con leche y sopas como siempre y preguntó al oficial si le apetecía un café. El oficial se tomó dos con leche y seis rosquillas y además le puso ojitos a la chica, que se pavoneó como una quinceañera. Es que un uniforme, aunque fuese de los que llevan en la cárcel, siempre resultaba interesante para una mujer.

Celsito mandó a Segundo que avisara a Lucas y a Pepito. Era sábado y él no podía abandonar la oficina porque ya le habían avisado para otro servicio e iban a pasar a lo largo de la mañana a formalizar. Si le daba tiempo subiría él con el otro coche, y si no, pues habrían de realizar el servicio en dos viajes. Preguntado el oficial si supondría algún problema y respondiendo este que no, todo parecía indicar que el plan de Lucas y Pepito iba a traducirse en éxito seguro. Así fue. Subieron para hacerse cargo del primer fiambre, que no resultó ser tan bajito como cabría haber esperado. Una vez en el coche fúnebre realizaron la maniobra de introducir las bolsas de la carne de cura en salazón y la cerraron de nuevo. Llegaron al cementerio civil, entregaron el cuerpo a los dos oficiales que aguardaban junto a los enterradores y subieron a por el otro cuerpo. Ese sí se ajustaba a las medidas anheladas. Era pequeño y enclenque. Incluso, durante el trayecto, le vendría bien un poco de relleno en el ataúd para que no chocase con las paredes, como el haba de un silbato al soplar. Cupo todo el resto de los restos. Fin de la empresa. Lucas respiró aliviado. Pepito aún más profundamente.

Pepito pasó algún tiempo sin visitar a sus compañeros de lucha. Había estado ocupado en otros menesteres, como era lógico, y no quería levantar ni una sola sombra de sospecha. Ahora que parecía que la desaparición de don Anselmo ya no suponía un peligro, pensó que era el momento de pasar a la acción con el grupo. Con el recuerdo reciente de la desaparición de un cura, una acción como la que pretendían llevar a cabo tendría muchísima más repercusión. Así se lo hizo saber a los demás compañeros en la siguiente reunión.

En casa del líder estaban todos, incluido el recatado Juanjo, que una vez enterado de que había sido eximido de la responsabilidad del secuestro, volvió al redil. Habían estado todos ellos merodeando por los alrededores de las iglesias madrileñas, de los conventos y las casas parroquiales. Apuntando los horarios, las costumbres y los quehaceres de los sacerdotes. Con toda la información recogida en los últimos meses se encontraban allí, dispuestos a elegir a la víctima. El grupo encargado de la intendencia ya había adquirido ropa de caza, medias para la cabeza y las dos escopetas. Cada uno, como si del jurado de un premio literario se tratase, defendió su opción, esgrimió pros y contras, argumentó posibilidades... Ni una pista, ni un cabo suelto, nada que pudiese generar un peligro para la organización debería ser tomado en consideración. Una vez expuestas todas las posibilidades, llegaron a un acuerdo. En un barrio cercano al centro de la ciudad, junto a una iglesia ni demasiado fachosa ni demasiado modesta, dedicada a San Simeón Estilita,

estaba la casa del cura elegido. A todos les pareció bien, porque el que hubiese llegado a los altares un tío que todo lo que había hecho en la vida había sido subirse a una columna a rezar merecía una lección...

—Manda huevos.

—A quien esté dedicada la iglesia nos da igual, cono. Aquí de lo que se trata es de que nos facilite la labor. Y esta parece la idónea. Un cura que habita la vivienda de al lado de la iglesia, es mayor, vive solo y es visitado por mucha gente... Eso nos facilitará que nos abra la puerta.

—Y si no la abre, la tiramos abajo.

—Marcelino, cállate.

—Yo era por animar al personal. Por insuflar ánimos.

—Pues insúflate tú sólito, machote, y deja de decir gilipolleces.

El secuestro se llevaría a cabo al día siguiente, que era sábado. Todos los integrantes del grupo participarían vigilando la zona. No había que levantar sospechas, o sea, que una vez que los secuestradores se encontraran dentro de la casa, los demás se marcharían de allí. Los cazadores solían madrugar, así que saldrían pronto, cuando aún fuese de noche. Desayunarían en alguna cafetería de las que abrían antes del amanecer para ganarse los cafés y los churros de los cazadores y partirían desde allí a cobrar su pieza particular. Eligieron el fin de semana porque la gente rica era la única que se marchaba a cazar en días laborables. Dijeron en sus casas que se iban a pasar dos días al monte de acampada con unos amigos, se llevaron los aperos a casa del líder y desde allí salieron con las escopetas a la espalda metidas en sus fundas. Repasaron paso por paso cada movimiento, comprobaron que llevaban la lista con los números de teléfono de todas las redacciones de los periódicos y medios importantes, abrieron una botella de vino de mesa Solís y brindaron por el éxito. Marcelino se persignó.

—¡Joder, Marcelino! ¿Qué haces? Es que no das una a derechas.

—¿Pero yo qué he hecho ahora?

—Nada, déjalo. No has hecho nada.

El día se anunciaba frío. Los reflejos de la escarcha comenzaban a brillar por los primeros rayos de un sol todavía tímido. Y las calles blanqueaban con un blanco húmedo. Se desayunaron unas buenas porras y chocolate los unos, café los otros. Comentaron en voz alta los lugares que pensaban visitar en su experiencia campestre, como dejándose notar, como si los camareros y los demás clientes tuviesen que ser testigos de su inocencia. Salieron de allí entre bromas y nervios, ocultando el atosigamiento bajo las falsas risas. Habían llegado repartidos entre el destartado coche del líder y la furgoneta del

padre de Marcelino, que, como cerraba la tienda los fines de semana completos porque le iba bien y decía que ya había trabajado bastante en su vida como para no poder descansar más ahora, se la había prestado a su hijo para que llevase a sus amigos a la excursión. La escena no era como de una película americana. Jamás unos secuestradores habrían llevado un Simca 1000 y un 4 L con un rótulo en el que se leyese Ultramarinos Paniagua, pero Cuatro Caminos no era un barrio de Chicago y Mariano no era precisamente Humphrey Bogart, así que la estampa, siendo mucho menos cinematográfica, estaba más acorde con la realidad. Partieron hacia la iglesia. Se dividieron disimuladamente por los aledaños, cada uno en un punto desde el que pudiera divisar los accesos hasta la casa del cura, que se encontraba a la espalda de la iglesia. Ocultos tras alguna pared, tras alguna de las sombras que comenzaban a formarse con la claridad del día. En silencio, Angelito y Mariano se echaron las escopetas al hombro, aún en sus fundas, y se encaminaron decididos hasta la casa. Los demás les vieron alejarse sin mirar atrás, símbolo inequívoco de su convencimiento. Era el gran día. El primero de muchos grandes días. Ya no había tiempo para las palabras. Desde lejos observaron cómo llamaban a la puerta.

—Joder, pues sí que tarda en abrir.

—Lo mismo está durmiendo.

Al cabo de unos segundos la voz raspada del cura preguntó desde dentro.

—¿Quién es?

—Abra, padre, por favor, tiene que ayudarnos.

—¿Pero quiénes sois? ¿Qué pasa?

—Somos de la parroquia. Por favor, debe venir a mi casa, mi madre se está muriendo y le tiene que administrar la extremaunción...

—Un momento, que estoy en pijama.

—Dese prisa, padre, se lo suplico.

—Ya voy, ya voy.

Pasados un par de minutos el cerrojo sonó lento, descorriéndose eternamente. La puerta se entreabrió y una cabecita calva como la luna llena asomó por la rendija. En ese momento, con una rápida y brusca maniobra, Mariano y Angelito empujaron la puerta golpeando al cura, que cayó de culo sin quejarse. La sorpresa del ataque le enmudeció. Cerraron la puerta tras de sí, sacaron rápidamente las escopetas de su funda y encañonaron al anciano, que con los ojos muy abiertos les miraba atemorizado desde el suelo. Inmediatamente deslizaron sobre sus caras las medias.

—¿Qué me vais a hacer? No tengo dinero. ¿Qué me vais a hacer?

—Deberíamos matarle, pero no lo vamos a hacer. Tranquilícese.

—Pero si yo no he hecho nada. No tengo dinero. Mirad, ahí en el cuarto de estar está mi cartera, creo que tengo veinte duros. Cogedlos, cogedlos.

—Que no queremos dinero, y cálese ya, cono, que me está poniendo de los nervios.

Pasado un rato todos se calmaron. El cura sentado en un sofá, Mariano mirando permanentemente por la ventana a través de una rendija abierta entre los visillos, haciendo tiempo para que la mañana avanzase un poquito y llamar a las redacciones de los periódicos, a la tele y a las radios.

El resto de los componentes del grupo marchó a casa del líder. Se aproximaron hasta el portal uno a uno, precavidos, comprobando que nadie les veía entrar. Una vez en la casa pusieron Radio Nacional de España muy bajito, esperando escuchar la noticia. Encendieron la televisión, pero bajaron el volumen al mínimo para que ningún vecino pudiese sospechar que se encontraba alguien en la casa. Nada. Si no había noticias, podía ser bueno y malo. Bueno porque debían de seguir dentro sin novedad y malo, porque aún los medios de comunicación no se habían hecho eco.

—¿Y por qué no llamamos nosotros a los medios desde aquí?

—Joder, ya lo hemos hablado mil veces, para que no puedan localizar la llamada.

—Pero si eso solo pasa en las películas.

—Pues por si acaso.

En la casa del cura nada sucedía. Ya era completamente de día y algunos transeúntes pasaban frente a ella camino de su trabajo o del mercado.

—¿A qué hora hay misa?

—A las nueve.

—¿Y tiene que ir usted?

—Me parece que sí, pero no sé por qué me da que no voy a poder.

—¡Me cago en la puta!

—No hables así, Angelito, que hay un cura delante.

—¡Calla, cono! ¿No ves que eso lo complica todo?

—Lo que lo complica todo es esta mierda de media que llevamos en la cabeza, que me estoy asfixiando. ¿Por qué no encerramos al cura en algún cuarto y nos la quitamos?

—No.

—Porque tú lo digas.

—Pues sí, lo digo yo.

—Pues tú no eres el jefe.

—Venga, por Dios, no discutan ustedes... —Medió el cura.
—Y usted, cálese, que es el secuestrado.
—Bueno, bueno, si yo era para que no se pusieran nerviosos.
—No estamos nerviosos, y tú, Mariano, no me jodas, ¿no ves que si le dejamos solo en un cuarto puede gritar?
—Vale, vale.
—Pues entonces tenemos que avisar ya a los periódicos.
—Eso. A ver, ¿dónde está el teléfono?
—Yo no tengo teléfono, hijo. Esta es una casa humilde.
—¿No tiene? ¿No tiene? ¿Casa humilde? Esta casa es una miiiiiiierda. ¿Y ahora qué hacemos?
—Pues no lo sé. Pensemos.
—Sí, estoy yo como para pensar.
—¡Calla! A ver, cuando tiene que hacer una llamada o le tienen que avisar, ¿desde dónde lo hacen?
—Normalmente viene la vecina de ahí enfrente, que es una santa, o voy yo a su casa a llamar.
—Pues eso no nos vale porque tendríamos que secuestrar a la santa también, y eso es un follón. ¿Y no hay un bar con teléfono por aquí?
—Sí, cruzando la calle. Es una taberna muy chiquitita. Tienen un teléfono de fichas.
—Pues ahí. Venga, Mariano, ve tú.
Mariano cogió la lista de los números de teléfono y se dispuso a salir. En el fondo sería un alivio dejar de sentir la presión y el agobio de la media en la cabeza. Quizá llamaría un poco la atención así, vestido de cazador, pero ya, la verdad, daba igual, si dentro de poco aquello se iba a llenar de policías y de periodistas. Metió la mano en el bolsillo y comprobó, efectivamente, que no llevaba ni un duro. Naturalmente, para secuestrar no hacía falta.
—Angelito, no tengo dinero para las fichas.
—Pues yo tampoco. Claro, cómo íbamos a pensar esto...
—Yo tengo, pero en un billete —comentó el cura, en plan colaborador—, y alguna moneda debo de tener encima de la mesilla.
—Sin trucos, padre, que no está el horno para bollos. Traiga la pasta.
El cura le dio a Mariano un billete de cien pesetas y un par de monedas de dos reales. Mariano salió de la casa en dirección al bar, cruzó la calle sin mirar y a punto estuvo de llevárselo por delante un motocarro.
—¡Idioooooooooota! Mira por dónde vas, que te van a cazar a ti...

Entró en el bar. Era minúsculo, sucio, oscuro. En la barra, de no más de tres metros, dos abueletes apuraban unas copas de coñac. Le miraron de arriba a abajo.

—Buenos días. Me da una ficha para el teléfono, por favor...

El camarero, tan sucio, renegrido y rancio como su negocio, sacó de un bote una ficha de teléfono, cogió las dos monedas de dos reales y se la tiró sobre la barra. Quedó clavada en seco en la madera del mostrador, frenada por la porquería. El primer número que marcó fue el de la centralita de televisión. Para que no escuchasen la conversación colocó la mano ahuecada entre el auricular y la boca. Y más que hablar, susurró.

—Señorita, ¿me pasa con los de las noticias?

—Dígame...

—Sí.

—¿Me pasa con las noticias...?

—Es que no le oigo.

Mariano levantó un poco más la voz. Los abueletes y el camarero mugriento le miraron con sorpresa.

—¡Que me pase con las noticias!

—Un momentito.

A los pocos segundos algún miembro de la redacción de informativos o alguna secretaria contestó al otro lado del hilo telefónico.

—Sí, ¿con quién hablo?

—Escuche bien, señorita.

—No le oigo. Hable más alto, por favor.

Mariano continuaba hablando en voz baja, tapándose la boca con la mano para que no pudiesen oír la conversación el camarero y los clientes curiosos.

—No puedo hablar más alto, señorita.

—¿Hay alguien ahí?

Y colgó.

—¡Oiga! ¡Oiga! La madre que la parió.

—¿No funciona? —preguntó el camarero, intrigado realmente.

—Sí, pero no me oían bien. ¿Tiene cambio de cien pesetas?

—¿Cien pesetas? Hace tres meses que no veo tanto dinero junto. Y por aquí no hay ningún banco para que puedan cambiarle. Tiene que bajar toda la calle y como a unos trescientos metros.

—¡Joder!

Mariano se fue calle abajo hasta que encontró la sucursal bancaria. Entró, solicitó cambio al cajero, que se mostró muy simpático.

—¿Qué, se ha quedado sin cartuchos?

—Sí, y tengo a los conejos esperándome ahí afuera.

No había ninguna cabina telefónica por los alrededores, así que tuvo que volver a entrar en un bar. En esta ocasión la concurrencia era mayor, pero también el local era más amplio, por lo que los clientes no se encontraban tan pegados al teléfono. Mariano volvió a marcar el número de la centralita de televisión y de nuevo le solicitó a la operadora que le pasara con los de las noticias. Se hacía tarde y empezaría a echar de menos al cura en la misa de las nueve. Así que se tenía que dar mucha prisa. Colocó de nuevo la mano junto a su boca para atenuar el sonido de su voz.

—¡Oigaaaa!

—Sí. ¿Quién es?

—Mire, le llamo en nombre del GAE, Grupo Anticlerical Español. Tenemos secuestrado a un cura y si no sale en las noticias le matamos y después habrá más. ¡Muerte a la Iglesia, muerte a los curas, viva el mundo libre del yugo católico! Estamos en la iglesia de San Simeón Estilita, en Cuatro Caminos, en la parte de atrás, en la casa parroquial. Mande las cámaras, y ya de paso, si puede avisar a los demás medios de comunicación, radios y así... pues me hace un favor.

—¿Oigaaaa? No se oye nada. ¿Quién es?

—Que te den por culo.

Mariano estaba desesperado. Había soltado toda la parrafada de un tirón. Creía que ya había cumplido su cometido, que la labor estaba culminada y va y le toca el sordo de la tele. No desfalleció. Compró otras dos fichas por si se cortaba la comunicación y volvió al ataque.

—Señorita, me pasa con los de las noticias...

Otra persona, esta vez era otra voz más joven.

—Dígame...

—Señor, ¿me oye bien?

—Perfectamente.

De nuevo Mariano intentó amortiguar el sonido de su voz para no llamar la atención entre el público.

—Le llamo de parte de GAE, el Grupo Anticlerical Español...

—¿Me puede repetir? Es que estoy apuntando y me pierdo.

—Del GAE, el Grupo...

Mariano acabó de nuevo la parrafada. Esta vez en un tono un poquito más alto, pero lo suficientemente flojo como para que nadie se enterara de la conversación.

—Muy bien, pues ya lo paso al director.

—Vale, gracias, y si además puede usted avisar a los demás medios de comunicación, las radios y eso, pues me hacía un favor. Pero dese prisa, porque si no vienen pronto pues matamos al cura, porque a ver qué vamos a hacer...

—Eso ya no sé si voy a poder. Y colgó.

Mariano hizo otro intento con Radio Madrid por si acaso no le hacían el recado desde la tele y salió zumbando a la casa del cura. Al llegar todo estaba tranquilo. El sacerdote seguía sentado en el mismo sitio, Angelito continuaba con la media en la cabeza, sudando como un pollo, y tras pedir novedades dio las suyas.

—Cono, has tardado un huevo.

—Ya, es que me he ido al canódromo a apostar en unas carreras, no te jode.

—¿Pero has dado el mensaje?

—Pues claro. En un rato vas a ver cómo esto se llena de periodistas.

—A ver si es verdad.

Llamaron a la puerta. Enmudecieron. Angelito apuntó con su escopeta al cura y con un gesto de la cabeza le indicó que abriera, pero dejó claro que si hacía algo disparaba. El cura se levantó despacio, se dirigió a la entrada y abrió dejando la puerta entreabierta. Angelito se situó detrás de él, oculto entre el hueco que quedaba junto a la pared, encañonando por el culo al cura.

—¡Padre, que son las nueve menos cuarto y tiene que dar la misa!

—Cántala tú, hijo, que no me encuentro bien.

—¿Paso y le hago una manzanilla?

—No, no, si no es nada, solo que estoy un poco acatarrado y tengo unas decimillas.

El secuestrado gesticulaba mientras se dirigía al cura más joven de la parroquia, que era quien había venido en su busca, como queriéndole dar a entender que había alguien dentro, pero no tuvo éxito. Se fue apurado el curilla y la puerta se cerró de nuevo certificando el cautiverio.

—Un problema menos.

—Joder, Mariano, pues aquí no vienen ni periodistas, ni televisión, ni radios ni leches en vinagre.

—No seas impaciente, que habrán tenido que organizarlo todo, que no es tan fácil.

En la casa del líder todo eran nervios. Pasaba el tiempo y no sabían nada. Las noticias del parte nada dijeron y en la televisión continuaba la

programación normal sin un solo comentario. Como en todos los momentos de crisis, las iniciativas pasaban de las más conservadoras a las más radicales.

—Vamos allí y nos cargamos al cura de una puta vez. Vais a ver cómo se hacen eco.

—No seáis bestias. Somos revolucionarios, no asesinos. Si esta vez fracasamos, ya triunfaremos en otra ocasión.

—Joder, qué pronto os rendís.

—Es la primera acción que llevamos a cabo, tampoco hay que ser impacientes.

—Sí, la primera y la más importante y si fracasamos en esta, no nos va a quedar moral para continuar con otras.

—¡Ya vale! Vamos hasta allí a ver qué pasa.

—Si queréis voy yo.

—No, tú no, Marcelino.

Pepito y el propio líder salieron camino de la casa del cura para comprobar *in situ* la situación. Al llegar a las inmediaciones constataron, para su desilusión, que allí ni había cámaras ni micrófonos ni periodistas... Por no llegar, ni siquiera había llegado la policía. Todo era normalidad en la calle. Dudaron si acercarse hasta la puerta. Decidieron rodear la manzana y comprobar si había alguna ventana por la que asomarse, aunque si la había ya habrían tomado la precaución los de dentro de cerrarla a cal y canto. Aun así lo hicieron. Una ventana protegida por una persiana de lamas de madera pintadas de blanco daba al callejón de atrás.

—¿Llamamos?

—No sé. La verdad, no sé.

—Vamos a llamar. Por llamar no puede pasar nada.

—De acuerdo.

Pepito se situó a la salida del callejón para comprobar que nadie se acercara, aunque la otra esquina quedaba sin cubrir. El líder golpeó con los nudillos tímidamente la persiana. Nadie pareció escucharlo. Insistió, esta vez con un poco más de ímpetu. Tras unos instantes la persiana se descorrió un poquito y el cura asomó la cabecita por la rendija obligado por Angelito, que le había seguido con la escopeta en su espalda.

—¿Quién es? ¿Qué quiere?

El líder, sin contestarle, llamó elevando un poco la voz a Mariano y a Angelito. Al momento Angelito sacó la cabeza con la media puesta.

—No te asomes, gilipollas.

—Cono. ¿Y para qué llamas?

—Saca al cura de ahí que no quiero que me vea.

—Espera.

Pasados unos segundos, Angelito volvió a la ventana.

—¿Qué pasa?

—Eso digo yo, que qué pasa...

—Pues nada, que aquí no viene ni Dios.

—Ya lo veo. ¿Pero habéis llamado?

—Pues claro, cono, lo que pasa es que el cura no tiene teléfono y ha sido un cristo, pero llamar sí que hemos llamado. Hace ya dos horas.

Angelito detalló al líder los pormenores del secuestro, mostrando una inquietud preocupante. Se estaban poniendo nerviosos y no sabían qué hacer. El cura estaba tranquilo viendo que no parecían peligrosos, pero no sabían qué hacer, no sabían qué hacer...

—Pues metedle dos hostias para que vea que va en serio, y dejadnos hacer a nosotros. Seguid ahí, dame la lista de los teléfonos y dentro de una hora volveremos.

Así lo hicieron. El líder y Pepito marcharon en busca de un teléfono y se encargaron ellos de llamar a las redacciones de los medios de comunicación, uno por uno, no como había hecho Mariano anteriormente. Regresó este al cuarto de estar y sin mediar palabra le engatilló dos mandobles al cura que le dejó medio mareado.

—¿Pero qué haces, Angelito?

—Calla, que esto es así, si no qué mierda de secuestradores somos. Que vea que esto va en serio.

—No, si yo ya sé que va en serio, no hace falta que me peguen.

—Bueno, pues por si acaso.

Al cabo de, aproximadamente, media hora, Pepito y el líder regresaron a casa del cura y volvieron a comunicarse a través de la ventana.

—Ya está.

—¿Ya está qué?

—Que ya hemos llamado otra vez. Hay que esperar un rato y seguro que ahora vienen. Ahí os quedáis. Nosotros vamos a estar vigilando por los alrededores. No os pongáis nerviosos, que todo va a salir bien.

—¡Joder, yo estoy cagao!

—Que no, que no. Que esto va a ser un éxito.

Y se fueron.

Angelito y Mariano comenzaron a ponerse un poco más ansiosos de lo que ya estaban. Las medias se les pegaban a la cara por el sudor. Si el líder

había tenido más éxito que ellos y realmente los periodistas llegaban, ya no había marcha atrás. En sus más recónditos sentimientos, ambos deseaban que todo hubiese sido un fracaso. Se habrían marchado a casa y el cura se hubiese quedado allí, sin saber muy bien lo que le había sucedido. Pero no. Ya no había marcha atrás. Y, efectivamente, sus temores se cumplieron al cabo de un rato. Las sirenas rompieron con su estridencia la tranquilidad del barrio, la gente comenzó a arremolinarse alrededor de la casa. Lo vieron todo por una ranura de la ventana. Allí había cuatro o cinco coches de los grises, un furgón, una cámara de televisión y varios vehículos más sin identificar.

—¡Joder, Mariano, que esto ya está en marcha y va en serio!

Y Mariano hizo la señal de la cruz dos veces seguidas.

—Mariano, no hagas eso, que va a parecer que no somos formales.

Las sirenas callaron de repente. Alguien llamó a la puerta. Silencio. Llamaron de nuevo. Silencio.

—¿Qué hacemos?

—Ya voy yo.

Angelito se acercó a la entrada.

—¿Quién es?

—¿Cómo que quién es? La policía. Dejen de hacer el capullo y entréguense.

—No. Queremos hablar con los periodistas.

—Déjense de gilipolleces.

—Que no son gilipolleces, que nos cargamos al cura. Mariano, pega un tiro.

—Pero...

—Ni pero ni hostias, que pegues un tiro.

Y Mariano apretó el gatillo de su escopeta y el cartucho destrozó una esquina del techo. Se provocó una gran polvareda y el cura, con la niebla blanca de la escayola nevándole sobre la cabeza, comenzó a llorar.

—¡No me maten, por favor, no me maten!

—¡Calle, cono! Que no le vamos a matar, si es para asustar un poco.

Angelito se dirigió al policía que se encontraba al otro lado de la puerta.

—¿Qué? ¿Le matamos o no le matamos?

El poli pareció tomarse más en serio la faena.

—Vale. Un momento.

Pasados unos minutos otra voz habló desde fuera. Esta vez el tono era muchísimo más grave.

—Vamos a ver: ¿qué quieren?

—Queremos que entre la televisión, la radio y la prensa y después un helicóptero.

—¿Un helicóptero, un helicóptero? ¿Pero qué se han creído, que esto es Hollywood?

—Pues es lo que hay.

—Un momento.

Todo aparentaba ir sobre ruedas. El disparo contra el techo había conseguido dar a la situación el tinte de gravedad necesario y la policía parecía comenzar a tomarse la misión con la propiedad que merecía. Angelito y Mariano mantenían la calma. El líder y Pepito observaban, confundidos con la caterva, el desarrollo de los acontecimientos. La policía había rodeado el edificio y cualquier tipo de comunicación con el interior de la casa ya era imposible. Lo que hubiera de pasar lo tenían que gestionar solos Mariano y Angelito. Un grupo de policías hablaba con uno que iba vestido de paisano y que parecía ser quien llevaba la voz cantante. Otro grupo de grises iba haciendo que la gente arremolinada frente a la casa se retirara. Un policía llamó a varios periodistas que esperaban órdenes acurrucados junto al furgón. Charlaron durante unos minutos y de repente se fueron acompañados por varios policías más. Se perdieron por una calle frente a la casa mientras de nuevo el mismo agente que se había acercado la última vez a la puerta volvía a hacerlo.

—¡Oigan!

—Angelito contestó... ¿Qué?

—Que vale, que vienen los periodistas y la cámara de televisión, pero que no tenemos helicóptero, que además aquí no puede aterrizar, que es muy estrecho.

—Espere.

Angelito se dirigió a Mariano, que ya se había despojado de la media en la cara.

—¿Pero qué haces, por qué te quitas la media?

—Ya no podía más, joder, me estaba asfixiando. Con los nervios...

—Bueno, si la verdad ya da igual que nos vea este o que no nos vea. Estamos hasta el cuello.

Y él también se la quitó.

—¡Uf, qué alivio, hijo!

—Bueno, ¿qué pasa, qué dicen?

—Que no puede aterrizar el helicóptero.

—Y una mierda.

Y Mariano disparó esta vez contra la pared, levantando nuevamente una gran polvareda y haciendo un agujero que comunicaba con la cocina.

—¡Mi pared! —dijo el cura, echándose las manos a la cara.

—Mira a ver si ahora puede aterrizar.

Angelito se fue a la puerta donde el policía continuaba esperando.

—El próximo tiro va directamente a la cabeza del puto cura. ¿Hay helicóptero o no hay helicóptero?

—Espere.

Al instante, el policía regresó.

—Que sí, que hay helicóptero. Lo que pasa es que tendrá que ser de los pequeños y van a ir muy apretados.

—Da igual. Mariano, que sí hay helicóptero.

Todo parecía ir según lo previsto. Pepito y el líder vieron desde lejos cómo se aproximaba el grupo de los periodistas de nuevo hasta el furgón donde les esperaba el policía vestido de paisano. Tras hablar con él durante unos minutos, se pertrecharon de cámaras, micrófonos y cuadernos y se dirigieron a la puerta de la casa del cura, encabezados por el que estaba realizando las labores de interlocutor.

—Pepito, aquí hay algo que no me gusta. No sé qué es, pero algo no me gusta.

—¿El qué?

—No lo sé, no lo sé.

El policía se acercó a la puerta una vez más.

—¡Oigan!

—¿Qué?

—Van a pasar los periodistas.

Mariano y Angelito se miraron, esperando que alguno dijera algo. Qué hacer, cómo responder, qué actitud tomar. Dudaron unos segundos.

—¡Me van a matar! —gritó de repente el cura en un ataque de valentía.

—Cállese, hombre. No la lée, que no le va a pasar nada. A ver si a última hora la va a cagar y le tengo que volar la cabeza.

—Vale, vale, ya me callo.

—Ea, muy bien. Así, calladito. Vaya usted a la cocina y háganos una tortilla.

—¿Pero qué dice?

—¡Que nos haga una tortilla, cono, que le vuelo la cabeza!

—Voy, voy.

Mariano se quedó un tanto inquieto al ver la actitud que tomaba su compañero secuestrador. ¿Una tortilla? ¿En aquellas circunstancias y le apetecía una tortilla? Sintió por un instante que se estaban volviendo locos, que algún resorte les había saltado por la tensión de la situación y que de un momento a otro empezarían a cometer estupideces sin justificación, que podían llegar a ser fatales en un caso como el que les ocupaba, en el que cualquier movimiento en falso podía llegar a ser crucial.

—Por mí déjalo, Angelito, si yo hambre no tengo.

—Si es por quitárnoslo de en medio, que me estaba poniendo de los nervios.

—¡Solo hay dos huevos! —comentó el cura desde la cocina.

—Pues con los suyos ya son cuatro, que para lo que le sirven...

Rieron los dos secuestradores, lo que les ayudó a destensarse un poquito. Angelito se dirigió de nuevo a la puerta, donde el policía que estaba haciendo de interlocutor seguía esperando una respuesta.

—¡Oiga!

—¿Qué pasa?

—Que entren de uno en uno. Primero la tele.

—Entonces no puede ser uno, porque va el periodista, el cámara, el de sonido y el ayudante.

—¿Qué hacemos, Mariano?

—Que pasen.

—Vale, pues que pasen, pero sin trucos, que tengo encañonado al cura y le reviento los sesos a la mínima. ¿Y el helicóptero?

—Ya llega, ya llega. Es que viene desde Cuatro Vientos.

—Vale, vale.

—Abran la puerta tranquilos que van a pasar.

—Mariano, ponte la media, que por la tele sí que nos pueden reconocer.

La puerta se abrió lentamente. Fueron pasando los reporteros. El cura apareció en el umbral del cuarto de estar con un plato en las manos.

—Pues miren, al final había tres...

Todo sucedió muy deprisa. Los de la tele resultaron ser policías de paisano, que con rápidos movimientos, hay que reconocer que muy profesionales, y sin un solo disparo, redujeron a Angelito y a Mariano, que apenas tuvieron la más mínima oportunidad de defenderse y encarar sus escopetas. Allí mismo les propinaron una buena paliza, les esposaron y les sacaron de muy malos modos hasta el furgón aparcado en el exterior. Los dos

se miraban de soslayo, ambos lloraban de pena, miedo y frustración y en sus cabezas pensaron en los demás, en su fracaso...

—Gracias, Señor; gracias, Señor. Loado sea el Señor...

Y el cura también se echó a llorar, dejando que con cada lágrima se le marchara un poquito de la tensión y el temor que llevaba acumulados.

El líder y Pepito vieron cómo sacaban a sus compañeros a empujones. En ese momento no se pararon a lamentarse. Como flechas, salieron disparados hacia la casa donde los demás esperaban acontecimientos. Llegaron angustiados, acalorados por la carrera. El resto de los revolucionarios anticlericales, más nerviosos aún que los que tenían la información, solicitaron rápidamente novedades y, al recibirlas, una gran zozobra comenzó a perforarles el ánimo. Todos miraban al líder como esperando una reacción que no llegaba. Se miraban unos a otros, incrédulos, temblando, aunque en el fondo sus intuiciones más profundas les habían dicho hacía mucho tiempo que aquello que pretendían tenía pocos visos de verse culminado con éxito. Pero he aquí que ahora la realidad les daba su golpe más cruel directamente en el corazón de sus ensueños. Lo más seguro era que a Angelito y a Mariano, pobres víctimas desdichadas, les torturaran cruelmente, les retorcieran el ánimo hasta que el dolor les empujara a la verborrea y largaran por sus boquitas todo lo que supiesen, y más aún si afinaban sus captores los tormentos.

—Hay que huir. Tenemos que desaparecer del mapa.

—¿Y dónde nos vamos?

—No lo sé. Cada uno por un lado. Al monte, al extranjero, yo qué sé...

Nadie se movía. Todos sabían que el líder tenía razón. El tiempo había comenzado a correr en su contra y a cada instante el riesgo de caer también en las garras de los verdugos a sueldo del régimen era mayor.

—Venga, venga, todos fuera de aquí. Uno a uno, rápido. Yo me quedo a deshacerme de todo el material y todos los archivos que pueda haber. Lo quemaré y luego saldré por patas. Suerte, camaradas. Esto es un lapsus. Adiós. Hasta pronto. Seguimos en la lucha.

—¡Unos cojones!

—¡Joder, Juanjo! Tú siempre tan positivo y tan majo.

—Que te jodan.

—Y digo yo...

—Marcelino, hijo, tú no digas nada. Venga, ponte el abrigo y vete también.

Todos desaparecieron sin apenas despedirse. El miedo les obligó a olvidar los modales y las prisas les precipitaron en su huida. Pepito no fue a su casa, tampoco pasó por la funeraria, prefirió dar un respiro a su angustia y pasar antes por La Noblejana para serenar su inquietud con un par de lingotazos.

Quizá fuese la necesidad imperiosa de tirar de la nave familiar al comprobar que sus hijos, todos, remaban cada uno en la dirección que mejor le venía y que esta casi nunca coincidía con las preferencias de unos y otros, quizá fuese porque la energía la obtenía doña Lourdes del enojo y el disgusto, el caso fue que, de repente, le volvieron los bríos y sin que nadie pudiese explicarlo, ni siquiera el doctor que la visitaba día sí día no, todos fueron testigos de una mejoría sorprendente en su estado de salud. De nuevo llamaba a Rosario, la chica, para que le llevara manjares, de nuevo daba órdenes a diestro y siniestro y una vez más repasaba con Celsito el estado de las cuentas y se preocupaba por la marcha del negocio. El aire regresó fresco a sus pulmones y el sueño reparador le llegaba cada noche a su hora consiguiendo que, tras el auténtico descanso, comenzara las mañanas con verdadero aliento. Así, aquel día, tras engullir un plato de picatostes con azúcar y un tazón de café con leche, mandó llamar a Luisita y a Celsito junto a su cama. Ambos aparecieron sin hacerse esperar. Doña Lourdes les ordenó que se sentaran junto a ella y con un tono serio y decidido les indicó el modo en que iban a proceder para desbloquear el asunto de Luisita.

—Escuchadme bien los dos. Hay que hacer algo ya, porque dentro de nada a esta se le va a empezar a notar el bombo y cuando eso suceda, las murmuraciones ya no hay quien las pare. Así que, ¿de dónde decías que era el negro?

—Ay, mamá, no le llames así, por favor.

—Bueno, pues el padre de la criatura...

—De Guinea.

—Bien. Pues Celsito, te vas a ir a Guinea y vas a buscar a ese negro...

—¡Mamááááá!

—Vas a buscar al padre de la criatura y te lo traes de los pelos para que se case con tu hermana.

—Yo no puedo ir, mamá.

—¿Cómo que no puedes ir?

—No, por favor, no. Habrá que ir en avión y yo no me monto en una cosa de esas. Por favor te lo pido, mamá. Se lo podemos decir a Lucas o a Pepito, pero yo no, por favor, por favor...

Y se puso a gemir como un niño pequeño.

—Vale ya, Celsito. No llores que pareces un mariquita. Si no quieres, no vayas, pero eso significa que se lo tendremos que contar a vuestros hermanos.

—Antes o después se iban a enterar, o sea que...

—Muy bien. Pues que vengan.

Celsito se acercó al piso de Lucas y Pepito. Ambos dormían los excesos de la noche, así que el hermano mayor tuvo, prácticamente, que tirarles de la cama. Una vez despabilados y vestidos acompañaron a Celsito hasta la casa materna. Con los ojos enrojecidos y la cabeza embotada se dispusieron a escuchar lo que su madre tenía que decirles. A medida que doña Lourdes iba avanzando en el relato de la historia de Luisita, el abotargamiento se les iba pasando y la sorpresa iba despejando sus sentidos a bofetadas. Luisita, tremendamente avergonzada, sufría de nuevo la humillación de la confesión pública y no le dolió menos que la primera vez. Cada reproche fraternal le hería el alma como una daga afilada y poco a poco se fue desmoronando. Solicitó permiso a su madre para ausentarse y dejar, una vez que la historia ya era conocida por todos, que fuesen ellos quienes decidieran el camino que habría de emprender para su oscuro futuro.

—Y así está el tema. Así que necesito un voluntario entre vosotros dos que quiera montarse en un avión y traer al negro de los pelos para que se case con vuestra hermana.

—¿Y si no quiere?

—Si no quiere, el que vaya le agarra de los huevos y se lo trae a rastras. Prefiero un yerno negro que una hija soltera y madre en el mundo. Lo primero sería centro de las mofas de la gente, lo segundo significaría acabar con el buen nombre de esta familia.

—Bueno, mamá, tan buen nombre... Que tampoco es que en esta casa hayamos sido santos.

—Santos, no, pero honrados y trabajadores, sí. Y las mujeres siempre hemos sido unas señoras.

—Eso sí.

—Pues hala. ¿Quién va?

Lucas miró a Pepito y este pensó que desaparecer durante un tiempo no le vendría nada mal. Como había dicho el líder de su grupo tras el fracaso de la empresa revolucionaria, lo mejor era que se quitaran de en medio todos los miembros de la organización por si Angelito y Mariano cantaban la Traviata.

—Yo iré.

—Muy bien. Pues vete a una agencia de viajes, habla con tu hermana para que te dé los datos del negro y te diga dónde le puedes encontrar, sácate el

pasaporte y a volar. Y tú, Celsito, saca dinero de la caja fuerte y dáselo a tu hermano para que duerma en un buen hotel y todo eso, que el dinero está para las circunstancias. Hale, dejadme sola, que estoy cansada. ¡Rosarioooooooooo, tráeme unas anchoas!

Luisita ya no sabía si quería que regresase Edgar o no. Al fin y al cabo, un hombre que sale huyendo y abandona sus responsabilidades no parecía un buen negocio para un futuro común. Un hombre que ya le había demostrado que no la quería como ella suponía no constituía garantía de éxito para la tarea de formar una familia. Pero la vida se empeñaba en hacer mártir a la mujer, en hacerla sufridora silenciosa y estera a la que los golpes, por constantes, llegan a encallecer. Sí, quizá eso era lo mejor: que Edgar volviese y se corriera una cortina de dignidad a costa de una relación sin amor. Al fin y al cabo, no iba a ser la primera ni la última que pasara su existencia llenando sus días de apariencia nada más.

Pepito tardó varios días en gestionar todos los requisitos necesarios para el viaje a pesar de que, gracias a algunas influencias, el pasaporte se lo consiguió mucho antes de lo que normalmente era habitual. Se tuvo que poner mil vacunas. Algunas de ellas le hicieron reacción y tuvo que pasar algunos días en cama, trastocado, con fiebre y con síntomas griposos. Ya recuperado y con el billete de avión en la cartera, marchó acompañado por Lucas en el coche funerario hasta el aeropuerto. Ultimamente su vida se asemejaba más a la del protagonista de una película de acción americana que a la de un hombre de barrio, español y exseminarista. Marchó sin saber qué consecuencias había tenido la detención de sus compañeros correligionarios anticlericales, pero de momento al menos nada se había escuchado al respecto. No parecía haber habido complicaciones para el resto de los miembros del grupo. De todos modos, él se sentía feliz alejándose del peligro. Antes de subir al avión Pepito estaba nervioso, muy nervioso. ¿Cómo era posible que aquel artefacto, que debía de pesar miles de kilos, se mantuviese en el aire sin caer como una piedra? No lo pudo evitar. Antes de subir por las escalerillas, se persignó.

El vuelo fue un poco movidito. Pepito estuvo a punto de gritar socorro en varias ocasiones, pero la vergüenza y la tranquilidad con la que veía comportarse a las azafatas y al resto del pasaje le hicieron desistir. Cuando el avión tomó tierra en el aeropuerto, sintió una tremenda relajación; tanta que al ponerse en pie a punto estuvo de caer al suelo de la flojera que le había entrado tras tanto tiempo de tensión soportada. Ya en la ciudad, dirigiéndose en un taxi hasta su hotel, Pepito parecía estar viviendo un sueño. Le faltaban ojos para contemplar todo cuanto pasaba por delante de él. Como en la

pantalla de un cine, a través de la ventanilla, las imágenes de aquella gente tan negra, tanto color, los edificios tan diferentes a los de Madrid, las palmeras, el calor tórrido que se pegaba a la frente y a la espalda, pegajoso, denso... Llegó a la puerta de su hotel. Un joven negro con uniforme de general decimonónico, con cordones dorados colgándole de la pechera como los de las cortinas del cuarto de su madre, le abrió la puerta del taxi, le dio la bienvenida y se quedó con su maleta. Al principio dudó si quitársela de la mano por miedo a que se la fuese a quedar, pero al instante se dio cuenta de su necedad ignorante y suspicaz. El *hall* del hotel era un continuo ir y venir de chicos con maletas seguidos de hombres de trajes claros. Al fondo, una barra de bar donde un camarero negro como el carbón agitaba una coctelera con ritmo tropical ante un par de señoritas, también negras, que mirando hacia el patio central sonreían constantemente sin tener motivo aparente. Pepito vivía dentro de una película sin argumento, pero se sentía como el protagonista. Se acercó a la recepción para registrarse. Todo el mundo sonreía. Eran de una amabilidad ilimitada. Un chico de uniforme verde con grandes botones dorados tomó su maleta, él le siguió hasta el ascensor. Llegaron a la habitación, Pepito le dio una propina, porque eso sí que lo había visto en las películas. El chico miró la moneda, hizo una mueca y se retiró disgustado. Sobre la cama, un ventilador de aspas gigantes giraba lento. La luz inundaba de una claridad deslumbrante toda la estancia. Abrió el balcón, se asomó y así, empapándose de asombro, permaneció durante un buen rato hasta que cayó en la cuenta de que no era turismo lo que le había hecho llegar hasta allí. Deshizo su maleta, se dio una ducha y se dispuso a salir en busca del insensato cerdo que había preñado a Luisita.

El único que nada sabía del embarazo familiar era Segundo. Él, que fue el que descubriera la relación, era en cambio quien permanecía ajeno a tal circunstancia. Pero Segundo andaba con otras preocupaciones, dándole vueltas a otros intereses. Tiempo atrás, cuando doña Lourdes les descubriera viendo el combate de Legra en la televisión, había asistido oculto tras la puerta de la habitación al traspaso de poderes económicos de la madre al hijo mayor. Ya sabía él que quien manejaba ahora los dineros familiares era Celsito. Aquella obsesión suya por hacerse con caudales parecía ser una invariable intención constante que le llevaba a aventurarse por los más escabrosos vericuetos. Ya le había salido el tiro por la culata con Luisita. El chantaje quedó en tentativa y no obtuvo rédito ninguno. Pero lo que llevaba maquinando desde el día en que escuchó a doña Lourdes contarle a Celsito dónde estaba escrita la combinación de la caja fuerte debía ser su golpe

decisivo. Solamente necesitaría un poco de suerte, un poco de astucia, un poco de arrojo y tiempo. Sabía que la combinación estaba en el misal de doña Lourdes. Las cifras estaban marcadas en la numeración de las páginas del librito y las llaves las debía de guardar Celsito en su habitación. Esperaría a que este saliese de casa y se dedicaría a buscarlas. Ese fin de semana no hubo ningún servicio, con lo que Celsito no se tuvo que ausentar. Luisita no salía prácticamente de su habitación, así que no suponía un obstáculo. Durante la comida vio Segundo el cielo abierto. Luisita, mustia y gorda, porque había engordado, Celsito y el propio Segundo, sentados a la mesa, sin hablar, engullían el cocido que Rosario, la chica, había preparado. A los postres, apurando las últimas cucharadas del arroz con leche que tanto le gustaba, Celsito comentó que esa tarde pensaba ir al canódromo con Lucas y le propuso a Segundo que les acompañase si quería. Era perfecto. Se iría y además sacaría dinero de la caja fuerte. Si conseguía meterse en su habitación y ocultarse, averiguaría dónde escondía las llaves. ¿Pero cuándo? Celsito solía echarse una siestecilla todos los sábados en el sillón del cuarto de estar. Sería en ese momento cuando aprovecharía para introducirse en su dormitorio y ocultarse bajo la cama. Ahora tendría que buscar una excusa para no acompañarles al canódromo.

—No puedo, Celsito, me han puesto deberes y tengo que acabarlos si no quiero que me suspendan.

—En ese caso, el deber es el deber.

—Por cierto, ¿me puedes dar un duro? Tengo que comprar un cuaderno.

Luisita le miró con cara de asco.

—Toma.

Ya estaba hecho. No le echaría en falta cuando se despertara de la siesta porque creería que había ido a comprar el cuaderno. En realidad estaría escondido en su propia habitación. Al terminar el almuerzo Luisita se levantó como un alma en pena y, sin despedirse, se dirigió a su retiro. Celsito se desparramó en el sillón de orejas, acercó una silla para reposar las piernas, se tapó la barriga con la mantita de cuadros y comenzó a roncar inmediatamente. Segundo dejó pasar un tiempo prudencial y buscando un testigo inocente comunicó a Rosario, la chica, que se encontraba fregando en la cocina, que se marchaba a la calle para comprar el cuaderno.

—Rosario, me voy a la calle.

—¿Dónde vas a estas horas? Reposa un poco la comida, hijo.

—No, no, que tengo que comprar un cuaderno para los deberes.

—¿Un cuaderno a las tres y media? Pero si está todo cerrado. Ya sé yo dónde vas... A fumar. Anda, golfete, que ya nos conocemos. Anda, que no te huele la ropa a tabaco...

Segundo no le llevó la contraria. Dejó que creyera que iba al puesto de pipas a comprar un cigarrillo y con las mismas aparentó salir de la casa. Dio un pequeño portazo, lo suficientemente fuerte como para que Rosario, la chica, creyera que había salido y lo suficientemente flojo como para no despertar a Celsito, que aún babeaba en el sillón. Con sigilo, atravesó el pasillo, cruzó por delante de la puerta de Luisita, que se encontraba cerrada, abrió silenciosamente la del cuarto de Celsito y se escondió bajo la ancha cama de matrimonio. Allí permaneció inmóvil durante más de una hora. De pronto oyó a su medio hermano hablar tras la puerta. Doña Lourdes le reclamaba. Celsito estaba comentando desde el pasillo, en voz alta, que se marchaba un rato con Lucas al canódromo y que si necesitaba algo estaban Luisita y Segundo en casa. Que el chico se había ido a comprar un cuaderno para los deberes y que volvería pronto. Entró Celsito a su habitación, pero no buscó las llaves de la caja. Debía, el muy cabrón, de disponer de dinero contante y sonante y no le había sido necesario sacar más. Cuando Segundo se supo solo, salió de su escondrijo y rebuscó cajón por cajón, rincón por rincón, las llaves ansiadas. Nada. No aparecieron, pero bajo la ropa de caza Segundo encontró una pequeña cajita de caudales metálica. La agitó con el fin de comprobar si podía averiguar su contenido. El tintineo parecía indicar que las llaves estaban allí, pero de la llave de la cajita, ni rastro. Buscó y buscó, puso la habitación patas arriba hasta que desistió en el intento. Lo más probable era que Celsito llevase la llave con él en el mismo llavero que portaba las de casa. Tendría que esperar a otro momento. Una vez que consiguiera abrir aquella cajita, lo demás, lo de hacerse con el tesoro, ya lo tenía pensado y maquinado.

Los dos detenidos cantaron. Vaya que si cantaron. Ahora la policía andaba detrás de los demás miembros de la banda y eso significaba que Pepito ya no solamente era sospechoso de un delito, sino, posiblemente, de dos. Lo más probable era que la policía le relacionase también con la desaparición de don Anselmo. Con lo bien que les había salido lo de deshacerse del cuerpo, que era lo más difícil... La policía fue localizando y deteniendo a todos los miembros del grupo revolucionario anticlerical acusados de asociación ilícita, secuestro y un buen número de cargos más, de esos que suelen ir asociados a un solo quebrantamiento legal. El único que por el momento se encontraba en paradero desconocido era él. La policía se presentó en la funeraria una

mañana. Los dos mismos inspectores que habían interrogado a la familia la vez anterior, volvieron, y esta vez con menos modales. Celsito, que creía estar escuchando una historia de ciencia ficción cuando la policía le relató el porqué de sus pesquisas, lo único que dijo fue que su hermano hacía tiempo que se había ido y que no había dicho adonde, y como si todos se hubiesen puesto de acuerdo, uno por uno, fueron corroborando esa primera declaración. Incluso Luisita. Todos menos doña Lourdes, que tras la repentina recuperación que había experimentado unos días atrás, recibió tal mazazo emocional que de nuevo cayó en un estado de letargo del que ya no se repondría.

—Señora, que está aquí la policía otra vez, que quieren hablar con usted.

—Pues que pasen.

—Buenos días, señora. Perdone que la molestemos otra vez.

Le hicieron el relato completo de sus sospechas y le preguntaron, sin rodeos, por el paradero de su hijo. Doña Lourdes, poco a poco, fue congestionándose, respirando con mayor dificultad, hasta que a punto de perder el conocimiento dijo entre dientes algo ininteligible y no volvió a abrir los ojos.

—¿Has entendido lo que ha dicho? ¡Señora, señora, repita, por favor...!

—Me parece que ha dicho que está en Almería.

—¿En Almería? Señora, ¿ha dicho que está en Almería?

Pero doña Lourdes no volvió a responder. Sus últimas energías habían caducado. Ni siquiera pudo escuchar esa última interpelación. Se apagó sin más.

Llegó el médico, certificó el estado crítico en el que había quedado la enferma y una ambulancia la trasladó al hospital. Se desparramaba por los bordes de la camilla cuando los enfermeros la bajaron, con gran dificultad, por la estrecha escalera del piso superior. Los inspectores la visitaron día tras día con la esperanza de que recuperara la razón y de intentar sacarle más información, pero doña Lourdes ya se había retirado del mundo consciente. Su corazón seguía latiendo, pero su alma se había negado a asimilar más disgustos. Tras el traslado de doña Lourdes al hospital, la policía recomendó a los demás miembros de la familia que no se les ocurriera perderse de vista. Celsito les dijo que tenían que seguir trabajando y turnarse para pasar la noche en el hospital junto a su madre, y que si además tenían que hacer algún servicio estarían obligados a ir y venir.

—Muy bien. Pues háganlo, pero solo del cementerio a la funeraria y de la funeraria al cementerio, de casa al hospital y del hospital a casa.

—¿Y nada más?

—Nada más.

—¡Joder! ¿Y para comprar la comida y tomar un chato?

—No salgan del barrio. Esto no es ninguna broma, caballeros. Pueden ser cómplices de cargos muy serios y no creo que quieran pasar el resto de sus días a la sombra.

—Pues no.

—Pues eso. Y recuerden que nosotros somos de una eficacia que asombra. ¿Verdad, Bermúdez?

—Ya te digo.

—Ya.

—Pues eso.

Esa misma noche Celsito reunió a lo que quedaba de familia, menos a Segundo, que permanecía en el internado ajeno a todo. El hermano mayor habló solemne y serio. Luisita continuaba como indiferente a todo. Parecía que lo que sucediese a su alrededor le pasaba por el ánimo sin rozarle apenas, como si el mundo girase en una dimensión mientras ella deambulaba por otra muy alejada. Aun así, asistió al cónclave.

—Yo no quiero saber si lo de Pepito es verdad o mentira. Yo no quiero saber si tiene algo que ver con la desaparición de don Anselmo o si pertenecía a un grupo terrorista, solamente sé que es nuestro hermano y que le queremos y que si cometió esa locura es nuestra obligación protegerle. ¿A alguien se le ocurre algo?

—A mí.

—Pues suéltalo.

—Es que ya no me acuerdo. Se me ha ocurrido una cosa, pero se me ha ido.

—Joder, Lucas, pareces gilipollas.

—¡Ah, ya!

—Hay que avisar a Pepito.

—No te jode. ¿Y cómo?

—Eso ya no lo sé.

Luisita pareció tener un fogonazo de lucidez. Sin cambiar el gesto sombrío ni el semblante agrio, habló sin entusiasmo.

—Pues habrá que utilizar a un emisario.

—¿A quién? ¿A Segundo?

—No, ese es un cabrón y un delincuente que aprovecharía cualquier circunstancia para chantajearnos. Y sé, perfectamente, de lo que hablo.

—¿Qué dices?

—Bueno, esa es otra historia que ya os contaré en su día. Lo que podemos hacer es decírselo a Asun, mi amiga de la catequesis. No tenemos por qué contarle nada. Lo único que debemos hacer es convencerla para que deje un mensaje a Pepito en el hotel o donde leches esté.

—Bien pensado, Luisita. Y yo que siempre creí que eras medio imbécil.

—¡Capullo!

—Ya vale.

—Vamos a tener un problema. Seguramente nuestros teléfonos estarán intervenidos, así que no vamos a poder llamar a Asun desde aquí, si no, sería muy fácil que nosotros mismos le dejásemos un aviso en el hotel directamente y no nos la podemos jugar, porque nos estarán vigilando.

—Claro.

—Lo mejor es que yo vaya a la catequesis. Eso no puede ser sospechoso. Llevo haciéndolo muchos años. Allí le contaré a Asun que necesito que me haga un favor. Le entrego un papel con el mensaje que queremos que dé a Pepito, el nombre del hotel donde se aloja, que le llame ella y ya está. Ya me encargaré yo de hacerlo con disimulo.

—¿Y qué pasa con tu novio?

—Lo que tenía que pasar con él ya pasó. Y recemos para que Pepito no le localice antes de tiempo.

—Luisita, eres una delincuente encantadora.

—Dejadme en paz.

Y se retiró a su habitación.

Pero no hizo falta que Luisita volviese a la catequesis. Esa misma noche, cuando llegó al hospital para acompañar a su madre, los médicos le comunicaron el fallecimiento de doña Lourdes. Le había resultado imposible encajar ese nuevo golpe. Su debilidad no había soportado una tragedia más. Siempre había sido una mujer preparada para llevar una vida dura, de esas mujeres capaces de mantener el tipo ante los avatares con los que la vida golpea sin avisar. Había sufrido una guerra, la pérdida de seres queridos, la traición marital, la enfermedad... Pero los últimos disgustos familiares la habían pillado con la guardia baja y cansada, muy cansada. El esfuerzo postrero lo había hecho por su hija. Su carácter se había impuesto a su dolencia, pero estando como estaba, pendiendo de un hilo frágil su entereza, esa nueva tragedia había terminado con ella. Luisita no lloró. Pidió que le dejaran llamar por teléfono a su casa, comunicó a sus hermanos el desenlace y se sentó en una sala del hospital sola, sin más compañía que su desamparo.

Increíblemente, llegaron los inspectores antes que los hermanos. Era una prueba evidente de que el teléfono de la funeraria estaba intervenido. Cumplieron con el trámite del pésame fríamente y permanecieron en pie, en guardia, husmeando... Trasladaron el cadáver de doña Lourdes a la funeraria para que el duelo tuviese un carácter más íntimo, para que los amigos de la familia pudiesen pasar a dar el pésame y despedirse de la difunta. Allí, en la intimidad de su habitación, fue donde Luisita habló con Asun y le entregó el mensaje.

—Lo siento mucho, Luisita. ¡Vaya racha llevamos!

—Será que vaya racha llevo yo...

—Bueno, a eso me refería, pero a mí, como amiga, también me afecta.

—Gracias, Asun, lo sé. Escucha, necesito que me hagas un gran favor. Quizá el favor más grande que jamás te he pedido y que te pediré.

—Dime, dime, que me asustas.

—No te asustes. Solamente quiero que hagas una llamada de teléfono.

—¿Solo es eso?

—Sí, pero es muy muy importante. Tienes que poner una conferencia a Guinea y darle un mensaje a mi hermano Pepito.

—¿Pepito está en Guinea?

—Sí, se fue a buscar a Edgar.

—¡Ah!

—Bueno. ¿Lo harás?

—¡Jolín, a Guinea...! Eso debe de salir carísimo. ¿Y por qué no lo haces tú desde aquí?

—No puedo. Ya te lo contaré más adelante, y por el dinero de la conferencia no te preocupes que yo te la pagaré.

Luisita le entregó una cuartilla manuscrita con el mensaje y el número del hotel Bahía, donde se alojaba su hermano, dentro de un sobre. Volvieron a entrar en el cuarto donde su madre yacía rodeada de adioses, lágrimas y flores.

Segundo llegó desde el internado, donde le comunicaron el fallecimiento de doña Lourdes y le dieron permiso para ausentarse durante algunos días. Un poquito compungido, dio un abrazo a Celsito y a Lucas y un beso de refilón a Luisita, que, dadas las circunstancias, lo aceptó. Al día siguiente, en el entierro, la iglesia del cementerio parroquial se encontraba abarrotada. La familia de la funeraria era muy popular y querida en todo el barrio. Incluso se acercó a dar el último adiós a doña Lourdes el propio Pedrón, tan débil y a punto de caramelo como estaba. Tras el sepelio, los hermanos regresaron a

casa acompañados por los más íntimos y permanecieron en el cuarto de estar charlando y recordando momentos de la vida de la difunta. A Segundo no se le pasó por alto el lugar donde Celsito había dejado las llaves al regresar. A pesar del suceso triste y el ambiente compungido que rodeaba a la familia, él no desvió, ni por un instante, el propósito que le tenía completamente obsesionado: hacerse con el dinero de la caja de caudales. A la vuelta del cementerio, Celsito había dejado el coche fúnebre en el garaje, pero el resto de la familia aguardaba a que él abriera la puerta de la casa desde dentro. Una vez que todos entraron, Celsito dejó el llavero en la cerradura, dio dos vueltas al cerrojo y subió a la vivienda seguido de todos los demás. Rosario, la chica, había preparado algo frugal para comer. Sin apetito, almorzaron en casi total silencio. Tras el postre, Celsito y Luisita marcharon a su habitación y Lucas a su piso. La noche pasada en vela y los acontecimientos les habían dejado molidos. Segundo aguardó un tiempo prudencial para asegurarse de que todos dormían, y cuando los ronquidos atravesaban las paredes como ruidosos fantasmas de viento, fue cuando decidió bajar, con sigilo, hasta la puerta de la calle y apoderarse del llavero. Tenía que sacar tiempo de alguna manera para conseguir hacer una copia. Salió a la calle con todo el manojo en el bolsillo, como los serenos pero de día, sin chuzo y sin ánimo vigilante. Llegó hasta el mercado, que era el lugar más cercano que él conocía donde podrían hacerle una copia, pero la tienda del cerrajero estaba cerrada. Compró dos cigarrillos sueltos en el quiosco de pipas. Fumó uno. Fumó dos. Las cinco y diez de la tarde. Un señor con bigote y la cara picada de viruela levantó por fin el cierre metálico del local. Segundo entró tras él.

—¿Me pude hacer una copia de esta llavecita?

—Claro, chaval. Un momento, que me pongo el delantal.

A los pocos minutos Segundo llegaba a casa con su copia perfectamente hecha y la ansiedad latiéndole en el pecho por si alguno de sus medio hermanos estaba ya despierto y había intentado salir. Pero la suerte, una vez más, le había sonreído. Los ronquidos de Celsito seguían haciendo crujir las puertas y Luisita tampoco daba señales de vida. Volvió a dejar el llavero en la cerradura de la puerta y se apalancó en la que fuera la habitación de doña Lourdes a ver la televisión. La puerta del cuarto de Luisita chirrió y los pasos se acercaron hacia donde el chico se encontraba. Una sombra negra le habló desde la puerta.

—Apaga eso inmediatamente. En esta casa estamos de luto.

Segundo obedeció sin pestañear y salió de la estancia con gesto de perdón.

Asun, desde el teléfono de su casa, pidió a la operadora que le pusiera una conferencia con el hotel de Fernando Poo donde se encontraba alojado Pepito. La comunicación tardó en llegar. Las líneas no eran buenas. Al cabo de unos minutos escuchó la voz de la mujer que le decía:

—Hable.

—¿Oiga? ¿Oiga? ¿Me oye? Quería hablar con la habitación de don José Luis Marqués, que está alojado en ese hotel.

Entre el rugido constante de la línea, Asun pareció entender que la voz de la señorita que le hablaba desde el otro lado le decía que el señor Marqués no se encontraba en esos momentos en el hotel, pero que si lo deseaba le podía dejar un mensaje. Y entendió bien, porque era, exactamente, lo que la recepcionista le acababa de comunicar.

—Sí, pues le dice, por favor, lo siguiente: «Soy Luisita. No vengas por aquí. Vete. Todo fatal. Olvídate de mi novio. Mamá ha muerto, pero tú esfúmate. Ya hablaremos».

¿Lo tiene?

—Sí, le repito: «Luisita, no vengas por aquí...».

—No, no. Espere. No es así. Es: «Soy Luisita. No vengas por aquí...».

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Que sí, ya lo apunto bien.

Y así, poco a poco, elevando la voz para corregir los errores en la recepción del mensaje, Asun pudo dejar a Pepito la información y, posteriormente, con el favor encomendado cumplido, acudió a casa de su amiga para darle la noticia de que su encargo había sido realizado con éxito.

Pepito llegó al hotel muy cansado y algo deprimido. Por fin, después de tanta pesquisa, había logrado dar con el paradero del novio de su hermana. Durante algunos días estuvo indagando, yendo de un lado para otro con el calor soldado a la espalda. Con un poco de astucia, otro tanto de persuasión y algún billete, consiguió que uno de los empleados de la oficina a la que pertenecía Edgar le diera su dirección, porque, según le informaron, tenía unos días de permiso. Allí se plantó. Era una casa blanca, como el resto de los edificios que la rodeaban, de dos pisos, cerca del muelle viejo de Santa Isabel. Olía a sal y a mar. Frente a la casa, unos niños jugaban en medio de la calle desierta y mal asfaltada, sin coches, sin sombras. Llamó a la puerta. Mientras esperaba a que alguien abriese escuchó la voz de una mujer regañando a grito pelao a un niño pequeño que lloraba.

—Hola, perdone que la moleste, vengo buscando a Edgar.

—¿Para qué le busca?

—Tengo que darle un recado. Es cuestión del trabajo, nada urgente pero importante. ¿Sabe a qué hora llegará?

—Tarde, sobre las ocho.

—Muy bien. ¿Le importa que vuelva entonces?

—No, no. Vuelva usted. No hay problema...

Se asomó el niño, negrito y regordete como un bombón, se agarró a la falda de su madre y comenzó a tirar de ella. Se llevó un revés propinado sin mirar y cayó de culo. Rompió en un llanto histriónico, momento que aprovechó Pepito para dar las gracias y despedirse, no sin antes realizar una última pregunta:

—Bueno, pues gracias y hasta luego. Por cierto, ¿es usted hermana de Edgar?

—¿Hermana? ¿Qué hermana? Soy su esposa.

—Ah, perdón de nuevo.

El muy cabrón estaba casado. Por eso había salido huyendo. Debería comunicar la noticia a Luisita, pero se debatía entre hacerlo inmediatamente mediante una llamada de teléfono o esperar a estar de nuevo en Madrid. En esos pensamientos andaba cuando llegó al hotel y solicitó la llave de su habitación a la recepcionista.

—¿Me da la llave de la sesenta y cuatro, por favor?

—Sí, aquí tiene. Por cierto, hay un mensaje para usted. Le han llamado desde España.

Pepito abrió el sobre mientras subía el único tramo de escalera que separaba el pasillo de su habitación del *hall*. A medida que iba leyendo el escueto mensaje, una mezcla de congoja, angustia y pena se fue apoderando de él. Entró en su cuarto. Se tumbó en la cama. Le costaba respirar y los latidos del corazón se le dispararon haciéndole temblar. Notó un ligero cosquilleo en las manos, que al poco se le quedaron entumecidas. Los temores se le multiplicaban en la cabeza. La incertidumbre, la imaginación ante los posibles peligros que podía estar corriendo sin saberlo, la sensación de aflicción por el fallecimiento de su madre... Un ir y venir de conjeturas, interpretadas desde la irreflexión y una apremiante angustia, le fueron acongojando. Y ese calor ridiculizando, pertinaz, el tímido airecillo que daban las aspas del ventilador blanco, que giraba inútil en el techo... Se acurrucó hecho un ovillo sobre la colcha de su cama.

A la mañana siguiente, olvidándose por completo del motivo que le había llevado hasta allí, pagó la cuenta del hotel y salió con su maleta en dirección a

ningún lugar concreto. Aún le quedaba bastante dinero en la cartera. Mientras tomaba un café que le inyectara un poco de vida en las venas miró hacia el mar. Pidió la cuenta repentinamente, pagó y salió escopetado hacia el puerto. Atracado en el muelle, un barco grande, lleno de esperanza, con el nombre de Dómine escrito en el casco, le ofrecía la oportunidad de escapada que buscaba. Y así fue. El barco hacía varias escalas antes de llegar a la Península y en una de ellas Pepito pensó que podía estar la solución a sus problemas. El barco zarparía ese mismo día, pero aún le quedaban unas horas para rematar algún asuntillo pendiente. Dejó su maleta en la consigna del puerto y se dirigió de nuevo a la casa de Edgar, el novio infiel y traidor de su hermana Luisita. De nuevo al otro lado de la puerta se escuchaba la voz chillona del niño. De nuevo la voz de la madre gritándole. Esta vez no fue ella quien abrió la puerta, fue el propio Edgar.

—Hola. ¿Qué quiere usted?

—¿Eres Edgar?

—Sí. ¿Y usted?

—Yo soy el hermano de la pobre infeliz a la que has dejado preñada en Madrid, hijo de puta.

Edgar entonces cerró la puerta tras de sí y quedaron los dos hombres solos en la calle.

—No sé de qué me está hablando...

—¿Ah, no? Lo sabes perfectamente, cabrón. Le has destrozado la vida a una buena chica. ¿Qué va a hacer ahora con un hijo negro y soltera? Debería matarte aquí mismo.

—Pues adelante.

—No te mato porque... porque... ¿A que te mato?

—Venga, mátame.

—¡Que te mato...!

Edgar se dio la vuelta dispuesto a entrar de nuevo en su casa. Pepito le dio un golpecito en el hombro, Edgar se volvió desafiante y en ese momento notó el ímpetu de una patada certera y potente que le provocó un intensísimo dolor. De aquel ataque con espachurramiento testicular como consecuencia no hubo testigos. La calle estaba desierta y Pepito, tras rematar la faena con un taconazo en la nariz de su víctima, se marchó de allí caminando despacio, satisfecho, sin miedo.

Hizo tiempo hasta el momento del embarque paseando por los alrededores del puerto de Santa Isabel. Sus pensamientos oscilaban entre comunicar a su familia los sucesos ocurridos y la decisión que había tomado referente a su

propio futuro o desaparecer sin dar una sola pista y dejar que sus hermanos únicamente le echaran de menos. Eso haría. Si la situación estaba tan delicada como parecía interpretarse en el mensaje de Luisita, lo mejor sería desvanecerse sin más y en el futuro, cuando todo se hubiese relajado, ya vería el momento y el medio de ponerse en contacto con ellos. Mientras ascendía por la rampa de embarque no miró hacia atrás. Dejó la maleta en su camarote de segunda categoría e inmediatamente salió a cubierta. La isla le despedía con una ligera brisa ardiente. Apuró las últimas caladas de su cigarrillo hasta casi quemarse los labios; se sentía inquieto, un tanto perdido, notó cómo algo blando y húmedo le golpeaba la cabeza, pasó su mano por el escaso pelo que cubría su coronilla y se pringó con los restos de una cagada de gaviota. «¡Qué bonita la primera experiencia marinera! ¡Su puta madre!», pensó.

Al poco de zarpar comenzó a sentir los primeros mareos. La cabeza le pesaba como si se le hubiese llenado de arena y era incapaz de fijar la vista. Vómito tras vómito pasó las primeras tres horas de navegación hasta que no le quedó ni bilis por expulsar. Aunque tanto vaivén le seguía provocando continuas arcadas, únicamente conseguía irritar su garganta y arrojar maldiciones. De vez en cuando salía hasta la cubierta para que el aire le aliviara los malestares y así se pasó casi toda la larga travesía: de la cubierta al camarote, del cuarto de baño a la cama y de la cama a la cubierta. Al menos pensaba que de ese modo no le quedaba tiempo para preocuparse por nada más. La visión del puerto de Las Palmas le reconfortó tremendamente, pero cuando llegó a tierra el mareo continuó durante varias horas más. Sentía el suelo bambolearse a sus pies, meciéndose y provocándole una horrible sensación de inestabilidad. Sin salir del propio puerto buscó un local en el que reponer fuerzas. En un barucho marinero, donde el olor a brea y malecón inundaba todo el local, pidió una manzanilla. Le abrió el líquido calentito las ganas y así a lo tonto, a lo tonto, se dio cuenta de que el hambre se subía encima del malestar y se metió para el cuerpo un bocadillo de sardinas en aceite y dos cañas de vino. Con el estómago lleno y las fuerzas recobradas se encaminó al edificio de las oficinas portuarias. Compró un billete para un pequeño barco, el Viera y Clavijo, que le llevaría hasta El Aaiún, donde si todo le salía según lo que había previsto pondría fin a su periplo salvador. Ni siquiera tuvo en cuenta la tortura marítima que le provocaría la nueva travesía. Pensó entonces en su casa, en su gente, en sus cómplices, su hermana, su madre... Todo le resultaba extrañamente lejano en el tiempo a pesar de que hacía tan solo unos días que había emprendido aquel viaje.

En la funeraria, por primera vez en mucho tiempo, el ambiente que reinaba era acorde con lo que se espera de un negocio así. Caras mustias en los rostros de los pocos que quedaban, demasiado silencio y tensión sin apaciguar. Celsito y Lucas, sentados en la mesa del despacho, intentaban encontrar una solución para el problema del embarazo de su hermana o más bien una salida que pudiese dejar la reputación de la familia sin mácula. Los deseos de Luisita eran lo de menos. Ella provocó la situación, ella debería ser quien sufriera todas las consecuencias. Su madre, doña Lourdes, habría actuado de igual modo y siempre dejó claro ante todos que el hermano mayor debía ser quien llevara las riendas de la casa, tomase las decisiones y administrase los caudales.

Desde hacía muchos años los miembros de la familia que continuaban con la afición a la caza, como el propio Celsito, mantenían una estupenda y estrecha relación con otra familia de un pueblo de Ávila, Candeleda, donde se encontraba el coto al que solían ir en busca de aire libre, esparcimiento y liebres. Era tal la confianza y el grado de intimidad entre ambas familias que, a pesar de que no les uniese vínculo de consanguinidad, se trataban entre ellos de primos y tíos. Ambos hermanos, Celsito y Lucas, contemplaban la posibilidad de que Luisita se fuera por algún tiempo a Candeleda y se quedase a vivir allí, al menos hasta que el niño tuviese una cierta edad. En el barrio y a las amistades más cercanas les dirían que Luisita se había casado con su novio en Guinea con prisa, porque él tenía que volver a su tierra y que se había marchado a vivir allí. Luego ya matarían al marido figuradamente y prepararían la vuelta al hogar de su hermana.

—Yo creo que es la mejor solución, Lucas. En Candeleda seguramente que comprenden la situación, y sabes que allí nos quieren mucho y se harán cargo.

—No sé, no sé.

—Pues yo sí lo sé.

—¿Qué va a pensar Luisita?

—Luisita que piense lo que le dé la gana, porque desde luego a mí no me importa. Ella la ha cagao, ella la paga. Hará lo que le digamos nosotros y punto.

—No, si visto así, a ver... ¿Pero no deberíamos hablar esto en otro sitio? Es que está ahí sentado Pedrón y...

—No pasa nada, si Pedrón está más sordo que una estatua de mármol.

—¡Una estatua de los cojones, gilipollas! —masculló Pedrón desde su sillita.

—A ver, Pedrón, ¿de qué estamos hablando?

—De gilipolleces.

—¿Has visto? Ningún problema.

En esas estaban cuando una pareja de chicos entró en la funeraria. Un tanto intimidados al ver que el ambiente estaba un poco tenso en aquel despacho, interrumpieron la conversación con cierta cautela.

—Perdón, ¿se puede?

—Buenos días. ¿Qué queréis? —dijo Celsito en un tono tal que los chicos se quedaron acochinados en tablas sin saber qué decir.

—Bueno, ¿qué?

—No, que se ha muerto nuestra abuela y nos ha mandado mi padre que vengamos. Como él no está en casa, que está de viaje con mi madre, pues le hemos llamado y...

—Ya, pues cuando te digan qué es lo que queréis, volvéis por aquí.

—No, si eso ya lo sabemos...

—¿Y?

—No, que como se ha muerto mi abuela, pues que si podían...

—Sí, poder podemos, pero es que en este momento... O sea, que se ha muerto en un mal momento, porque...

—¡Joder, Celsito...!

—Ya, perdón, chicos, quería decir que si podéis venir más tarde.

—¿Sobre las doce?

—Sí, hale, sobre las doce. Adiós.

Y les cerró la puerta casi, casi empujándoles hasta el exterior.

—Bueno, entonces estamos en lo de Candeleda, ¿no?

—A ver.

Lucas llamó a voces a su hermana desde la escalera. Luisita no contestaba. Estaba encerrada en su cuarto con su amiga Asun, que había ido a visitarla para comunicarle que ya había enviado el mensaje con éxito, aunque no había podido hablar directamente con Pepito. La voz de Lucas retumbó en todas las paredes de la casa, exigente y dura. Luisita se asomó al pasillo y gritó contestando a su hermano y poniendo el tono más desagradable de que fue capaz.

—¡Ya voooooooooooooooooooooooooy! Adiós, Asun, y muchísimas gracias por todo. Eres una gran amiga.

—De nada, Luisita, y ya me contarás de qué va todo este misterio.

—Sí, sí. No te preocupes.

—¡Luisitaaa!

—¡Que ya voy, pessao!

Bajó las escaleras tras su amiga, cerró la puerta de la calle y retrocedió sobre sus pasos para entrar al despacho de la funeraria. Lucas y Celsito la esperaban sentados en la mesa con caras serias. Al fondo, Pedrón daba ambiente con su semblante de espectro sentado. Luisita intuyó que algo grave se cernía sobre ella. Las miradas penetrantes de intensidad amonestadora que sus hermanos le dirigieron la hicieron titubear y de pronto sintió un cortante frío interior. Con un solo movimiento de cabeza Celsito le indicó que se sentara frente a él. No hubo preámbulo que amortiguara la crudeza del mensaje. Celsito habló directo mientras Lucas, que asistía como testigo y copartícipe de la medida que estaban a punto de comunicar a su hermana, asentía con la cabeza cada palabra. El hermano mayor, con la voz firme y el tono circunspecto, notificó a Luisita la decisión que Lucas y él habían adoptado y lo hizo sin adornos, sin contemplaciones, sin argumentar los motivos, que ya era Luisita lo suficientemente lista y madura como para ponerlos ella por su cuenta. Ya tenía el ánimo demacrado desde que comenzaran sus desdichas amorosas, pero en los últimos tiempos parecía que la adversidad le había tomado gusto a su compañía y no la dejaba ni a sol ni a sombra. A una malaventura le acompañaba una desgracia y le seguía un tropiezo. Malo llama a lo malo y pena a tristeza, y si hasta ese momento la mayor parte de su existencia se había sentido sola y taciturna, le sobraban ahora los motivos para creerse el puntito rojo del centro de la diana del desamparo.

—¿Algo más?

—No. Solo espero que comprendas que es lo mejor también para ti, Luisita.

—Sí, es lo mejor. ¿Y cuándo parto para el destierro?

—No hay prisa. Todavía no se te nota el embarazo y además ya sabes que los inspectores nos dijeron que no nos alejásemos del barrio. Vamos a esperar a que se pase un poco todo este lío de Pepito y cuando se despeje el horizonte será el momento.

—Muy bien.

Luisita, manteniendo en todo momento la entereza y tragándose la angustia, se levantó, enfrió su mirada arrojando sobre sus hermanos un jarro de dignidad, se dio la vuelta y volvió a subir las escaleras hacia la vivienda. Con cada peldaño ascendido se le caía un trocito de firmeza. Cuando llegó a su habitación se sintió tan débil que se dejó caer sobre la cama, exhausta y derrotada.

Celsito y Lucas decidieron que el siguiente fin de semana se irían a Candeleda para contarles a sus «parientes» los sucedidos y de paso, si se terciaba, pegarían un par de tiros. Avisarían en la comisaría que pensaban marcharse un par de días a cazar, no fuese a pensar la policía nada raro.

Cuando llegaron a Candeleda aparcaron el coche justo frente a la casa de sus casi parientes. Llamaron a la puerta y les recibieron a voces y alharacas. Entraron y, casi sin tiempo para los saludos y los abrazos, se encontraron sentados alrededor de una mesa repleta de viandas y bebercios. No habían pasado más de unos minutos cuando el timbre de la puerta sonó insistente.

—Ya va, ya va... ¡Qué prisas! Ya va.

—¡Ay, ay! ¿Ca'pasao? ¿Sa muerto la Modesta?

—¿Quién se va a morir, mujer? Que no sa muerto nadie.

—¿Y qué hace el coche de muertos ahí, cono, que no gana una pa sustos?

Ya se habían reunido a la puerta de la casa un grupo de convecinos alertados y dispuestos al pésame, que en los pueblos para esas cosas son muy dispuestos y cumplidores, pero con las mismas se dieron la vuelta y se marcharon guardándose para el futuro, que habría de llegar antes o después, las condolencias.

—Nada, hombre, nada, que habéis alarmado a todo el pueblo, pero ya les he dicho que aquí, de momento, el fiambre solo nos lo comemos. Así que pegadle un tiento a ese chorizo, vais a ver qué diferencia con el que os venden en Madrid...

Apurados unos chatos y degustados los tacos de matanza, Celsito y Lucas les contaron el porqué de la visita y el favor que les pedían.

—Me cago en los clavos, ¿y al hijo puta ese de negro no le habéis abierto en canal?

—No seas bestia, Grabiél.

—Pero si es que es verdad, que hay mucho desgraciao suelto y hay que darles lo suyo, que si no mira cómo se vienen arriba los canallas...

—Bueno, así están las cosas. Por eso os queríamos pedir que acogierais a Luisita hasta que el niño tenga un par de añitos y pueda volver por allí, que ya montaremos nosotros alguna historia que la descargue de culpas.

—Eso ni se pregunta, que aquí ya sabes que está vuestra casa, pero de verdad. Va a estar aquí Luisita como la reina del haba.

—De Saba.

—Como esa también.

—Gracias, de verdad.

—Bueno, ¿y cómo anda la seña Lourdes?

—Pues se ha muerto.

—Ah, pues eso sí que es grave. Ya lo siento, ya.

Pasaron el fin de semana Lucas y Celsito entre jaras y encinas, encañonando conejos y atiborrándose de comida sana de pueblo. Que si tocino por aquí, que si cabrito por allá, que si chorizo, que si queso, que venga un tinto, que vaya un blanco.

Cuando Segundo llegó a la funeraria ese sábado todo era silencio. Olía a plancha. Rosario, la chica, que planchaba tras un barreño lleno de ropa arrugada, se esmeraba en los pliegues de una falda plisada. Saludó al chico tras los vapores, pero no le hizo un caso especial. Siguió a lo suyo. Segundo le preguntó por los demás y Rosario, la chica, le informó que la única que se encontraba en casa era Luisita, que no estaba muy católica y se había echado un ratito en la cama. Inmediatamente a Segundo se le vino la oportunidad a la cabeza. Sin dejar que mediase una sola palabra más dejó su macutillo en el cuarto de estar, con sigilo se dirigió hacia la habitación de Celsito, sacó la llavecita de uno de sus bolsillos y abrió la pequeña caja de caudales del armario. Sí, allí estaba la llave de la caja fuerte. Asomó la cabeza al pasillo. Nadie. Al fondo se escuchaba la voz de Rosario, la chica, que canturreaba sin entusiasmo una de Marifé. Abrió cautelosamente la puerta de la habitación de doña Lourdes, entró, la cerró tras de sí y se dirigió a la mesilla de noche donde él sabía que estaba el misal. Hojeó el librito hasta que pudo averiguar los números de la combinación, marcados sin disimulo en los pies de página señalados. Un poco nervioso, pero con sumo cuidado, apartó hacia un lado el aparador que ocultaba la caja, giró la ruedecilla marcando cada número de la combinación, lentamente introdujo la llave en la cerradura y el cerrojo cedió generoso. Pero ante él no apareció el tesoro que esperaba encontrar. No se apilaban en torres los billetes verdes. Celsito, una vez que su madre le cedió los trastos de la lidia doméstica, había metido los ahorros en un banco, que es donde debían haber estado siempre, y había dejado tan solo en la caja fuerte lo necesario para ir tirando y cubrir las necesidades de la funeraria, la casa y los extras, tanto los previstos como los inesperados. La decepción no le hizo detenerse más de lo necesario. Desplegó un talego confeccionado con una tosca tela de cuadros, introdujo en él los billetes, que sumado su valor no ascendería a más de tres mil duros, y no se olvidó de la única joya que en la parte inferior permanecía a recaudo: una pulsera de brillantes y oro blanco que perteneciera en su día a doña Lourdes. Las demás joyas las guardaba Luisita en algún otro lugar, pero eso no era de su interés. Segundo salió con la misma cautela con la que había procedido hasta el momento. Pasó por delante

de la puerta del cuarto de la plancha y, desde el pasillo, le dijo a Rosario, la chica, que se marchaba a dar una vuelta.

—¡Ay, golfillo, ya te vas a fumar! No tardes mucho que voy a hacer unas rosquillas, y como no te des prisa nos las comemos nosotras.

—No te preocupes, Rosario.

Pero Segundo no pensaba regresar ni pronto ni tarde. Sencillamente, no pensaba regresar. Tampoco tenía intención de volver por el internado. Ese suplicio ya había acabado para él. Tenía otro rumbo pensado al que dirigir sus pasos desde hacía mucho tiempo. Cuando esa noche no apareció, Rosario, la chica, se alarmó mucho. Le dijo a Luisita que deberían hacer algo. Buscarle o avisar a la policía por si le había sucedido cualquier cosa. Pero Luisita se mostró absolutamente inmutable.

—No te preocupes, Rosario, que ese estará por ahí golfeando.

—¿No hacemos nada entonces?

—No, de verdad, no te preocupes.

Pero Rosario, la chica, se preocupó. Ella sola anduvo todo el barrio hacia arriba y hacia abajo, preguntando a los conocidos con los que se cruzaba y a los no conocidos también si habían visto al chico, pero en ninguno de los casos obtuvo una respuesta que le aliviara su intranquilidad. Regresó a casa ya anocheado. Tras la cena, Rosario, la chica, con un disgusto que le amargó las rosquillas, insistió.

—Luisita, vamos a llamar a la policía, que si le ha pasado algo a Segundo...

—¡Que no!

Al día siguiente Lucas y Celsito llegaron cargados de perdices y conejos y con la tranquilidad de haber solucionado un problema más. Comunicaron a Luisita la disposición que habían mostrado en Candeleda a hacerse cargo de ella y, como para animarla un poco, le dijeron que además habían hablado con el cura del pueblo y que, a pesar de los pesares, de que el niño sería negro y de madre soltera, le bautizaría como si fuera un niño normal.

—Vosotros sí que no sois normales.

—Anda que... ¿Así nos lo agradeces?

Hasta la mañana siguiente no se dieron cuenta del hurto. Cuando Celsito se dispuso a abrir la caja fuerte para darle a Rosario, la chica, el dinero semanal para la compra y los menesteres de la casa, lo descubrió. Celsito, tras una serie irreproducible de exabruptos, salió de la habitación gritando como un energúmeno:

—¡Que nos han robao! ¡Me cago en su puta madre, que nos han robao!

—¿Pero qué dices?

—¿Que qué digo? Que está la caja fuerte más limpia que la patena. ¡Me cago en tó lo que se menea!

Luisita, mostrando una templanza escalofriante y dirigiéndose a Rosario, la chica, y no a su hermano, muy segura de lo que iba a decir, aseveró: «Ahí tienes el motivo por el que Segundo no volvió a casa».

Inmediatamente acudieron a la comisaría a poner la denuncia. Llevaron, por si las moscas, una foto del chico. Previamente, para asegurarse de que no estaban enfocando el tema desde un punto de vista erróneo, llamaron por teléfono al internado, donde les confirmaron que Segundo no había aparecido esa mañana por allí y que además su taquilla estaba abierta y vacía. Poco más podían hacer ellos, sino esperar a que le cazaran.

Los miembros del clan iban desapareciendo por unas causas o por otras del entorno de la funeraria y no había manera de caldear la casa. Hacía frío en cada rincón, en cada estancia. El frío de la soledad y el abandono.

A Pepito, a pesar de ser más corta esta nueva travesía, los inconvenientes no se le achicaron. Las sardinas, ya en otro estado, naturalmente, volvieron a su medio natural, el mar, en torrente apresurado y pestilente, arrojadas desde la altura de la borda de aquel barco. Tras varias horas de odisea oceánica y con las ideas salteadas por el calor y los ajetreos llegó el barco a El Aaiún. Tan solo había unas pequeñas embarcaciones junto al muelle. No parecía que tuviese demasiado movimiento aquel puerto y tras él se vislumbraba una inmensidad golpeada por una luz cegadora. El sol pegaba fuerte. Todas las edificaciones que alcanzaba a ver guiñando los ojos eran blancas y de poca altura o así lo parecían. Descendió del barco intentando mantener el equilibrio para no caer. Un grupo de soldados, sentados sobre una barandilla, charlaba mientras fumaban y el humo de sus cigarrillos se difuminaba en el fulgor de la intensa luz. Pepito se dirigió hacia ellos. Bromearon con él por hacer algo distinto con alguien diferente y le indicaron, finalmente, la dirección que debía tomar para llegar hasta donde quería. Cuando apenas había caminado unos metros y ya sudaba como un pollo, uno de los soldados le llamó. Giró la cabeza y se detuvo. Se ofrecieron a llevarle en su destartalado vehículo solamente por piedad, y entre risotadas y bromas que no alcanzaba a comprender llegó ante la fachada de un cuartel. La bandera nacional ondeaba altiva en el centro del gran portón central. Bajo ella, los escudos de armas, y a la derecha, en letras grandes y negras, figuraba la leyenda «Legionarios a luchar». Lo peor estaba a la izquierda, donde remataba el lema: «Legionarios a morir». A cada lado de la puerta dos soldados hacían guardia fuera de la

garita y en el interior, en lo que debía de ser el patio de armas, se levantaba orgullosa una estatua de algún señor de la guerra, lustre del cuerpo. Con más miedo que otra cosa, intentando que el tembleque que le había entrado en las canillas no le impidiese mantenerse de pie, preguntó Pepito qué debía hacer para alistarse. Al poco llegó el suboficial de guardia, que le acompañó hasta el interior del acuartelamiento. Nada más cruzar la puerta de aquel recinto Pepito respiró hondo, y aunque un tanto acongojado, intuyó que la nueva vida que estaba a punto de comenzar iba a despejar de un plumazo las amenazas que le rondaban. De pronto se le vinieron a la cabeza mil imágenes. Durante todo el tiempo que había estado fraguando su huida únicamente había pensado en él y en su situación, pero ahora, conquistado el destino final, se acordó de su gente, de su familia, de lo lejos que quedaban sus pequeñas vidas. Y recordó a su madre, de la que ni siquiera había podido despedirse, y a su hermana Luisita, que había tirado su honra por la borda del barco de su insensatez, y a Celsito, tan diligente, tan formal, y a Lucas, su cómplice y salvador, y a Segundo. Y rememoró también a sus compañeros de revolución. Si supieran dónde había acabado... Penaban por él los pecados comunes cometidos en aras de una utopía. Y mientras firmaba el contrato con pulso incierto los ojos se le empañaron y, al incorporarse de nuevo, se dio de bruces con su nueva realidad.

—¡Vaya mierda de recluta llorón! A ver, acompañad a este hijo de puta hasta el furriel y que alguien le pegue dos hostias para que empiece a espabilarse. ¡Aquí las nenas las pasan putas!

A Segundo le cazaron cuando salía de una casucha de mala muerte en un suburbio de la ciudad, acompañado por una mujer. Durante un tiempo les salió bien la estratagema a su madre y a él. Le habían sacado a la familia de su progenitor un poco de provecho. Algo había estudiado el chico, se había alimentado bien y los pequeños hurtos le habían servido para darle un poco de alivio a su auténtica madre. Pero el engaño no daba para más. Ese último golpe avaricioso había truncado la estrategia. Segundo, que a partir de aquel momento volvió a recuperar su auténtica identidad y a llamarse Celso, fue conducido hasta un correccional para purgar sus delitos. Se quedó sin dinero, sin familia y con un futuro, cuando menos, incierto. No guardó rencor a quienes le habían dado el calor de un hogar durante aquellos tiempos, más bien lo contrario. A pesar de que se veía ahora en aquella triste y desagradable situación, sabía que en aquella casa, en la funeraria, le habían querido bien, aunque no hubiese hecho nada para merecerlo. Ni siquiera Luisita era mala. Se defendió tan solo del derrote que él le asestó con esa necesidad oculta de

financiación que guiaba sus pasos. Segundo, Celso, se fue alejando de su suerte en el interior de un coche patrulla acompañado por dos grises con malas pulgas, entre las miradas indiferentes de los habitantes de aquel poblado de casas de tejado de uralita y muros de cartón a quienes no sorprendía ver que uno de sus vecinos salía de allí en circunstancias como aquella.

Cuando la policía avisó de la detención y la recuperación del botín, Celsito y Lucas y sobre todo Rosario, la chica, sintieron un poquito de pena. Le habían tomado cariño al chico a pesar de todo. Era un alma más que abandonaba el hogar acentuando el sentimiento de soledad que se había apoderado de esa casa. Ya no había ni visitas. Tan solo los clientes compungidos atravesaban el umbral de la puerta de la funeraria, que tuviese tanto ajetreo diario y que fuese frecuentada por tantos personajes. Luisita abandonaría pronto también el seno familiar, Lucas prefería seguir viviendo en su piso, y qué grande se les iba a hacer aquel caserón a Celsito y a Rosario, la chica... Solamente Pedrón, con su rutina, asistía puntual cada mañana a ocupar su sillita.

—Pedrón, no tarde mucho en morir, que en cuanto le enterremos a usted cerramos el quiosco y se acabó la funeraria. Venga, hombre, haga un esfuerquito.

—En ello estoy, hijo, en ello estoy.



Juan Luis Cano (Madrid, 6 de mayo de 1960) es un periodista, escritor y humorista español, especialmente conocido por haber sido parte del dúo Gomaespuma.

Estudió periodismo y trabajó en publicaciones como ABC, Interviú (él mismo ha desmentido, en un programa de radio emitido en junio de 2015, que haya trabajado para el Diario As), además de Madrid FM y Antena 3 Radio. Es conocido por haber copresentado junto a Guillermo Fesser el programa humorístico de radio Gomaespuma, que Onda Cero dejó de emitir el 27 de julio de 2007.